Spa God
861.5
Vib/Rom
100681

Digitized with financial assistance from the
Government of Maharashtra
on 21 October, 2015

THE

ASIATIC SOCIETY OF BOMBAY

TOWN HALL, BOMBAY-400 023.

100681

ROMANCERO

E HISTORIA

DEL MUI VALEROSO CABALLERO

EL CID RUI-DIAZ DE VIBAR,

en lenguage antiguo, recopilado por JUAN DE ESCOBAR, nueva edicion, reformada sobre las antiguas, añadida é ilustrada con varias notas y composiciones del mismo tiempo y asunto para su mas fácil inteligencia, y adornada con un epítome de la historia verdadera del Cid.

POR D. VICENTE GONZALEZ DEL REGUERO.

CON LICENCIA:

MADRID. IMPRENTA DE CANO.

1818.

Dum autem in hoc saeculo vixit sem. & adversariis secum dimicantibus triumphum novilen obtinuit, et numquam ab aliquo devictus fuit

M. Risc. Lar. Cast. Histor. del Camp. Ap. IV. p. LIX.

00100681

ADVERTENCIA.

Siendo conocidas del público algunas producciones de D. VICENTE GONZALEZ DEL REGUERO, y habiendo quedado inéditas otras por su fallecimiento, no ha querido su viuda dejar de hacer á la nacion el servicio de consagrarla, publicando esta obra, por los gratos recuerdos de uno de sus mayores héroes, cuyos ilustres hechos son insignes ornamentos de la historia pátria.

INDICE

de las materias contenidas en esta obra.

		Pdg.s
Prólogo.		XIII.
Romance	1º	1.
id.	II.	3.
id.	III.	5.
id.	IV.	7.
id.	V.	9.
id.	VI.	12.
id.	VII.	14.
id.	VIII.	17.
id.	IX.	19.
id.	X.	22.
id.	XI.	24.
id.	XII.	27.
id.	XIII.	30.
id.	XIV.	32.

id.	XV.	35.
id.	XVI.	37.
id.	XVII.	40.
Su prosa.		42.
id.	XVIII.	44.
id.	XIX.	47.
id.	XX.	51.
id.	XXI.	[illegible]
id.	XXII.	57.
id.	XXIII.	60.
id.	XXIV.	63.
id.	XXV.	67.
id.	XXVI.	71.
id.	XXVII.	72.
id.	XXVIII.	75.
id.	XXIX.	78.
id.	XXX.	81.
id.	XXXI.	83.
id.	XXXII.	85.
id.	XXXIII.	87.
id.	XXXIV.	89.
id.	XXXV.	91.
id.	XXXVI.	94.
id.	XXXVII.	96.

id.	XXXVIII.	98.
id.	XXXIX.	100.
id.	XL.	104.
id.	XLI.	108.
id.	XLII.	111.
id.	XLIII.	114.
id.	XLIV.	117.
id.	XLV.	119.
id.	XLVI.	122.
id.	XLVII.	126.
id.	XLVIII.	128.
id.	XLIX.	130.
id.	L.	131.
id.	LI.	135.
id.	LII.	137.
id.	LIII.	143.
id.	LIV.	145.
id.	LV.	149.
id.	LVI.	151.
id.	LVII.	153.
id.	LVIII.	154.
id.	LIX.	156.
id.	LX.	157.
id.	LXI.	160.

id. LXII. 161.
id. LXIII. 163.
id. LXIV. 167.
id. LXV. 170.
id. LXVI. 171.
id. LXVII. 173.
id. LXVIII. 175.
id. LXIX. 178.
id. LXX. 179.
id. LXXI. 182.
id. LXXII. 184.
id. LXXIII. 191.
id. LXXIV. 199.
id. LXXV. 203.
id. LXXVI. 205.
id. LXXVII. 207.
id. LXXVIII. 209.
Epítome histórico de la vida de Rodrigo Diaz de Vibar. 213.

PROLOGO.

La historia de cualquier hombre insigne en religion, virtudes y armas que haya sido el primero en su clase, adquiriéndose por sus talentos y valor famosos renombres, debe ser interesante á todos, con especialidad á los que, dedicados á la milicia, miran las grandes proezas como dechados de amor pátrio, pericia y fortaleza, propios y dignos ejemplos para ellos, pues consagran su vida, su honor y bienestar al servicio de la patria. Esta idea, gravada íntima-

mente en mí, me ha estimulado á buscar con ánsia las historias particulares de las caballeros españoles, que han merecido mayor nota por sus sobresalientes hechos: pero hallándose ó inclusas en las crónicas y anales, ó solamente indicado tal cual suceso en ellos, no he visto en la peculiar de tan dignos sugetos otra cosa que cantares y romances que alteran ó desfiguran la verdad, y que siendo esta mal conservada por la tradicion, ha sido solo materia de las exageraciones de los juglares, y desahogo de la imaginacion de mui pocos poetas posteriores con mucho á la edad en que florecieron sus héroes: asi lo demuestra eruditamente el señor Sanchez en su primer tomo de la coleccion de poesías anteriores al siglo xv, en la que inserta la llamada *Poema del Cid*, por ser la composicion

que tiene por de mayor antigüedad.

Mis deseos, no satisfechos por lo dicho en toda la estension del plan que me habia propuesto, lo quedan aunque en mui pequeña parte con el placer de publicar nuevamente el Romancero del Cid, ó sea la coleccion que recopiló Juan Escobar de los varios que se hallaban esparcidos, cuya obra se imprimió en Burgos sin fecha, en Madrid en 1695, en Pamplona en 1706; en las cuales ediciones estan segun Escobar las ordenó para la seguida de la historia, tomando un gran número de romances del *Romancero general*, añadido y enmendado por Pedro Florez, é impreso en Madrid año 1614.

Con presencia, pues, de esta obra y aquellas y otras varias ediciones presento la del dia con el esmero que me ha

sido posible, y segun mis fuerzas, persuadido de la favorable acogida que tendrá mi trabajo, hora por la escasez de semejante obra, hora porque tratando de un sugeto digno del amor y eterno reconocimiento de la nacion, podrá ser apreciable con la estension que he procurado darla. Tambien me ha estimulado el gran mérito de los muchos romances que contiene, ya por la finura de imaginacion, el mérito de los discursos, la amenidad de las descripciones y sencillez de las costumbres, como por ofrecer ellos una pintura fiel é interesante del caracter guerrero y franco, que fue tan propio de nuestros antiguos españoles.

Es cierto que á vueltas de muchas grandes bellezas se hallan estravagantes patrañas, siendo una de las mas famosas las de-

cantadas bodas de los condes de Carrion con las hijas del Cid, con todas sus aventuras y lances; pero perdonando estos estravios á la imaginacion fogosa de aquellos antiguos compositores y á la poca crítica de su tiempo ¿podráse no alabar la locucion florida, los pensamientos sutiles, y aquel ingénuo desembarazo que comunmente usan para decir sus la verdad mas picante? Véase en prueba de ello la carta de Ximena al Rey don Fernando de Castilla y se hallará la inocente energia con que le da quejas por la ausencia *del su velado*, estando tan próxima al primer parto: nótese la contestacion del Rey, y se verán las espresiones fuertes de un soberano, á par de los sentimientos mas íntimos de amistad y franqueza.

Sin embargo de las razones espuestas no he podido menos de guardar el res-

peto debido á la verdad, y asi es que no he querido publicar la presente edicion del romancero del Cid, sin dedicarme á separar de ella, como lo he hecho, todos aquellos romances que por su asunto forjado de fábulas absurdas y consejas vulgares, no merecen ni aprecio ni crédito.

Mi escrupulosidad en esta parte ha llegado á tanto que no sin gran repugnancia he sacrificado á la verdad histórica mil composiciones de que abunda esta obrita, llenas de fuego, naturalidad y gusto, colocando por via de notas aquellas que parece facilitan la inteligencia y órden de la misma.

Comparadas con la mia las varias ediciones que se han publicado, y que he tenido á la vista, creo sin jactancia hallarse ésta mui mejorada, no tanto por

verla despojada del fárrago, y pequeñas variaciones que se han hecho, anteponiendo parte del romance que sirve de testo á la glosa que le antecede, en las otras, cuanto por hallarse aumentada con un epítome de la historia verdadera del Cid, estractado de la que con tanta crítica, y sano juicio publicó el maestro Risco, año 1792.

Esta que se halla libre de aquellas aventuras monstruosas, de aquellos milagros apócrifos ó dudosos y de aquellos hechos que teniendo un principio cierto, los alteró la tradiccion, de que forjaron algunos historiadores la del Cid, y que fueron un tiempo el enveleso de un vulgo caballeresco, aficionado á cosas estraordinarias y espantosas, suministra una idea clara del héroe verdadero con notable diferencia al héroe engendrado

por la imaginacion de los copleros: Asi es que bajo un mismo punto de vista ofrezco lo verdadero y probable, acerca de la vida del Cid, en contraposicion de lo incierto y dudoso que esparcen sus romances: de modo que por tal método se pueda fácilmente formar un cabal juicio del gusto de nuestra nacion en los siglos de su ignorancia, y del que producen la ilustracion y crítica presente.

Véase mi razonamiento. Un hombre inmortal por sus acciones, legal en sus contratos, franco y generoso con los vencidos, intrépido y sagaz en las empresas, político en sus demandas y tratados: en fin, siempre noble vencedor, y no vencido por otro: un hombre leal cuando desgraciado, fiel para amigo y virtuoso en todos respetos: un Rodrigo Diaz de Vibar, primer héroe de nuestra nacion,

su gloria y su modelo ¿necesita acaso la agigantada ponderacion de la fábula, para ser digno de nuestro aprecio? ¿La narracion sencilla de su vida no basta para escitar entusiasmo; amor pátrio y ansia de imitarle? El vulgo, se dirá, siempre es el mismo, y gusta de las maravillosas patrañas: le basta que se hable de un gran hombre para que le aplique prodigios, y le acumule acciones: rara vez compara; y del desentono de su gusto nacen las consejas, esto es en verdad lo que origina entre nosotros la fabulosa historia del Cid; de el pueblo pasan á los mas instruidos semejantes noticias, crece en ellos la admiracion y tal vez mengua la crítica, y asi es que se ven autorizadas fábulas que desdoran al mismo que pretenden inmortalizar. ¿Y por ventura no es mas culpable aquel que alimenta la igno-

rancia popular que alaba y fomenta sus mal conservadas tradiciones, que el mismo vulgo que oye los sonidos sin pararse en otra investigacion, mas de la que le suministra la simple relacion de las azañas portentosas y las inauditas maravillas?

Guiado de estas reflexiones doi al público los romances ó historia fabulosa del Cid, pero acompañada para su instruccion y desengaño con la adiccion del citado epítome como el mas probable; y aunque el amor propio no me alucina para creer que este trabajo tenga un completo feliz éxito, le creo mas digno y útil que el haber empleado el tiempo en la traducion de alguna de las muchas novelas, que son la grangeria de los innovadores de nuestro castellano; y en las que ofreciéndose ejemplos de correccion, y

sana moral, solo se hallan modelos poco provechosos á la incauta juventud que os lee.

Finalmente, ojalá que otras plumas mas bien cortadas, empleasen sus ocios en proporcionar el pasatiempo á los jóvenes, con especialidad á los militares, por medio de las historias de los hombres de armas de nuestra nacion, por el método que Florian escribió el Gonzalo de Córdoba: pues aunque no quisiesen introducir escenas que no produjesen los hechos, ellos mismos suministrarán vasto campo para estenderse en sublimes episodios, amenas descripciones y elocuentes imágenes de virtud, valor y galanteria con lo que al mismo tiempo que contengan el placer que embebe la atencion fogosa de los sugetos á quienes se dedica, les infundan la honrosa am-

bicion de imitar á tantos héroes, que han sido el embeleso y la salud de la pátria. Por mi parte no puedo dar una prueba mas constante de mi amor á los militares y á su profesion, que dedicarles esta obra; ni á el público otra mas cierta de mi adhesion á las cosas puramente españolas, que ofrecerle en la historia del famosa Campeador el conocimiento de las costumbres, genio, sencillez y virtudes de tantos hombres, que sacudiendo el yugo odioso de los enemigos de la religion y la patria, y estableciendo los fundamentos de la tranquilidad é ilustracion actual, son objetos dignos de su veneracion y entusiasmo. Ojalá que se recompensen mis tareas con grabarse en el ánimo de todos las virtudes que inmortalizaron nuestros progénitores.

ROMANCE I.º

Cuidando Diego Lainez
en la mengua de su casa
fidalga, rica, y antigua
antes de Iñigo y Abarca:
y viendo que le fallecen
fuerzas para la vengança,
porque por sus luengos dias
por si no puede tomalla,
non puede dormir de noche,
nin gustar de las viandas,
ni alzar del suelo los ojos,
ni osa salir de su casa,
nin fablar con sus amigos:
que antes les niega la fabla,
temiendo que les ofenda
el aliento de su infamia.
Estando, pues, combatiendo

con estas honrosas bascas,
para usar de una esperiencia,
que no le salió contraria,
mandó llamar á sus fijos,
y sin decilles palabra,
les fue apretando uno á uno
lás fidalgas tiernas palmas,
no para mirar en ellas
las quirománticas rayas,
que este fechicero abuso
no era nacido en España:
mas prestando el honor, fuerzas,
(á pesar del tiempo y canas)
á la fria sangre, y venas,
nervios y artérias heladas,
les apretó de manera
que dijeron, « Señor, basta,
¿qué intentas, ó qué pretendes?
Suéltanos ya, que nos matas.
Mas cuando llegó á Rodrigo,
casi muerta la esperanza
del fruto que pretendia,
que á do no piensan se halla,
encarnizados los ojos
cual furiosa tigre Hircana,
con mucha furia y denuedo
le dice aquestas palabras:
Soltedes, padre, en mal hora,
soltedes en hora mala,
que á no ser padre, no hiciera

satisfaccion de palabras;
antes con là mano mesma
vos sacára las entrañas,
faciendo lugar el dedo
en vez de puñal ó daga.
Llorando de gozo el viejo,
dijo: «Fijo de mi alma,
tu enojo me desenoja,
y tu indignacion me agrada,
êsos brazos, mi Rodrigo
muéstralos en la demanda
de mi honor, que está perdido,
si en tí no se cobra y gana.
Contóle su agravio, y dióle
su bendicion, y la espada,
con que dió al Conde la muerte,
y principio á sus fazañas.

ROMANCE II.

Pensativo estaba el Cid,
viéndose de pocos años
para vengar á su padre
matando al Conde Lozano.
Miraba el bando temido
del poderoso contrario
que tenia en las montañas

mil amigos asturianos:
miraba como en las Córtes
del Rey de Leon Fernando
era su voto el primero,
y en guerras mejor su brazo.
Todo le parece poco
respeto de áquel agravio;
el primero que se ha fecho
á la sangre de Lain Calvo.
Al cielo pide justicia,
y á la tierra pide campo,
y al viejo padre licencia,
y á la honra esfuerzo y brazo.
Non cuída de su niñez,
que en naciendo es costumbrado
á morir por casos de honra
el valiente fijodalgo.
Descolgó una espada vieja
de Mudarra el castellano,
que estaba vieja y mohosa
por la muerte de su amo.
Y pensando que ella sola
bastaba para el descargo,
antes que se la ciñese,
asi le dice turbado:
«Faz cuenta valiente espada,
que es de Mudarra mi brazo,
y que con su brazo riñes
porque suyo es el agravio:
bien sé que te correrás

de verte así en la mi mano;
mas no te podrás correr.
de volver atras un paso:
tan fuerte como tu acero
me verás en campo armado:
tan bueno como el primero
segundo dueño has cobrado,
y cuando alguno te venza,
del torpe fecho enojado
fasta la cruz en mi pecho
te esconderé mui airado.
Vamos al campo, que es hora,
de dar al Conde Lozano
el castigo que merece
tan infame lengua y mano.
Determinado va el Cid,
y va tan determinado,
que en espacio de una hora
quedó del Conde vengado.

ROMANCE III.

Non es de sesudos homes,
nin de Infanzones de pró
facer denuesto á un fidalgo
que es tenudo en más que vos.
Non los fuertes barraganes

del vueso ardid tan feroz,
prueban en homes ancianos
el su juvenil furor.
Non son buenas fechorias
que los homes de Leon
fieran en el rostro á un viejo
y no el pecho á un Infanzon.
Cuidárais que era mi padre,
de Lain Calvo sucesor,
y que no sufren los tuertos
los que hán de buenos blason.
¿Más cómo vos atrevísteis
á un home qué solo Dios,
siendo yo su fijo, puede
facer aquesto, otro non?
La su noble faz nublásteis
con nube de deshonor,
mas yo desfaré la niebla
que es mi fuerza la del sol,
que la sangre dispercude
mancha que afinca al honor,
y ha de ser, si bien me lembro,
con sangre del malhechor.
La vuesa, Conde tirano,
lo será, pues su furor
os movió á desaguisado
privándovos de razon.
Mano en mi padre pusísteis
delante el Rey con furor,
cuida que lo denostásteis,

y que soi su fijo yo.
Mal fecho ficisteis, Conde,
yo vos reto de traidor,
y catad, pues vos atiendo,
si me causaréis pavor.
Diego Lainez me fizo
bien cendrado en su crisol,
probaré en vos mi fineza,
y en vuesa falsa intencion.
Non vos valdrá el ardimiento
de mañera lidiador,
pues para me combatir
traigo mi espada y troton.
Aquesto al Conde Lozano
dijo el buen Cid Campeador
que despues por sus fazañas
este nombre mereció.
Dióle la muerte, y vengóse,
la cabeza le cortó,
y con ella ante su padre
contento se afinojó.

ROMANCE IV.

Llorando Diego Lainez
yace sentado á la mesa,
vertiendo lágrimas tristes,

y tratando de su afrenta,
y transportándose el viejo,
la mente siempre inquieta,
va de temores honrados
levantando mil quimeras,
cuando Rodrigo venia
con la cortada cabeza
del Conde, vertiendo sangre,
y asida por la melena.
Tiró á su padre del brazo,
y del sueño le recuerda,
y con el gozo que trae
le dice desta manera:
Veis aqui la yerba mala,
para que vos comais buena,
abrid mi padre los ojos,
y alzad la faz, que ya es cierta
vuesa honra, y ya con vida
la resucito de muerta.
De su mancha está lavada
á pesar de su soberbia,
que hai manos, que no son manos,
y esta lengua, ya no es lengua.
Yo os he vengado, Señor,
que está la venganza cierta
cuando la razon ayuda
á cualquier que se arma della.
Piensa que lo sueña el viejo,
mas no es asi, que non sueña,
sino que el llorar prolijo

mil caracteres le muestra;
mas al fin alzó los ojos,
que fidalgas sombras ciegan,
y conoció á su enemigo,
aunque en la mortal librea.
Rodrigo, fijo del alma,
encubre aquesa cabeza,
no sea la de Medusa,
que me trueque en dura piedra,
y sea tal mi desventura,
que antes que te lo agradezca
se me abra el corazon
con alegria tan cierta.
¡O Conde Lozano infame!
el cielo de tí me vengue,
y mi razon contra tí
ha dado á Rodrigo fuerzas.
Sienta á yantar, el mi fijo,
do estoi á mi cabecera,
que quien tal cabeza trae
será en mi casa cabeza.

ROMANCE V.

Cabalga Diego Lainez
al buen Rey besar la mano,
consigo se los llevaba

los trescientos fijosdalgo.
Entre ellos iba Rodrigo,
el soberbio castellano,
todos cabalgan en mula,
solo Rodrigo en caballo.
Todos visten oró y seda,
Rodrigo va bien armado.
Todos espadas ceñidas,
Rodrigo estoque dorado,
todos cón sendas varicas,
Rodrigo lanza en la mano.
Todos guantes olorosos,
Rodrigo guante mallado.
Todos sombreros mui ricos,
Rodrigo casco afinado,
y encima del casco lleva
un bonete colorado.
Andando por su camino
con el Rey se han encontrado:
los que vienen con el Rey
entre sí van razonando:
Unos lo dicen de quedo,
otros lo van pregonando:
aqui viene entre esta gente
quien mató al Conde Lozano.
Como lo oyera Rodrigo,
en hito los ha mirado:
con alta y soberbia voz
de esta manera ha fablado:
Si hai alguno entre vosotros

su pariente ó adeudado
que le pese de su muerte,
salga luego á demandallo;
yo se lo defenderé
quier á pie, quier á caballo.
Todos responden á una:
Demándetelo el diablo.
Todos se apearon juntos
para al Rey besar la mano;
Rodrigo se quedó solo
encima de su caballo.
Entonces fabló su padre,
bien oireis lo que ha fablado:
Apeadvos vos, mi fijo,
besareis al Rey la mano,
porque él es vueso Señor,
vos, fijo, sois su vasallo.
Desque Rodrigo esto oyera
sintióse mui agraviado;
las palabras que responde
son de hombre mui denodado:
Si otro me lo dijera
ya me lo hubiera pagado,
mas por mandarlo vos, padre,
yo lo faré de buen grado.
Ya se apeaba Rodrigo
para al Rey besar la mano;
al fincar de la rodilla
el estoque se ha arrancado:
espantóse de ello el Rey,

y dijo como turbado:
Quítateme allá, Rodrigo,
quítateme allá, diablo,
que tienes el gesto de home,
los fechos de leon bravo.
Como Rodrigo esto oyó,
aprisa pide el caballo,
con la voz mui alterada
contra el Rey asi fablando.
Por besar mano de Rey
no me tengo por honrado,
porque la besó mi padre
me tengo por afrentado.
En diciendo estas palabras
salido se ha de palacio,
consigo se los tornaba
los trescientos fijosdálgo:
si bien vinieron vestidos,
volvieron mejor armados;
y si vinieron en mulas
todos vuelven en caballos.

ROMANCE VI

En Burgos está el buen Rey
asentado á su yantare
cuando la Ximena Gomez

se le vino á querellare.
Cubierta toda de luto,
tocas de negro cendale,
las rodillas por el suelo
comenzára de fablare.
Con mancilla vivo, Rey,
con ella murió mi madre,
cada dia que amanece
veo al que mató á mi padre
caballero en un caballo,
y en su mano un gavilane:
por facerme mas despecho
cébalo en mi palomare:
mátame mis palomillas
criadas, y por criare,
la sangre que sale dellas
teñido me ha mi briale,
enviosélo á decire,
enviame á amenazare:
Rey que non face justicia
non debiera de reinare,
nin cabalgar en caballo,
nin con la Reina fablare,
nin comer pan á manteles
nin menos armas armare.
El Rey cuando aquesto oyera
comenzara de pensare;
si yo prendo ó mato al Cid
mis córtes revolveranse;
pues sí lo dejo de hacer

Dios me lo ha de demandare:
mandarle quiero una carta,
mandarle quiero llamare:
las palabras no son dichas,
la carta camino vae,
mensagero que la lleva
dado la habia á su padre:
cuando el Cid aquesto supo
asi comenzó á fablare:
malas mañas habeis, Conde,
non vos las puedo quitare,
que carta que el Rey vos manda
non me la quereis mostrare.
Non era nada mi fijo
si non que vades allae:
fincad vos acá mi fijo,
que yo iré en vuestro lugare.
Nunca Dios lo tal quisiere
nin Santa Maria su madre,
sinó que donde vos fuéredes
tengo yo de ir adelante.

ROMANCE VII.

Sentádo está el señor Rey
en su silla de respaldo,
de su gente mal regida

desavenencias juzgando:
dadivoso y justiciero
premia al bueno y pena al malo,
que castigos, y mercedes
hacen seguros vasallos.
Arrastrando luengos lutos
entraron treinta fidalgos
escuderos de Ximena
fija del Conde Lozano.
Despachados los maceros
quedó suspenso el Palacio,
y asi comenzó sus quejas
humillada en los estrados:
Señor, hoi hace seis meses
que murió mi padre á manos
de un muchacho que las tuyas
para matador criaron.
Cuatro veces he venido
á tus pies, y todas cuatro
alcancé prometimientos,
justicia jamas alcanzo.
Don Rodrigo de Vibar,
rapaz orgulloso, y vano
profana tus justas leyes
y tu amparas un profano:
tu le celas, tu le encubres,
y despues de puesto en salvo
castigas á tus merinos
porque no pueden prendallo.
Si de Dios los buenos Reyes

la semejanza, y el cargo
representan en la tierra
con los humildes humanos,
non debiera de ser Rey
bien temido, y bien amado
quien fallece en la justicia
y esfuerza los desacatos.
Mal lo miras, mal lo piensas,
perdona si mal te fablo,
que la injuria en la muger
vuelve el respeto en agravio.
No haya mas, gentil doncella,
respondio el primer Fernando,
que ablandaran vuestras quejas
un pecho de acero y marmol.
Si yo guardo á Don Rodrigo,
para vuestro bien lo guardo,
tiempo vendrá que por él
convirtais en gozo el llanto.
En esto llegó á la sala
de Doña Urraca un recado,
asióla del brazo el Rey;
donde está la Infanta entraron.

ROMANCE VIII.

De Rodrigo de Vibar
mui grande fama corría,
cinco Reyes ha vencido
moros de la Morería.
Soltólos de la prision
do metidos los tenia,
quedaron por sus vasallos;
sus parias le prometian.
En Burgos estaba el Rey,
que Fernando se decia,
aquesa Ximena Gomez
ante el buen Rey parecía.
Humillado se habia ante él
y su razon proponía:
Fija soi yo de Don Gomez,
que en Gormaz Condado habia,
Don Rodrigo de Vibar
lo mató con valentía:
vengoos á pedir merced
que me fagais este dia,
y es que aquese Don Rodrigo,
por marido yo os pedia,
tendréme por bien casada,
honrada me contaria,

que soi cierta que su hacienda
ha de ir en mejoria,
y mayor en el estado,
que en la vuesa tierra habria.
Faréisme mui gran merced,
facerlo vos bien venía:
porque es servicio de Dios,
y yo le perdonaria
la muerte que dió á mi padre
si el aquesto concedia.
Al Rey le parecio bien
lo que Ximena pedia;
escribiérále sus cartas,
que viniese le decia
á Palencia, donde estaba,
que es cosa que le cumplia.
Rodrigo que vió las cartas
que el Rey Fernando le envia,
cabalgó sobre Babieca;
muchos en su compañia:
todos eran fijosdalgo
los que Rodrigo traia,
armas nuevas traían todos,
de una color se vestian:
amigos son, y parientes
todos los que le servian,
trescientos eran aquestos
que con Rodrigo venian.
El Rey salio á recibirlo
que mui mucho le queria,

y dijo el Rey á Rodrigo:
Agradezcoos la venida;
aquesta Ximena Gomez
por marido vos pedia,
y la muerte de su padre
perdonada vos tenía;
Yo vos ruego lo fagais,
dello gran placer habria,
faceros hé gran merced,
muchas tierras yo os daria.
Pláceme, Rey y Señor,
Don Rodrigo respondía,
en esto y en todo aquello
que tu voluntad sería.
El Rey se lo agradeció,
desposado los habia.

ROMANCE IX.

A Ximena y á Rodrigo
prendó el Rey palabra y mano
de juntarlos para en uno
en presencia de Laín Calvo:
Las enemistades viejas
con amor las confirmaron,
que donde preside amor
se olvidan quejas y agravios.

El Rey dió al Cid á Valduerna
á Saldaña y Belforado,
y á San Pedro de Cardeña
en su hacienda vincularon.
Entróse á vestir de boda
Rodrigo con sus hermanos,
quitóse gola y arnés
resplandeciente y grabado;
pusóse un medio botarga,
con unos vivos morados,
calzas valonas tudescas
de aquellos siglos dorados.
Eran de grana de polvo,
y de baca unos zapatos,
con dos hebillas por cintas
que le apretaban los lados:
camison redondo, y justo,
sin filetes, ni recamos,
que entonces el almidon
era pan para muchachos.
Un jubon de raso negro
ancho de manga, estofado,
que en tres ó cuatro batallas
su padre lo habia sudado.
Una acuchillada cuera
se puso encima del raso
en remembranza, y memoria
de las muchas que habia dado.
Una gorra de coutrai
con una pluma de gallo;

llevábh puesto un tudesco
en felpa todo aforrado.
La tizona rabitiesa,
del mundo temor y espanto,
en tiros nuevos traia
que costaron cuatro cuartos.
Mas galan que Gerineldos,
baja el Cid famoso al patio
donde Rey, Obispo, y Grandes
en pie estaban aguardando.
Tras esto baxó Ximena
tocada en toca de trapos
y no con estas quimeras
que agora llaman Urracos.
De paño de Londres fino
era el vestido bordado,
unas garnachas muy justas
con un chapin colorado.
Un collar de ocho patenas
con un San Miguel colgando,
que apreciaron una Villa
solamente de las manos.
Llegaron juntos los novios,
y al dar la mano y abrazo
el Cid mirando á la novia
la dijo todo turbado:
Maté á tu padre, Ximena,
pero no á desaguisado:
matéle de hombre á hombre
para vengar cierto agravio.

Maté hombre y hombre doi,
aqui estoi á tu mandado,
y en lugar del muerto padre,
cobraste marido honrado.
A todos pareció bien,
su discrecion alabaron,
y asi se hicieron las bodas
de Rodrigo el Castellano.

ROMANCE X.

En Zamora está Rodrigo,
en Corte del Rei Fernando,
padre del Rey sin ventura,
á quien llamaron Don Sancho;
cuando llegan mensageros
de los Reyes tributarios
á Rodrigo de Vibar,
al cual dicen humillados:
buen Cid, á tí nos envian
cinco Reyes tus vasallos,
á te pagar el tributo
que quedaron obligados:
y por señal de amistad,
te envian mas cien caballos,
veinte blancos como armiño,
y veinte rúcios rodados,

treinta te envian morcillos,
y otros tantos alazanos,
con todos sus guarnimentos,
de diferentes brocados.
Y mas á Doña Ximena
muchas joyas y tocados,
y á vuesas dos fijas bellas
dos jacintos mui preciados,
dos cofres de muchas sedas
para vestir tus fidalgos.
El Cid les digera: amigos
el mensage habeis errado,
porque yo no soi Señor
adonde está el Rey Fernando;
todo es suyo, nada es mio,
yo soi su menor vasallo.
El Rey agradeció mucho
la humildad del Cid honrado,
y dijo á los mensageros:
decidles á vuesos amos,
que aunque no es Rey su Señor,
con un Rey está sentado,
y que cuanto yo poseo
el Cid me lo ha conquistado,
y que yo estoi mui contento
en tener tan buen vasallo.
El Cid despidió á los moros
con dones que les ha dado,
siendo dende alli adelante
el Cid Rui Diaz llamado,

apellido entre los moros,
de home de valor, y estado.

ROMANCE XI.

En los solares de Burgos
á su Rodrigo aguardando,
tan en cinta está Ximena
que mui cedo aguarda el parto.
Cuando además dolorida
una mañana en Disanto,
bañada en lagrimas tiernas
tomó la pluma en la mano:
y despues de haberle escrito
mil quejas á su velado,
bastantes á domeñar
unas entrañas de marmol,
de nuevo tomó la pluma
y de nuevo tornó al llanto,
y de esta guisa le escribe
al noble Rey Don Fernando:
A vos mi Señor el Rey.
el bueno, el aventurado,
el magno, el conqueridor,
el agradecido, el sabio.
La vuesa sierva Ximena,
fija del Conde Lozano,

á quien vos marido dísteis,
bien asi como burlando
desde Burgos os saluda,
donde vive lacerando:
las vuesas andanzas buenas
llévevólas Dios al cabo.
Perdonadme, mi Señor
si no os fablo mui en salvo,
que si mal talante os tengo
noñ puedo disimulallo.
¿Qué lei de Dios vos enseña,
que podais por tiempo tanto,
cuando afincais en las lides,
descasar á los casados?
¿Qué buena razon consiente
que á un garzon bien domeñado,
falagüeño, y humildoso,
le mostreis á ser leon bravo?
Y que de noche, y de dia
le traigais atraillado,
sin soltalle para mi,
sino una vez en el año.
Y esa que me le soltais,
fasta los pies del caballo
tan teñido en sangre viene,
que pone pavor mirallo:
y cuando mis brazos toca,
luego se duerme en mis brazos.
En sueños gime; y forceja;
que cuida que está lidiando;

y apenas el alva rompe
cuando le estan acuciando
las escuchas y adalides,
para que se vuelva al campo.
Llorando vos lo pedí
en mi soledad, cuidando
de cobrar padre, y marido,
ni uno tengo, ni otro alcanzo,
que como otro bien no tengo,
y me lo habedes quitado.
en guisa le lloro vivo,
cual si estuviera enterrado.
Si lo faceis por honralle,
mi Rodrigo es tan honrado,
que no tiene barba, y tiene
cinco Reyes por vasallos.
Yo finco, señor, en cinta,
que en nueve meses he entrado,
y me podrán empecer
las lágrimas que derramo.
Non permitais se malogren
prendas del mejor vasallo,
que tiene cruces bermejas,
ni á Rey ha besado mano.
Respondedme en puridad
con letras de vuesa mano,
aunque al vueso mandadero
le pague yo su aguinaldo.
Dad ese escrito á las llamas
non se faga de Palacio,

que á malos barruntadores
non me será bien contado.

ROMANCE XII.

Pidiendo á las diez del dia
papel á su secretario,
á la carta de Ximena
responde el Rey por su mano:
Despues de facer la cruz
con cuatro puntos, y un rasgo
aquestas palabras finca:
á guisa de cortesano:
A vos Ximena la noble,
la del marido envidiado,
la humildosa, la discreta,
la que cedo espera el parto.
El Rey, que nunca vos tuvo
talante desmesurado,
vos envia sus saludes
en fe de quereros tanto.
Decisme que soi mal Rey,
y que descaso casados,
y que por los mios provechos,
non cuido de vuesos daños:
que estais de mi querellosa
decis en vuesos despachos,

que non vós suelto el marido
sino una vez en el año;
y que cuando vos le suelto,
en lugar de falagaros,
en vuesos brazos se duerme
comd viene tan cansado.
Si supiérades, señora,
que vos quitaba el velado
por mis enamoramientos,
fuera con razon quejaros:
mas si solo vos lo quito
para lidiar en el campo
con los moros convecinos,
non vos fago mucho agravio.
A non vos tener en cinta,
señora, el vueso velado,
creyera de su dormir
lo que me habedes contado:
pero si os tiene señora,
con el brial levantado,
no se ha dormido en el lecho,
si espera en vos mayorazgo.
Y si en el parto primero
un marido os ha faltado,
no importa, que sobra un Rey
que os fará cien mil regalos.
Non le escribades que venga
porque aunque esté á vueso lado
en oyendo el atambor
será forzoso dejaros.

Si non hubiera yo puesto
las mis huestes á su cargo,
nin vos fuerais mas que dueña
ni el fuera mas que un fidalgo.
Decis que vueso Rodrigo
tiene Reyes por vasallos,
ojalá como son cinco
fueran cinco veces cuatro;
porque teniéndolos él
sujetos á su mandado,
mis castillos y los vuesos
no hubieran tantos contrarios.
Decis que entregue á las llamas
la carta que me habeis dado,
á contener heregias
fuera digna de tal pago:
mas si contiene razones
dignas de los siete sabios,
mejor es para mi archivo
que non para el fuego ingrato.
Y porque guardeis la mia
y non la fagais pedazos,
por ella á lo que parieredes
prometo buen aguinaldo.
Si fijo, prometo dalle
una espada y un caballo,
y dos mil maravedis
para ayuda de su gasto:
si fija, para su dote
prometo poner en cambio

desde el dia que naciere,
de plata cuarenta marcos.
Con esto ceso, señora,
y no de estar suplicando
á la Vírgen vos alumbre
en los peligros del parto.

ROMANCE XIII.

Salió á Misa de parida
á san Isidro en Leon
la noble Ximena Gomez,
muger del Cid Campeador.
Para salir, de contrai
sus escuderos vistió,
que el vestido del criado
dice quien es el señor.
Un jubon de grana fina
la bella dama sacó,
con fajas de terciopelo,
picadas de dos en dos.
De lo mismo una basquiña,
con la mesma guarnicion,
dones que la diera el Rey
el dia que se casó:
Y con los cabos de plata
un mui rico ceñidor,

que á la Condesa su madre
el Conde en donas la dió:
lleva una cofia de trapos
de riquísimo valor,
que le dió la Infante Urraca
el dia que se veló.
Dos patenas lleva al cuello
puestas con mucho primor,
con san Lázaro y san Pedro,
santos de su devocion.
Y los cabellos que al oro
disminuyen su color,
á las espaldas echados
de todos hecho un cordon.
Lleva un manto de contrai,
porque las dueñas de honor
mientras mas cubren su rostro,
mas descubren su opinion.
Tan hermosa iba Ximena,
que suspenso quedó el sol
enmedio de su carrera,
por podella ver mejor:
y á la entrada de la iglesia
al Rey Fernando encontró,
y para metella dentro,
de la mano la tomó.
Dijo el Rey: Noble Ximena
pues es el Cid Campeador
vuestro dichoso marido
y mi vasallo el mejor,

que por estar en las lides
hoi de la Iglesia falto;
á falta del brazo suyo,
yo vueso bracero soi:
y aquesa fermosa Infanta,
que el cielo divino os dió,
mando mil maravedis,
y mi plumage el mejor.
Non le agradece Ximena
al Rey tan alto favor,
que le ocupa la vergüenza,
y á sus palabras la voz.
Las manos quiso Ximena
besarle, y el las huyó:
acompañola en la Iglesia
y á su casa la volvió.

ROMANCE XIV.

Acababa el Rey Fernando
de distribuir sus tierras,
cerca no para la muerte
que le amenaza de cerca:
cuando por la triste sala
de negro luto cubierta
la olvidada Infanta Urraca
vertiendo lagrimas entra:

y viendo á su padre el Rey,
con debida reverencia,
de hinojos ante la cama,
la mano le pide y besa.
Y despues de haber mostrado
con tierno llanto sus quejas,
mostrando la voz humilde,
asi la Infanta se queja:
¿Entre divinas y humanas,
qué ley, padre, vos enseña,
para mejorar los homes
desheredar á las fembras?
A Alfonso, Sancho, y Garcia,
que estan en vuesa presencia,
dejais todos los haberes,
y de mi non se vos lembra:
non debo ser vuesa fija,
que os forzara si lo fuera,
á tener de mi lembranza,
la vuesa naturaleza;
Si legítima non soi
magüer que bastarda fuera,
de alimentar los mestizos
habedes naturaleza:
Y si ansi non es, decid
¿qué culpa me desheréda?
¿qué desacato vos fice,
que tal castigo merezca?
Sinál tuerto me faceis
las naciones estrangeras

y los vuesos homes-buenos
¿qué dirán cuando lo sepan?
Que non es derecho, non,
nin tal es razon que sea,
pudiendo ganallo en lides,
dar á los homes faciendas.
Dejáisme desheredada,
pero catad que soi fembra,
y lo que podré facer
sin varon y sin facienda:
si tierras no me dejais,
iréme por las agenas,
y por cubrir vueso tuerto,
negaré ser fija vuesa.
En trage de peregrina,
pobre iré, mas faced cuenta
que las romeras á veces
suelen fincar en rameras.
Sangre noble me acompaña,
mas cuido que mi nobleza,
como estraña olvidaré,
pues que por tal me desechas.
Tales palabras habló,
y esperando la respuesta,
dió principio al tierno llanto,
poniendo fin á su quejas.

ROMANCE XV.

Atento escucha las quejas
de su hija doña Urraca
el noble Rey don Fernando,
desahuciado en la cama:
de su libertad se pena,
va á responder, y non fabla,
que enmudece hasta los Reyes
una muger libertada.
Mas por poder juntamente
responder y remedialla,
arrancó palabras antes
que se le arrancase el alma.
Si cual lloras por facienda
por la mi muerte lloráras,
non dudo, querida fija,
que mi vivir se alargára.
¿Qué lloras, sandia muger,
por las tenencias humanas,
pues ves que de todas ellas
solo llevo hoi la mortaja?
A este restante de vida
que me queda, rindo gracias,
pues que solo en él consiste
el dejar tú de ser mala:

cuando parta iré derecho
á la celestial morada,
pues me ha sido purgatorio
el fuego de tus palabras:
A tus hermaños envidias,
mas non atiendes, cuitada,
que con la renta les dejo
la obligacion de guardalla:
ellos con mucho estan pobres,
y tú estas rica sin nada,
porque las nobles mugeres
entre paredes se pasan:
qué eres mi fija confieso,
pero saliste liviana,
en liviandades pensé
al tiempo que te engendraba:
parióte madre honorosa,
mas entregáronte á un ama,
que en las palabras que muestras
era la leche villaña:
dices que á tierras agenas
te irás, pero no me espanta,
que la que se va de lengua,
á ser infame se vaya.
Mas por si puedo atajar
tu denuedo y tus palabras,
tras de las mandas que he fecho,
quiero facer otra manda.
No quiero dejarte pobre,
porque lo dicho non fagas;

que aunque eres noble muger,
eres mui determinada.
Por tuya dejo á Zamora
bien guarnida y torreada,
que para tus desvaríos
convienen fuertes murallas.
Homes buenos hai en ella
para servirte, y guardalla,
de sus consejos te fia,
y de mis tesoros gasta:
si guardé tal posesion,
bien hube de tí membranza;
ténla tú de que semejes
á tu sangre y á tu casta.
A quien te quite á Zamora
la mi maldicion le caiga:
Todos responden: Amen,
sino don Sancho, qué calla.

ROMANCE XVI.

Llegado es el Rey don Sancho
sobre Zamora, esa Villa;
muchas gentes trae consigo,
que haberla mucho queria.
Caballero en su caballo,
y el Cid en su compañia,

andábala al rededor,
y el Rey asi al Cid decia:
Armada está sobre peña
tajada, toda esta Villa,
los muros tiene mui fuertes,
torres há en gran demasia:
Duero la cercaba al pie,
fuerte es á maravilla,
no la bastan conquistar
cuantos en el mundo habia.
Si me la diese mi hermaná
mas que á España la querria:
Cid, á vos crió mi padre,
mucho bien fecho os habia:
fizoos mayor de su casa,
y caballero en Coimbra (*a*)

(*a*) Hácese mencion de esto en el romance XIII. de la edicion antigua por estas palabras:

Nombróse santa María
la mezquita que han hallado,
consagrándola en su nombre,
y en ella se habia armado
Caballero don Rodrigo
de Vibar, el afamado.
El Rey le ciñó la espada,
paz en la boca le ha dado,
no le diera pescozada
como á otros habia dado, &c.

cuando la ganó á los moros:
cuando en Cabezon moría,
á mí y á los mis hermanos
encomendado os habia,
jurámosle allí en sus manos
facervos merced cumplida.
Fíceos mayor de mi casa,
grand tierra dado os tenia,
que vale mas que un Condado
el mayor que hai en Castilla,
Yo vos ruego don Rodrigo,
como amigo de valía,
que váyades á Zamora
con la mi mensageria,
y á doña Urraca mi hermana
decid que me dé esa Villa
por gran haber ó gran cambio,
como á ella mejor seria.
A Medina de Rioseco
yo por ella le daria,
con todo aquel Infantado,
y tambien le prometia
á Villalpando y su tierra,
ó Valladolid la rica,
ó á Tiedra, que es buen Castillo;
y juramento le haria
con doce de mis vasallos
de cumplir lo que decia:
ó si no lo quiere hacer,
por fuerza la tomaria.

El Cid le besó la mano,
del buen Rey se despedia,
llegado habia á Zamora
con quince en su compañia.

ROMANCE XVII.

Despues del lamento triste
de la muerte de Fernando,
y despues de sucederle
el Rey su hijo don Sancho,
enmedio de mil contrastes (*a*).
ordena el Cid castellano,
con mil ofertas y ruegos,
ir al pueblo Zamorano
á rogar á doña Urraca
de parte del Rey su hermano
que á Zamora dé, y entregue
á su potestad y mando:

(*a*) Alude á las desgraciadas guerras movidas por don Sancho á sus hermanos, á quienes quitó sus Reynos encerrando á don Garcia en el castillo de Luna; y desterrando á don Alonso; aunque en los romances XXII y XIII de la edicion antigua se hace mencion de estos sucesos, los hemos suprimido con otros, por habernos parecido de poco mérito.

y partiendo el de Vibar
á hacer del Rey el mandado,
llegado al postigo viejo
que está con órden guardado;
como prohiben la entrada
al que honra al pueblo Hispano,
intenta romper la guardia
por cumplir del Rey el mando:
y á la defensa del muro,
la guarda que está guardando
procura la resistencia,
y al rumor del castellano
la oprimida doña Urraca,
vestida de negros paños,
pone el pecho sobre el muro,
y moviendo el rostro y manos,
humedeciendo los ojos,
le dice á Rodrigo el bravo:
Afuera, afuera, Rodrigo
el soberbio castellano,
acordársete debiera
de aquel buen tiempo pasado
cuando te armé caballero
en el altar de Santiago:
Mi padre te dió las armas,
mi madre te dió el caballo
yo te calcé espuela de oro
porque fueses mas honrado (*a*).

(*a*) En el romance XIII que hemos citado continúa así:

Glosa.

¿Por qué por puertas agenas
vencidas con tus victorias
llamas, pues con ello ordenas
que este viva á vivas penas
y muerta para las glorias¿
Y pues el trato de amigo
depusiste, y das de mano,
sin ver que justicia sigo,
afuera, afuera, Rodrigo
el soberbio castellano.

Afuera, pues que quebraste
la palabra, y jura á aquella
en cuya alma te enterraste,
y al fin se la lastimaste,
por no quedar dentro della.
Mas cuando tu mano fiera
firmó en mi daño ordenado,
aunque el Rey te lo impidiera,
acordársete debiera
de aquel buen tiempo pasado.

Yo soi muger, y pasion
no me da lugar que pida

Y por hacerle mas honra,
la Reyna le dió el caballo,
y doña Urraca la Infanta
las espuelas le ha calzado, &c.

al cielo tu perdicion:
que si es mi alma ofendida
asi lo es mi corazon.
Y aunque por tu causa muero,
no te quiero dar mal pago,
porque yo me acuerdo, fiero,
cuando te armé caballero
en el altar de Santiago.

Lo que no consideraste,
consideran las mugeres,
mas cuando al trato te hallaste
de lo que eras te acordaste
y olvidaste lo que eres.
Esta disculpa te hallo,
pues ya cual fidalgo de armas
mas sin serlo, aunque vasallo,
mi padre te dió las armas
mi madre te dió el caballo.

Al estado te subieron
que por tu medio perdí:
tu bien, y mi mal hicieron,
pues cuanta honra te dieron
tanta me quitaste á mí;
y guardándole el decoro
del gusto á mi padre amado,
yo que por tu causa lloro
yo te calcé espuela de oro
porque fueses mas honrado.

ROMANCE XVIII

Entrado ha el Cid en Zamora,
en Zamora aquesa villa
llegado ante Doña Urraca
que mui bien lo recibia,
dicho le habia el mensage
que para ella traía.
Doña Urraca que lo oyó
muchas lágrimas vertia,
decia, ¿triste cuitada,
don Sancho qué vos queria?
¿non cumplirá el juramento
que á mi padre fecho habia?
que despues que fuera muerto
á mi hermano Don Garcia
le tomó toda su tierra
y en prisiones lo ponia,
como si fuese ladron
agora en ellas yacia:
tambien á Alfonso mi hermano
su Reino se lo tenia,
huyóse para Toledo,
con los moros está hoi dia
á Toro tomó á mi hermana,
á mi hermana Doña Elvira,

tomarme quiere á Zamora,
gran pesar yo recibia.
Mui bien sabe el Rey Don Sancho
que soi muger femenina,
que non lidiare con el,
mas á furto, ó paladina
yo le faré dar la muerte,
que muy bien la merecia.
Levantóse Arias Gonzalo,
y respondido la habia:
Non lloredes, vos Señora
yo por merced vos pedia,
que á la hora de la cuita,
consejo mejor seria,
que non acuitarvos tanto
que gran daño á vos vernia:
Habla con vuesos vasallos,
decid lo que el Rey pedia,
y si ellos lo han por bien,
dadle al Rey luego la Villa:
y si non les pareciere
facer lo que el Rey pedia
muramos todos en ella
como manda la hidalguia.
La infanta tuvo por bien
facer lo que le decia:
sus vasallos no quisieron,
que antes todos moririan
cercados dentro en Zamora,
que no dar al Rey la Villa.

Con esta respuesta el Cid,
al buen Rey vuelto se habia;
el Rey cuando aquesto oyó,
al buen Cid le respondia:
Vos aconsejasteis, Cid,
no darme lo que queria,
porque os criasteis dentro
de Zamora aquesa Villa;
y á no ser por la crianza
que en vos mi padre facia
luego os mandara enforcar:
mas de hoi en noveno dia,
os mando vais de mis tierras,
y del Reino de Castilla.
El Cid fue para su tierra,
con sus vasallos partia
para Toledo, do estaba
Alfonso cuando fuia.
Los Condes y Ricos-homes
al Rey don Sancho declan
non perdiese tal vasallo
y de tanta valentia,
como Rui Diaz el Cid,
que es mui grande su valía.
El Rey vido que es mui bien
facer lo que le decian,
y fablando á Diego Ordoñez,
mandóle que al Cid le diga,
que se venga luego á él,
que como bueno lo haria;

y que le faria el mayor
de los que en su casa habia.
Ordoño fue tras el Cid,
su mensage le decia,
el Cid se habia aconsejado
con los suyos que tenia,
si haria lo que el Rey manda,
su parecer les pedia,
que se vuelva al Rey, dijeron
para su disculpa le envia.
El Cid con ellos se vuelve,
el Rey cuando lo sabia
dos leguas salió á él,
quinientos van en su guia.
El Cid cuando vido al Rey,
de Babieca descendia,
besóle luego las manos,
para el Real se volvia,
y todos los castellanos,
gran placer con el habian.

ROMANCE XIX.

Riveras del Duero arriba
cabalgan dos zamoranos,
las divisas llevan verdes,
los caballos alazanos,

ricas espadas ceñidas,
sus cuerpos mui bien armados,
adargas ante sus pechos,
gruesas lanzas en sus manos,
espuelas llevan ginetas,
y los frenos plateados:
como son tan bien dispuestos
parecen mui bien armados,
y por un repecho arriba
salen mas recios que galgos.
cúbenselos á mirar
del Real del Rey don Sancho:
desque á otra parte fueron,
dieron vuelta á los caballos,
y al cabó de una gran pieza
soberbiamente han hablado.
Si habia dos para dos
caballeros castellanos
que quisiesen hacer armas
con otros dos zamoranos,
por darles á conocer
non face el Rey como hidalgo
en quitar á doña Urraca
lo que su padre la ha dado.
Ni queremos ser temidos,
nin queremos ser honrados,
ni Rey de nos faga cuenta
nin Conde nos ponga al lado,
si á los primeros encuentros
no los hemos derribado,

y siquiera salgan tres,
y siquiera salgan cuatro,
y siquiera salgan cinco,
salga si quiera el diablo;
con tal que non salga el Cid
ni ese noble Rey don Sancho,
que lo habemos por Señor,
y el Cid nos ha por hermanos:
de los otros caballeros
salgan los mas esforzados.
Oido lo habian dos condes,
los cuales eran cuñados.
Atended los caballeros
mientras estamos armados.
Piden apriesa las armas,
suben en buenos caballos,
caminan para las tiendas
donde yace el Rey don Sancho,
piden que les dé licencia,
que ellos puedan hacer campo
contra aquellos caballeros,
que con soberbia han fablado.
Alli fablara el buen Cid
que es de los buenos dechado:
Los dos contrarios guerreros,
non los tengo yo por malos,
porque en muchas lides de armas
su valor habian mostrado,
que en el cerco de Zamora
tuvieron con siete campo;

el mozo mató á los dos
el viejo mató á los cuatro,
por uno que se les fuera,
las barbas se van pelando.
Enojados van los condes
de lo que el Cid ha fablado:
el Rey cuando huir los viera
que vuelvan está mandando,
y otorgó cuanto pedian,
mas por fuerza que por grado.
Mientras los condes se arman,
el padre al fijo esta hablando:
volved, fijo, ácia Zamora,
á Zamora y sus andamios,
mirad dueñas, y doncellas
cómo nos estan mirando.
Fijo, no miran á mí,
porque ya soi viejo y cano,
mas miran á vos, mi fijo,
que sois mozo, y esforzado.
Si vos faceis como bueno,
sereis dellas mui honrado,
si lo faceis de cobarde,
abatido y ultrajado.
Afirmáos en los estribos,
terciad la lanza en las manos,
esa adarga ante los pechos,
y apercibido el caballo,
que al que primero acomete
tienen por mas esforzado.

Apenas esto hubo dicho,
ya los condes han llegado,
el uno viene de negro
y el otro de colorado.
Vánse unos para otros,
fuertes encuentros se han dado,
mas el que al mozo le cupo
derribólo del caballo,
y el viejo al otro de encuentro
pasóle de claro en claro.
El Conde de que esto viera
huyendo sale del campo,
y los dos van á Zamora,
con victoria mui honrados.

ROMANCE XX.

De Zamora sale Dolfos
corriendo, y apresurado,
huyendo va de los hijos
del buen viejo Arias Gonzalo.
En la tienda del buen Rey,
en ella se habia amparado.
Manténgate Dios el Rey,
Bellido séas bien llegado.
Señor tu vasallo soi,
tú vasallo, y de tu bando

y yo por aconsejarle
á aquel viejo Arias Gonzalo
que te entregase á Zamora,
pues se te habia quitado,
háme querido matar,
y del me soi escapado.
A tí me vengo, señor,
por ser en el tu mandado,
con deseo de servirte
como otro cualquier fidalgo.
Yo te entregare á Zamora,
aunque pese á Arias Gonzalo,
que por un falso postigo
en ella serás entrado.
El buen Arias de leal
al Rey habia avisado
desde el muro del adarve
estas palabras hablando:
A tí lo digo buen Rey,
y á todos tus castellanos,
que allá ha salido Bellido,
Bellido un fraidor malvado,
que si traicion te ficiere,
á nos non sea imputado.
Oidolo habia Bellido,
que al Rey tiene por la mano;
Non lo creades, Señor,
lo que contra mi ha fablado,
que don Arias lo publica
porque el lugar no sea entrado,

porque el sabe que yo sé
por donde será tomado.
Alli le fablara el Rey
de Bellido confiando.
Yo lo creo bien, Bellido
el Dolfos mi buen criado:
por tanto vámonos luego
á ver el postigo falso.
Vamos luego, Señor,
id solo no acompañado,
apartadvos del Real:
el buen Rey se habia apartado
con voluntad de facer
lo que á nadie es escusado:
el venablo que llevaba
á Bellido se lo ha dado,
el cual desque asi lo vido
de espaldas, y descuidado.
levantóse en los estribos;
con fuerza se lo ha tirado,
diérale por las espaldas,
y á los pechos ha pasado.
Alli cayó luego el Rey
mui mortalmente llagado:
vióle caer don Rodrigo
que de Vibar es llamado,
y como le vió ferido,
cabalgára en su caballo,
con la priesa que tenia
espuelas no se ha calzado:

huyendo iba el traidor
tras él iba el castellano:
si apriesa habia salido
á mayor se habia entrado.
Rodrigo que ya llegaba,
y el Dolfos, que estaba en salvo,
qué maldiciones se echaba
el nieto de Lain Calvo.
Maldito sea el caballero
que como yo ha cabalgado,
que si yo espuelas trájera
non se me fuera el malvado.
Todos van á ver el Rey
que mortal estaba echado,
todos le dicen lisonjas,
nadie verdad ha fablado,
si non fue el Conde de Cabra
un buen caballero anciano.
Sois mi Rey, y mi Señor,
y yo soi vueso vasallo:
cumple que mireis por vos,
que es verdad lo que vos fablo,
que del ánima curedes,
del cuerpo non fagais caso,
á Dios vos encomendad
pues fue aqueste dia aciago.
Buenaventura hayais Conde
que asi me heis aconsejado.
En diciendo estas palabras
el alma á Dios habia dado:

desta suerte murió el Rey,
por haberse confiado.

ROMANCE XXI.

Muerto yace el Rey don Sancho,
Bellido muerto le habia,
pasado está de un venablo
que gran lástima ponia.
Llorando estaba sobre él
toda la flor de Castilla,
don Rodrigo de Vibar
es el que mas lo sentía,
con lágrimas de sus ojos
desta manera decia:
Rey don Sancho, señor mio,
aciago fué aquel dia
que tu cercaste á Zamora
contra la voluntad mia.
Quien te lo aconsejó, Rey,
á Dios, ni al mundo temia,
pues te fizo quebrantar
la ley de caballeria.
Y viendo el hecho en tal punto
á grandes voces decia,
que se nombre un caballero
antes que se pase el dia

para retar á Zamora
por tan grande alevosía.
Todos dicen que es muy bien,
mas nadie al campo salia,
témense de Arias Gonzalo
y cuatro hijos que tenia,
mancebos de gran valor,
de gran esfuerzo, y estima,
mirando estaban al Cid
por ver si lo aceptaria;
y el de Vibar que lo entiende
desta manera decia:
Caballeros fijosdalgo,
ya sabeis que non podia
armarme contra Zamora,
que jurado lo tenia.
Mas yo daré un caballero
que combata por Castilla,
tal que estando él en el campo
non sintais la falta mia.
Levantóse Diego Ordoñez
que á los pies del Rey yacia;
la flor es de los de Lara
y lo mejor de Castilla:
con voz enojosa, y ronca
desta manera decia:
Pues el Cid habia jurado
lo que jurar non debia,
no es menester que señale
quien la batalla prosiga:

Caballeros hai en ella
de tanto esfuerzo y valia
como el Cid, aunque es mui bueno,
y yo por tal lo tenia.
Mas si quereis, caballeros,
yo lidiaré la conquista,
aventurando mi cuerpo,
poniendo á riesgo mi vida,
pues que la del buen vasallo
és por su Rey ofrecida.

ROMANCE XXII.

Despues que Bellido Dolfos,
ese traidor afamado,
derribó con cruda muerte
al valiente Rey don Sancho,
juntáronse en una tienda
los mayores de su campo,
y juntóse todo el Real
como estaba alborotado,
don Diego Ordonez de Lara
grandes voces esta dando,
y con corage encendido
mui presto se habia armado;
para retar á Zamora
junto al muro se ha llegado,

y lanzando fuego vivo
de esta suerte ha razonado:
Fementidos, y traidores
sois todos los zamoranos,
porque dentro de esa villa
acogísteis al malvado
de Bellido, ese traidor,
el que mató al Rey don Sancho
mi buen señor, y buen Rey
de quien soi mui lastimado:
que los que acogen traidores
traidores sean llamados,
y por tales yo vos reto,
y á vuesos antepasados,
y á los que traidores son
los pongo en el mismo grado,
y á los panes y á las aguas
de que sois alimentados,
y esto os faré conocer
ansí como estoi armado,
y lidiare con aquellos
que no quieren confesallo,
ó con cinco, uno á uno,
como en España es usado,
que lidie el que aconsejó
como yo habia retado.
Arias Gonzalo, ese viejo,
ansí le habia fablado,
despues que hubo entendido
lo que Ordoño ha razonado:

Non debiera yo nacer,
si es como tu has contado,
mas yo acepto el dêsafio
que por tí es demandado,
y te daré á conocer
no ser lo que has publicado:
y á todos los de Zamora
de esta manera ha fablado:
Varones de grande estima,
los pequeños, y de estado,
si hai alguno entre vosotros
que en aquesto se haya hallado,
dígalo mui prestamente,
de decillo no haya empacho:
mas quiero irme desta tierra
en Africa desterrado,
que no en campo ser vencido
por alevoso y malvado.
Todos dicen á una voz
sin alguno estar callando:
Mal fuego nos queme, Conde,
si en tal muerte hemos estado,
no hai en Zamora ninguno
que tal hubiese mandado,
el traidor Bellido Dolfos
por sí solo lo ha acordado,
mui bien podeis ir seguro,
id con Dios, Arias Gonzalo.

ROMANCE XXIII.

Despues que retó á Zamora
don Diego Ordoñez de Lara,
vengador noble y valiente
del Rey Sancho, que Dios haya:
consejo tiene junto
en palacio doña Urraca,
por su hermano dolorida,
por su reto lastimada.
Y como la vil embidia,
cuanto no merece tacha,
de la virtud enemiga
peligro de la privanza,
murmuraba maldiciente
de Arias Gonzalo que falta,
sospechando falsamente
que es por mengua su tardanza.
Y á aquellos que lo calumnian,
empuñando de su espada
denodado les responde
Nuño Cabeza de Baca:
Aquel civil, que presuma
temor, bajeza, ó fe mala
de Arias Gonzalo mi tio,
miente, miente por la barba:

y el que negare el respeto
á sus venerables canas,
á mi, que las reverencio,
me ponga la tal demanda.
Estando en esto, el buen viejo
entró grave por la sala,
arrastrando grande luto,
haciendo sus hijos plaza.
Lá mano á la Infanta pide,
mesura hizo á la Infanta,
saludó á los Homes-buenos,
y desta suerte les fabla:
Noble Infanta, leal consejo,
don Diego Ordoñez de Lara,
que para buen caballero
este apellido le basta,
en vez del Cid don Rodrigo,
que nos juró su alianza,
por la pro de su Rey muerto
con infame reto os carga:
á vueso cabildo os vengo
con estos cuatro en compaña,
Ciudadanos, fijos mios,
de Lain Calvo sangre honrada.
Tardéme un poco en venir,
que pláticas no me agradan,
cuando los negocios piden
obras, valor, y venganza.
A una, el viejo y sus hijos
los largos capuces rasgan,

quedando en armas lucidas,
lloró de nuevo la Infanta,
Los viejos graves se admiran,
la Infanta su ser alaba,
porque todos daban voces,
y nadie quien lidie daba.
Arias Gonzalo prosigue
diciendo: Recibe, Urraca,
mis canas para consejo,
mis fijos para batalla.
Dáme tu mano, señora,
que su juventud lozana
será ivencible, si fuere
de tu mano Real tocada.
Honrar á la gente buena,
y esotra comun pagarla,
le cumplé al Rey que desea
domeñar fuerzas contrarias:
y con sangre de don Diego,
que se quite aquella mancha,
que á tí, y á tu pueblo reta
con tan insufrible infamia:
y si esta sangre, que es buena
y se ha de vender mui cara
faltare, su muerte honrosa
viva mantendrá su fama.
Yo seré el quinto, y primero
que volveré por la causa,
aunque mi vejez parezca
mocedad noble afrentada.

Al campo me voi señora,
no me deis por esto gracias,
que el buen vasallo al buen Rey
debe hacienda, vida y fama.

ROMANCE XXIV.

Ya se sale por la puerta,
por la que salia al campo,
consigo lleva sus hijos
ese Conde Arias Gonzalo.
El quiere ser el primero
porque en la muerte no ha estado:
mas doña Urraca la infanta
la batalla le há quitado.
Llorando de los sus ojos,
y el cabello destrenzado:
Ruegovos por Dios el Conde,
el buen Conde Arias Gonzalo,
que dejeis esta batalla
porque sois viejo cansado.
Dejáisme desamparada
y todo mi haber cercado;
ya sabeis lo que mi padre
á vos dejó encomendado,
que non me desampareis,
ende mas en tal estado.

En oyendo aquesto el Conde
mostróse mui enojado.
Dejaréisme ir, señora,
que yo estoi desafiado,
y tengo de hacer batalla
porque fuí traidor llamado.
Con la Infanta caballeros
al Conde le habian rogado,
que les deje la batalla
que la tomarán de grado.
Cuando el Conde oyera aquesto
recibió pesar doblado,
llamará á sus cuatro hijos
y al uno de ellos ha dado
las sus armas, y su escudo,
el su estoque y su caballo,
y echóle su bendicion
porque era dél mui amado.
Pedro Arias habia por nombre
Pedro Arias el castellano:
por la puerta de Zamora
se sale fuera y armado,
topa con don Diego Ordoñez
su enemigo y su contrario.
Dios os salve, buen don Diego,
y el os haga prosperado,
en las armas mui dichoso,
de traidores libertado:
ya sabeis que soi venido
para lo que esta aplazado,

á libertar á Zamora,
de lo que la han levantado.
Don Diego le respondiera
y con soberbia ha fablado:
Todos juntos sois traidores
y hoi entiendo de probarlo.
Vuelven los dos las espaldas
por tomar algo del campo,
hiriéronse juntamente
en los pechos denodados;
saltan astas de las lanzas
con el golpe que se han dado,
no se hacen mal alguno
porque van mui bien armados.
Don Diego dió en la cabeza
á Pedro Arias desdichado,
cortádole há todo el yelmo
con un pedazo del casco.
Cuando se vido ferido
Pedro Arias y lastimado,
abrazárase á las crines
y al pescuezo del caballo,
sacó esfuerzo de flaqueza
aunque estaba mal llagado,
quiso ferir á don Diego,
mas acertó en el caballo,
que la sangre que corria
la vista le habia quitado:
cayó muerto prestamente
Pedro Arias el castellano.

Don Diego que vido aquesto
tomó la vara en la mano,
diciendo ácia Zamora:
¿Dónde estás Arias Gonzalo?
envia el fijo segundo,
que el primero ya ha acabado,
ya se acabaron sus dias,
su juventud fin ha dado.
Envió al fijo segundo,
que Diego Arias es llamado,
[illegible] á salir don Diego
con sus armas y caballo,
y diérale fin aqueste,
como al primero habia dado.
El Conde viendo sus fijos,
que los dos le han ya faltado,
quiso enviar al tercero,
aunque con temor doblado,
llorando de los sus ojos,
dijo: Vé, mi hijo amado,
haz como buen caballero
á lo que eres obligado,
pues sustentas la verdad,
de Dios serás ayudado;
venga las muertes sin falpa,
que han pasado tus hermanos.
Hernando Arias el tercero
al palenque habia llegado,
mui mal le quiere don Diego,
mucho mal, y mui dañado;

alzó la mano con saña,
un gran golpe le habia dado,
mal ferido le ha en el hombro,
en el hombro, y en el brazo,
y don Diego con su estoque
lo firiera mui de grado,
firiéralo en la cabeza
en el casco le ha tocado:
recudió el fijo tercero
con un gran golpe al caballo,
que fizó ir á don Diego
huyendo por todo el campō.
Ansi quedó esta batalla,
sin quedar averiguado
cuales son los vencedores,
los de Zamora, ó del campo.
Quisiéra volver don Diego
á la batalla de grado,
mas non quisieron los Jueces
nin la licencia le han dado.

ROMANCE XXV.

En Toledo estaba Alfonso
que non cuidaba reinar,
desterrárale don Sancho
por su Reino le quitar,

y doña Urraca á su hermano
mensageros fue á enviar,
las nuevas que le traian
á él gran placer le dan:
Rey Alfonso, Rey Alfonso
que te envian á llamar:
Castellanos y leoneses
por Rey alzado te han,
por la muerte de don Sancho
que Bellido fue á matar.
Solo quedaba Rodrigo
que no lo quiere acetar,
porque amaba mucho al Rey
quiere que hayas de jurar,
que en la su muerte, Señor,
non tuviste que culpar.
Bien vengais los mensageros,
secretos querais estar;
que si el Rey moro lo sabe
el aqui nos detendrá.
El Conde don Peranzules (*a*)
un consejo le fué á dar,
que caballos bien herrados
al reves habian de herrar.
Descuélganse por el muro,
sálense de la ciudad,
fueron á dar á Castilla,
do esperándolos estan.

(*a*) Pedro Ansurez.

Al Rey le besan la mano,
el Cid no quiere besar,
sus parientes castellanos
todos juntado se han.
Heredero sois Alfonso,
nadie os lo quiere negar,
pero si os place, Señor,
non vos debe de pesar,
que nos fagáis juramento
cual vos lo quieren tomar
vos y doce de los vuesos,
cuales vos querais juntar,
que de la muerte del Rey
non teniedes que culpar.
Pláceme, los castellanos,
todo os lo quiero otorgar.
En santa Gadea de Burgos
allí el Rey se va á jurar,
Rodrigo tomó la jura,
el cual quiere razonar;
en un cerrojo bendito
le comienza á conjurar.
Don Alfonso, y los leoneses
venios vos á salvar
que en la muerte de don Sancho
non tuvísteis que culpar,
ni tampoco della os plugo
ni á ella dísteis lugar.
Mala muerte hayais, Alfonso,
si non dijeres verdad,

villanos sean en ella
non fidalgos de solar,
que non sean castellanos
por mas deshonra vos dar
si non de Asturias de Oviedo
que non tenian piedad,
Amen, Amen, dijo el Rey,
nunca fui en tal maldad,
tres veces tomó la jura
tantas le va á preguntar.
El Rey viéndose afincado
contra el Cid se fue á airar.
Mucho me fincais, Rodrigo,
en lo qne no hai que dudar,
cras besarme heis la mano
si agora me haceis jurar.
Si señor, dijera el Cid,
si el sueldo me habeis de dar
que en la tierra de otros Reyes
á fijosdalgo les dan.
Cuyo vasallo yo fuere
tambien me lo ha de pagar,
si vos dármelo quisiéredes,
á mí placer me vendrá.
El Rey por tales razones
contra el Cid se fue á enojar,
siempre desde alli adelante
gran tiempo le quiso mal.

ROMANCE XXVI.

Hizo hacer al Rey Alfonso
el Cid un solemne juro,
delante de muchos grandes
que se fallaron en Burgos.
Mandó que con él viniesen
doce caballeros suyos,
para que con él jurasen
cada cual, uno por uno
por la muerte de don Sancho,
que lo mataron seguro
en el cerco de Zamora,
á traicion, y junto al muro.
Y cuando en el templo santo
estuvieron todos juntos,
levantóse del escaño
el Cid, y apuesto propuso:
Por aquesta santa casa
donde estamos ende ayuso,
que digades la verdad
de aquesto que vos pregunto:
Si vos, Rey, fuisteis la causa,
ó de los vuesos alguno,
en la muerte de don Sancho,
hayais la muerte que él hubo.

Todos dijeron : Amen:
mas el Rey quedó confuso,
pero por cumplir el voto
respondió : lo mismo juro:
Fincó la rodilla en tierra,
por facer la corte ayuso:
el Cid delante de todos
al Rey le fabla sañudo:
si ayer no os besé la mano
sabed, Rey, que non me plugo,
y si agóra os la besáre,
será á mi grado y gusto:
y en esto que aqui he fablado
non vos fice agravio alguno;
que esto debo al Rey don Sancho,
como leal vasallo suyo:
y si aquesto non ficiera,
yo quedára por perjuro,
é non por buen caballero
me tuviera todo el vulgo.

ROMANCE XXXV.

Fablando estaba en el claustro
de san Pedro de Cardeña
el buen Rey Alfonso al Cid,
despues de misa una fiesta.

Trataban de las conquistas,
de las mal perdidas tierras
por pecados de Rodrigo,
que amor disculpa, y condena.
Propuso el buen Rey al Cid
el ir á ganar á Cuenca;
y Rodrigo mesurado
le dice de esta manera:
Nuevo sois, el Rey Alfonso,
nuevo Rey sois en la tierra:
antes que á guerras vayades,
sosegad las vuesas tierras
Muchos daños han venido
por los Reyes que se ausentan,
que apenas han calentado
la corona en la cabeza,
y vos no estais muy seguro
de la calumnia propuesta
de la muerte de don Sancho
sobre Zamora la Vieja:
que aun hai sangre de Bellido,
maguer que en fidalgas venas,
y el que nzo aquel venablo,
si le pagan fará treinta.
Bernudo, en lugar del Rey
dice al Cid: si vos aquejan
el cansancio de las lides
ó el ruego de Ximena,
idvos á Vibar, Rodrigo
y dejadle al Rey la empresa,

que homes tiene tan fidalgos
que non volverán sin ella.
¿Quién vos mete, dijo el Cid,
en el Consejo de guerra,
fraile honrado, á vos agora
la vuesa cogulla puesta?
Subid vos á la tribuna,
y rogad á Dios que venzan,
que non venciera Josné
si Moisés non lo ficiera.
Llevad vos la capa al coro,
yo defenderé á las fronteras,
y el Rey sosiegue su casa
antes que busque la agena,
que non me farán cobarde
el mi amor, ni la mi queja,
que mas traigo siempre al lado
á tizona, que á Ximena.
Home soi, dijo Bermudo,
que antes que entrara en la regla,
si non vencí Reyes moros,
engendré quien los venciera:
y agora en vez de cogulla,
cuando la ocasion se ofrezca,
me calaré la celada,
y pondré al caballo espuelas.
Para fugir, dijo el Cid,
podrá ser, padre, que sea,
que mas de aceite que sangre
manchado el hábito muestra.

Calledes, le dijo el Rey,
en mala hora, que no en buena;
acordársevos debia
de la jura y la ballesta:
cosas tenedes, el Cid,
que farán fablar las piedras,
pues por cualquier niñería
faceis campaña la Iglesia.
Pasaba el Conde de Oñaté,
que llevaba la su dueña,
y el Rey por facer mesura
acompañóla á la puerta.

ROMANCE XXVIII.

Grande saña cobró Alfonso
contra el buen Cid castellano
porque le tomó la jura
de la muerte de su hermano:
encubrió el Rey la enemiga,
agradó á hacerse vengado:
el Rey moro de Toledo,
que Halí Maimon es llamado,
del Cid se quejára al Rey,
que su Reyno le habia entrado,
hasta dentro de Toledo,
sus moros há cautivado,

siete mil son los cautivos
sin otro mucho ganado.
Mucho al Rey Alfonso pesa,
contra el Cid estaba airado,
mucho mas que antes estaba,
con el Rey lo habian mezclado
por envidia que le tienen
los grandes de su Reynado.
Escribióle el Rey al Cid
que salga por su mandado
dentro de los nueve dias
que mas no le da de plazo (a).

(a) En el romance XXXVII de las ediciones antiguas que hemos suprimido por ser una repeticion de los dos que hemos puesto del decantado juramento de santa Gadea, ya destierra el Rey al Cid de resultas de esta misma jura: copiaremos aqui lo perteneciente á este suceso:

Jurado tiene el buen Rey
que en tal caso no es hallado,
pero con voz alterada
dijo mui mal enojado:
Cid, hoi me tomas la jura,
despues besarme has la mano:
respondiérale Rodrigo,
desta manera ha fablado:
Por besar mano de Rey
no me tengo por honrado;
porque la besó mi padre

El buen Cid á sus parientes
lás cartas les ha mostrado:
todos se quejan del Rey,
de haberlo tan mal mirado
desterrar tal caballero
tan valiente y esforzado,
que mui bien lo habia servido
á su padre y á su hermano.

me tengo por deshonrado.
Véte de mis tierras, Cid,
mal caballero probado,
y no me estés mas en ellas
desde este dia en un año.
Pláceme, dijo el buen Cid.
pláceme, dijo, de grado,
por ser la primera cosa
que mandas en tu reynado:
tú me destierras por uno,
yo me destierro por cuatro.
Ya se despide el buen Cid
sin al Rey besar la mano,
con trecientos caballeros
esforzados fijosdalgo,
todos son hombres mancebos,
ninguno hai viejo ni cano.
Todos llevan lanza en puño.
con el hierro acicalado,
y llevan sendas adargas
con borlas de colorado.

Ofrécense de ir con el
á lo servir mui de grado,
y que todos moririan
con él juntos en el campo.
El Cid les agradecia
la palabra que le han dado,
y otro dia salió el Cid
de Vibar, que era su estado,
con toda su compañia
con ánimos esforzados:
volvióse á sus caballeros,
y esto les está fablando:
Amigos, si á Dios pluguiese,
que á Castilla nos volvamos
digovos que tornaremos
todos mui ricos y honrados.

ROMANCE XXIX.

Si atendeis que de los brazos
vos alcé, atended primero,
si no es bien que con los mios,
cuide subiros al cielo.
Bien estais afinojado,
que es pavor veros enhiesto,
que asiento es asaz debido
el suelo, de los soberbios.

Descubierto estais mejor,
despues que se han descubierto
de vuesas altanerias
los mal guisados escesos.
¿En qué os habeis empachado.
que desde el pasado invierno
non vos han visto en las córtes
puesto que córtes se han fecho?
¿Por qué siendo cortesano
traeis la barba y cabello
descompuesta, y desviada
como los Padres del yermo.
Pues aunque voslo pregunto,
asaz que bien os entiendo,
bien conozco vuesas mañas,
y el semblante falagüeño:
Querreis decir, que cuidando
en mis tierras y pertrechos
non cuidades de aliñarvos
la barba, y cabello luengo.
Al de Alcalá contrariásteis
mis treguas, paz y concierto,
bien como si el querer mio
tuviérades por mui vueso.
A los fronteizos moros
diz que teneis por tan vuesos
que os adoran como á Dios,
grandes algos habreis dellos.
Cuando en mi jura os hallásteis,
despues del triste suceso

del Rey don Sancho mi hermano
por Bellido traidor muerto,
todos besaron mi mano,
y por Rey me obedecieron,
solo vos me contrallásteis
tomándome juramento,
en santa Gadea lo fice
sobre los cuatro evangelios,
en el ballestón dorado,
teniendo el cuadrillo al pecho:
Matárades á Bellido,
si ficiérais como bueno,
que no ha faltado quien dijo
que tuvísteis asaz tiempo.
Fasta el muro lo seguísteis
y al entrar la puerta adentro,
bien cerca estaba quien dijo,
que non osásteis de miedo.
Y nunca fueron los mios
tan astutos, y mañeros,
que cuidasen que don Sancho
muriese por mis consejos.
Murió porque á Dios le plugo
en su juicio secreto,
quizá porque de mi padre
quebrantó sus mandamientos.
Por estos desaguisados,
desavenencias y tuertos,
con título de enemigo
de mis Reynos vos destierro:

yo tendré vuesos Condados
fasta saber por entero,
con acuerdo de los mios,
si confiscárvoslos puedo.
Non repliquedes palabra,
que vos juro por san Pedro,
y por san Millan bendito,
que vos enforcaré luego,
Estas palabras le dijo
el Rey don Alfonso el sesto,
inducido de traidores,
al Cid, honor de sus Reynos

ROMANCE XXX.

Tengoros de replicar,
y de contrallarvos tengo,
que no hau pavor los valientes,
nin los non culpados miedo:
si fine muerem la honra,
á pianos de los denuestos,
menos mal será enforcarme
que el mal que me habedes fecho:
yo seré en tierra humildoso,
figura de vueso siervo,
que teniendo los mis brazos,
cuido alzarme sin los vuesos,

Cúbranse, y non vos acaten
los ociosos falagüeños
que maguer yo non lo soi,
me puedo cubrir primero.
Dos vegadas hubo córtes
desde antaño por invierno,
diz que por la pro comun,
ó por los vuesos provechos.
Vos en Leon las ficísteis,
pero yo en los campos yermos,
faciendo las mias, desfice
del contrario los pertrechos.
Lo fecho en Alcalá vedes,
non lo que fice primero;
y es mal juzgador quien juzga
sin notar todo el proceso.
Folga que el moro de allende
respete mis fechos buenos,
que si non me los respeta
non vos guardarán respeto.
Asaz me semejas blando
porque de tiempo tan luengo
de apretarvos en la jura
vos duele el escocimiento.
Mentirá quien me achacáre
del traidor Dolfos el tuerto,
pues sabedes lo que fice
y lo que fice en el reto.
Ademas, que sin espuelas
cabalgué entonces, por yerro:

vencen pesadas falsías
al noble y sencillo pecho.
Y pues gasté mis haberes
en pro del servicio vueso,
y de lo que hube ganado
vos fice señor y dueño,
non me lo confiscaredes
vos, ni vuesos consejeros,
que mal podredes tollerme
la facienda que non tengo.
De hoi mas seré facendoso,
pues hoi de vos me destierro,
y de hoi para mí me allano,
pues hoi para vos me pierdo.
Estas palabras decia
el noble Cid respondiendo
á las querellas injustas
del Rey don Alfonso el sesto.

ROMANCE XXXI.

Obedezco la sentencia
maguer que non soi culpado,
y que es justo mande el Rey
y que obedezca el vasallo.
Y plegue á nuesa Señora
que vos faga aventurado

tal, que non echedes menos
la mi espada; ni el mi brazo.
Bien cuido que non vos mueve
servos yo desaguisado,
sí, que envidiosos á veces
manchan los pechos fidalgos.
Mas al fin, el tiempo vos será
testigo,
que ellos mugeres son, y yo
Rodrigo.

Esos bravos Infanzones
que comen á vueso lado,
consejeros mentirosos,
lidiadores en Palacio,
¿cómo non vos acorrieron
cuando preso vos llevaron
y cuando yo vos quité
solo á trece, yo en el campo?
Si non que á rienda suelta
fuyeron los amenguados,
donde mostraron tener
lengua asaz y pocas manos.
Mas al fin, el tiempo vos será
testigo,
que ellos mugeres son, y yo
Rodrigo.

Membrádvos, Rey D. Alfonso,
de lo que agora vos fablo,
vos consaña, yo sesudo,
vos vengado, y yo agraviado:

que yo fago pleitesía
á san Pedro, y á San Pablo
de mezclar, Dios en ayuso,
mi hueste con los paganos,
y si finco vencedor,
poner á vueso mandado
los castillos y fronteras,
pueblos, haberes, vasallos.
Mas al fin, el tiempo vos será
testigo,
que ellos mugeres son, y yo
Rodrigo.

ROMANCE XXXII.

Ese buen Cid Campeador,
que Dios con salud mantenga,
faciendo está una vigilia
en san Pedro de Cardeña;
que el caballero Cristiano
con las armas de la iglesia
debe de guarnir su pecho
si quiere vencer las guerras.
Doña Elvira, y doña Sol,
las dos sus fijas tan bellas,
acompañan á su madre
ofreciendo rica ofrenda.

Cantada que fué la misa,
el Abad, y monges llegan
á bendecir el pendon,
aquel de la cruz bermeja.
Soltó el manto de los hombros,
y en cuerpo con armas nuevas
del pendon prendió los cabos
y desta suerte dijera:
Pendon bendecido y santo,
un castellano te lleva,
por su Rey mal desterrado,
bien planido por su tierra.
A mentiras de traidores
inclinando sus orejas
dió su prez, y mil fazañas,
desdichado del, y dellas.
Cuando los Reyes se pagan
de falsías halagüeñas
mal-pagados van los suyos
luengo mal les viene cerca.
Rey Alfonso, Rey Alfonso,
esos cantos de sirena
te adormecen, por matarte,
¡ai de tí, si no recuerdo!
tu Castilla me vedaste
por haber folgado en alla,
que soi espanto de ingratos
y conmigo non cupieran.
Plegue á Dios que non se cayan
sin mi brazo tus almenas,

á que sientes, me baldonas
sin sentir me lloran ellas.
Con todo por mi lealtad
te prometo las tenencias
que en las froteras ganaren
mis lanzas y mis ballestas,
que venganza de vasallo
contra el Rey traicion semeja,
y el sufrir los tuertos suyos
es señal de sangre buena.
Esta jura dijo el Cid,
y luego á doña Ximena
y á sus dos fijas abraza,
mudas en llanto las deja.

ROMANCE XXXIII.

Ya que acabó la vigilia
aquel noble Cid honrado,
y dejó á doña Ximena
y á sus dos hijas llorando:
á la vista de san Pedro
en un espacioso llano
dijo con grande denuedo
á los que le estan mirando.
Quinientos fidalgos sois
los que me heis acompañado

á quien no diré lo mucho
que os obliga el ser fidalgos;
pero pues que me destierra
el Rey por injustos casos,
faced cuenta mis amigos
que todos is desterrados,
y que han de guardar mi honra
vueso valor y mi brazo;
y aunque el Rey ha sido injusto
no lo han de ser sus vasallos,
antes derramar la sangre,
por vencer á los contrarios.
Todos responden: Buen Cid,
vueso hablar es escusado,
pues basta que nos mandeis
para quedar obligados.
Por tierras de moros entran
muchas batallas ganando,
rindiendo muchos castillos,
y Reyes atributando.
Tanto pudo el gran valor
de aquel noble Cid honrado,
que en poco tiempo conquista
hasta Valencia llegando,
donde alcanzó gran tesoro,
y un gran presente ha enviado
al ingrato Rey Alfonso
de cien hermosos caballos,
todos con ricos jaeces
de diferentes bordados,

y cien moros que los llevan
de las riendas, sus esclavos,
y cien llaves de las villas
y castillos que ha ganado,
y tambien al Rey envia
cuatro Reyes sus vasallos:
aqueste presente lleva
Ordoño su gran privado.

ROMANCE XXXIV.

Por aqueste Rey Alfonso
el buen Cid es desterrado,
caballeros van con él
trecientos, son fijosdalgo,
ganó el buen Cid á Alcocér,
ese castillo nombrado,
los moros en él lo cercan
con todos sus allegados.
No salen á la batalla
por ser muchos los paganos:
aquese buen Alvar-Fañez,
que de Minaya es llamado,
á las compañas del Cid
ansí les está fablando:
Amigos, salidos somos
de Leon, ese reinado

do tenemos nuestras tierras,
hasta aqui somos llegados,
menester es el esfuerzo
de que sois tan abastados,
que á non lidiar con los moros,
comemos pan mal ganado.
A ellos salgamos luego,
firámoslos denodados,
que ansí ganaron la honra
los nuesos antepasados.
El Cid le dice, Minaya,
vos fablais como esforzado
y como buen caballero,
que lo sois, y mui honrado.
Mostrais bien que descendeis
de buen linage estimado,
y que non perdieron honra,
antes siempre la han ganado,
y non temieron la muerte
nin sufrir cualquier trabajo
porque ella fuese adelante
de quien vos tomais dechado.
Y luego á Pedro Bermudez,
la su seña le habia dado,
díjole: Pedro Bermudez,
sois mui bueno y esforzado,
por eso vos doi mi seña,
como á noble fijodalgo,
no aguijeis con ella mucho
hasta ver el mi mandado.

Respondió Pedro Bermudez:
Yo os juro, buen Cid honrado,
por Dios, trino verdadero,
y el apostol Santiago
de la poner hoi en parte
do jamas hubiera entrado,
y que ella gane mas honra
ó morir como fidalgo:
y con mui crecido esfuerzo
dió de espuelas al caballo,
hirió por medio los moros,
por medio de ellos fue en salvo:
El Cid tambien los firió,
y el campo los ha ganado.

ROMANCE XXXV.

Mentirosos adalides,
que de las vidas agenas
guisais plato para el gusto
de muchas sordas orejas.
Fidalgos de Villalon,
caballeros de Valduerna,
homes buenos de Villada,
y cristianos de Sansueña.
Escuchadme, si fincáredes
con memoria, que mis quejas

son fijas de vueso agravio,
y de vuesa culpa nietas.
Yo soi el Cid Campeador,
que finco sobre Consuegra,
tan humilde al Rey Alfonso
cuanto á mi doña Ximena.
Yo soi aquel que mis armas,
toda la semana entera,
non se quitan dos vegadas
del cuerpo que las sustenta:
y el que en las batallas crudas,
con mi lanza y mi ballesta,
soi el primero de todos,
y que non duermo en las tiendas:
non fago tuerto á los mios,
maguer facerlo pudiera;
ántes les entrego junto
los haberes y tenencias.
Peleo con la tizona,
non ofendo con la lengua
por non imitar con ella
á las mal fabladas fembras.
Como en el suelo, por falta
de las levantadas mesas,
y por postre tengo asaltos,
que son frutas que me alegran.
Non desentierro las vidas
de home bueno ó muger buena,
nin digo si fue fidalgo,
nin si ha pechado ó si pecha.

Non trato sobre comida
de facer á nadie ofensa,
si non de si han apretado
bien las cinchas á Babieca.
Non me acuesto imaginando
con mentiras quitar tierras;
si acaso puedo las gano,
y si non finco sin ellas:
y conquistando un castillo
fago pintar en sus piedras
las armas del Rey Alfonso,
y yo humillado par dellas.
Lloro cuando estoi á solas
la mi cónsorte Ximena,
que finca cual tortolilla
sola y triste en tierra agena,
que maguer es tierra suya
tiene enemigos mui cerca,
que pues lo son de su esposo,
¿quién dúda lo serán della?
Pido justicia, y mis voces
cuido fasta el cielo llegan,
que como son voces justas
no dudo que llegar puedan.
Aquesto escribe Rodrigo
á los Condes, de Consuegra,
á los fidalgos y ricos,
sin honor y sin facienda.

ROMANCE XXXVI.

Cercada tiene á Valencia
ese buen Cid Castellano,
con los moros que estan dentro
cada dia peleando:
muchos ha muerto y prendido,
y á otros ha cautivado:
al Real del buen Rodrigo
un caballero ha llegado,
Martin Pelaez há por nombre,
Martin Pelaez, asturiano:
mui crecido es en el cuerpo,
en los miembros arreciado,
aquese de buen donaire,
pero mui acobárdado;
hálo mostrado en las lides
y batallas do se ha hallado.
Mucho le pesó al buen Cid
cuando lo vido á su lado;
no es para vivir con él
hombre tan afeminado.
Un dia entrára el buen Cid,
y con él los sus vasallos,
en batalla con los moros,
pelean como esforzados.

Allá va Martin Pelaez,
bien armado, y á caballo,
ántes de dar el torneo
al Real habia tornado.
Fuése para su posada
cubierto y disimulado:
en ella estuvo escondido
hasta que el Cid ha tornado:
dejó muertos muchos moros,
á ellos ganára el campo.
El Cid se sentó á comer,
como tiene acostumbrado,
solo en su cabo á una mesa,
y en el su escaño asentado,
y en otra sus caballeros,
los que tiene por preciados.
Con aquestos nadie come
si no son los afamados,
ansí lo ordenó el buen Cid,
por facerlos esforzados,
y que cada uno procure
facer fechos estimados.
Para comer á la mesa
de Alvar-Fañez y su hermano,
bien cuidó Martin Pelaez
que non vió el Cid lo pasado.
Luego las manos se laba,
á la mesa se ha sentado
donde está don Alvar-Fañez
con la compaña de honrados.

El Cid se fue para él,
y del brazo le ha trabado,
diciendo: Non sois vos tal
para en tal mesa sentaros,
con estos parientes mios,
á quien vos podais llegarvos;
mas valen que yo, ni vos,
que son buenos y aprobados:
sentadvos á la mi mesa,
comed conmigo á mi plato.
Con mengua de entendimiento
no creyó que es baldonado;
asentóse con el Cid
á su mesa, y á su lado,
y el Cid con grande cordura
esta reprehension le ha dado.

ROMANCE XXXVII.

A solas le reprehende
á Martin Pelaez el Cid,
que las faltas de los buenos
á solas se han de reñir.
Dícele con rostro airado:
¿Es posible que fuir
pueda un hombre siendo noble,
por temores de una lid?

Y mas vos, siendo quien sois,
viniendo de do venis,
que cuando fincárais muerto
os fuera honroso el morir.
Levantéme de la mesa
do bocado no comí,
que buena pro me tuviera
cuidando en él que vos ví.
Atended lo que vos digo,
y nón cuideis en fuir,
porque fuyendo afrentades
á vuesa honra y á mí.
Si me dades por disculpa
decir que visteis venir
mucha multitud de moros,
non la quiero recibir.
Entráos en religion,
á donde podreis vivir
sirviendo á Dios, en las guerras
non sois para lo servir.
Pusiéraisvos á mi lado,
que pudiera ser que allí
se vos quitára el pavor
y vuesas menguas cubrir.
Salid esta tarde al campo,
que quiero ver si sufris
mas que os afrenten mil homes
que quedar muerto en la lid.
Y podrá ser quedeis vivo,
que yo tengo de ir allí,

y veré lo que facedes,
y si de honra sentís.
Con esto Martin, á Dios,
que habeis de yantar sin mí
fasta que traigais cobrado
el honor que yo vos dí.

ROMANCE XXXVIII.

Corrido Martin Pelaez
de lo que el Cid ha fablado,
dello cobró gran vergüenza,
della está mui ocupado.
Fuése para su posada,
triste estaba, y mui cuitado,
viendo como el Cid ha visto
su cobardía tan claro,
por lo cual no consintió
que coma con los honrados;
propone de ser valiente,
ó de morir en el campo.
Otro dia salió el Cid,
junto á Valencia ha llegado,
salieron luego los moros
á ferir en los cristianos;
llegan denodadamente
con los esfuerzos sobrados;

Martin Pelaez fue el primero
que en la lid habia entrado,
y firió tan recio en ellos,
que á muchos ha derribado:
alli perdió todo el miedo,
mui gran esfuerzo ha cobrado,
peleó valientemente
mientras la lid ha durado:
unos mata, y otros hiere,
hizo en ellos grande estrago:
los moros dicen á gritos:
¿De do ha venido este diablo?
hasta aqui no le hemos visto
tan valiente y esforzado,
á todos nos hiere y mata,
del campo nos ha lanzado.
Por las puertas de Valencia
á los moros ha encerrado;
los brazos hasta los codos
en sangre lleva bañados,
ninguno hay tal como él
sino es el Cid afamado.
Los moros fueron vencidos,
Pelaez se habia tornado,
esperándole esta el Cid,
fasta que fuera llegado,
con muy crecido placer
Rodrigo le habia abrazado,
díjole: Martin Pelaez
vos sois bueno, y esforzado,

non sois tal que merezcais
de hoy mas conmigo sentaros:
asentáos con Alvar-Fañez
que era mi primo hermano,
y con estos caballeros
que son buenos, y estimados,
que los vuesos buenos fechos
siempre serán bien mentados,
sereis dellos compañero,
sentaros heis á su lado.
De aquel dia en adelante
fizó fechos mui granados
de esforzado caballero,
bueno como el mas preciado.
Aqui se cumplio el probervio
entre todos divulgado
que el que á buen arbol se arrima
de buena sombra es tapado.

ROMANCE XXXIX.

Partios ende los moros,
non pongais mientes en al,
cuida de los doloridos
y los muertos soterrad.
Decilles á los cuitados,
y á las cuitadas contad,

que el saber mueso en la guerra
es humildoso en la paz.
Poned la fucia en facer
que me vengan á fablar,
porque les diga mi boca
toda la mi voluntad.
Que non quiero sus faciendas,
nin se las he de tirar,
nin para mis barragaues,
sus fijas he de tomar:
que yo non uso mugeres
si non la mia natural,
que en san Pedro de Cardeña
yace agora al mi mandar.
Y mandovos yo Alvar-Fañez
si he poder de vos mandar
vais por ella, y por mis fijas,
mis fijas, otro que tal.
Llevad treinta marcos de oro
con que se puedan guisar,
para venir á Valencia
á la ver, y á la gozar.
Lleva otros tantos de plata
para San Pedro el altar:
y entregadlos á don Sancho
que ende yace por Abad.
Y al noble Rey don Alfonso
mi buen señor natural
llevad docientos caballos
bien guarnidos, al mi usar.

100681

Y á los honrados judios
Raquel, y Vidas llevad (a)
docientos marcos de oro

(a) Cuando el Rey don Alonso desterró á nuestro Cid pidió dinero á estos judios: hácese mencion de este suceso en el romance XLIV. de la edicion antigua, por estas palabras:

Gran parte de sus haberes
ha gastado el Cid en guerras,
no halla para el camino
dinero sobre su hacienda.
A dos judios convida,
y sentados á su mesa
con amigables caricias
mil florines les pidiera.
Díceles que por seguro
dos cofres de plata tengan,
y que si dentro de un año
no les paga, que la vendan,
y cobren la logrería
como concertado queda.
Dióles dos cofres cerrados,
entrambos llenos de arena,
y confiados del Cid,
dos mil florines le prestan.
¡O necesidad infame,
á cuántos honrados fuerzas,
á que por salir de tí
hagan mil cosas mal hechas!

tantos de plata, y no mas
que me endonaron prestados
cuando me partí á lidiar
sobre dos cofres de arena
debajo de mi verdad.
y rogadles de mi parte
que me quieran perdonar,
que con acuita lo fice
de mi gran necesidad.
Que aunque cuidan que es arena,
lo que en los cofres está,
quedó soterrado en ella
el oro de mi verdad.
Pagadles la logrería
que so tenudo á les dar
del tiempo que su dinero
he tenido al mi mandar.
Y vos Martin Antolinez,
le iredes á acompañar,
y las mis buenas venturas
á mi Ximena contad.
Direis al Rey don Alfonso
que me empreste en su lugar,
porque á mi Ximena agrada
mucho el tañer y el cantar.
Aquesto dijera el Cid
despues que ya entrado há
en Valencia victorioso,
que conquerido la há.

ROMANCE XL.

Desterrado estaba el Cid
de la corte y de su aldea
de Castilla, por su Rey
cansado de vencer guerras:
y en las venturosas armas
apenas las manchas secas
de la sangre de los moros,
que ha vencido en sus fronteras,
que aun estaban los pendones
tremolando en las almenas
de las soberbias murallas
humilladas de Valencia:
cuando para el Rey Alfonso
un rico presente ordena
de cautivos y caballos,
de despojos y riquezas.
Todo lo despacha á Burgos,
y á Alvar-Fañez que lo lleva
para que lo diga al Rey
le dice de esta manera.
Dile, amigo, al Rey Alfonso,
que reciba su grandeza
de un fidalgo desterrado
la voluntad y la ofrenda:

y que aquese con pequeño
solamente tome en cuenta
que es comprado de los moros
á precio de sangre buena.
Que con mi espada en dos años
le he ganado yo mas tierras
que le dejó el Rey Fernando
su padre, que en gloria sea;
que en feudo dello lo tome
y que no juzgue á soberbia
que con párias de otros Reyes
pague yo á mi Rey mis deudas,
Que pues él como Señor
me pudo quitar mi hacienda,
bien puedo yo como pobre,
pagar con hacienda agena:
y que juzgue que en su dicha
son delante mis enseñas
millaradas de enemigos,
como ante el sol las tinieblas:
y espero en Dios que mi brazo
ha de hacello rico; mientras
la mano apriete á Tizona
y el talon fiera á Babieca:
Y en tanto mis envidiosos
descansen, mientras les sea,
firme muralla mi pecho
de su vida y de sus tierras:
y entretenganse en palacio
y guárdense non me vendan

que del tropel de los moros
soltaré una vez la presa,
y llegará su avenida
á ver entre sus almenas,
si defienden bien sus honras
como manchan las agenas.
Y si les diere en los ojos
lo que les dio en las orejas
verán que el Cid, no es tan malo
como son sus obras buenas:
¿y si sirven á su Rey
en la paz como en la guerra
mentirosos, lisongeros,
con la espada ó con la lengua?
Y vea el buen Rey Alfonso
si son de Burgos las fuerzas
los caminos de ladrillos
ó los animos de piedras.
Que le suplico permita,
se pongan esas banderas
á los ojos del glorioso
mi príncipe de la Iglesia,
en señal que con su ayuda
apenas enhiestas quedan
en toda España otras tantas
y ya me parto por ellas.
Y le suplico me envie
mis fijas, y mi Ximena
desta alma sola afligida
regalada y dulce prenda,

que si non mi soledad,
la suya al menos le duela
porque de mi gloria goce,
ganada en tan larga ausencia.
Mirad, Alvaro, no erreis,
que en cada razon de aquestas
llevais delante del Rey
mi descargo y mi limpieza:
Decidlo con libertad,
que bien sé que habrá en la rueda
quien mis pensamientos mida
y vuesas palabras mesmas.
Procurad, que aunque les pese
á los que de mi bien pesa,
no lleven mas que la envidia
de mí, ni de vos, ni dellas.
Y si en mi Valencia amada
no me halláreis á la vuelta,
peleando me hallaredes
con los moros de Consuegra.

ROMANCE XLI.

Llegó Alvar-Fañez á Búrgos
á llevar al Rey la empresa
de cautivos y caballos,
de despojos y riquezas.
Entró á besarle la mano,
despues de darle licencia,
y puesto ante él de rodillas
este recaudo comienza.
Poderoso Rey Alfonso,
reciba vuesa grandeza
de un fidalgo desterrado
la voluntad, y la ofrenda.
Don Rodrigo de Vibar
fuerte muro en tu defensa
por envidia desterrado
de su casa y de su tierra,
pide, que con libertad
hable, puesto en su defensa,
y asi quiero por no errar,
decir sus palabras mesmas.
Dice, que este don pequeño
tomeis solamente en cuenta
que es ganado de los moros
á precio de sangre buena.

Que con su espada en dos años
te ha ganado el Cid mas tierra
que te dejó el Rey Fernando
tu padre, que en gloria sea.
Que en feudo desto lo tomes
y no juzgues á soberbia
que con párias de otros Reyes
le pague á su Rey las deudas:
y pues tú como Señor,
le quitaste su facienda,
que bien puede, como pobre
pagar con facienda agena:
que fies en Dios y en él
que te ha de hacer rico, mientras
la mano apriete á tizona
y el talon fiera á Babieca.
Y que gustes que en san Pedro
se pongan estas banderas
á los ojos del glorioso
gran príncipe de la Iglesia,
en señal que con su ayuda
apenas enhiestas quedan
en toda España otras tantas,
y ya se parte por ellas.
Que te suplica le envies
sus fijas, y su Ximena,
del alma triste afliga
regaladas dulces prendas:
y si non su soledad,
la suya al menos te duela

para que su gloria goce
ganada en tan larga ausencia.
No quisiera haber errado,
que en cada palabra destas
te traigo, Rey, de Rodrigo
su descargo y su limpieza.
Apenas dio la embajada,
cuando la envidia rebienta
de envidiosos lisongeros
y corredores de orejas.
Movióse un Conde agraviado
y díjole al Rey: tu Alteza
no dé credíte á estas cosas
que son engaños que ceban.
Querrá agora el Cid Rodrigo
con esto que te presenta
venirse á Burgos mañana
á confirmar tus ofensas.
Caló Alvar Fañez la gorra,
y empuñando en la derecha,
tartamudo de corage
le dio al Conde esta respuesta.
Nadie se mude, ni hable,
y el que se moviere entienda
que le fabla el Cid presente,
pues yo lo oí en su ausencia:
y cuando en mi pobre esfuerzo
cupiere alguna flaqueza
la gran firmeza del Cid
me ayuda desde Valencia.

No le venda ningun falso
ni sus lisonjas le vendan
que del, y de mí, en su nombre
no aseguro la cabeza.
Y tú Rey, que las lisonjas
acomodas y aprovechas,
haz de lisonjas murallas
y verás como pelean.
Perdona que con enojo
pierdo el respeto á tu Alteza,
y dame si me has de dar
del Cid las queridas prendas,
á Doña Ximena digo,
y á sus dos hijas con ella,
pues te ofrezco su rescate
como si estuvieran presas.
Levantóse el Rey Alfonso
y á Alvar-Fañez pide y ruega
que se sosiegue, y los dos
vayan á ver á Ximena.

ROMANCE XLII.

Aquese famoso Cid,
con tan gran razon loado
ganada tiene á Valencia,
de moros la ha conquistado,

En ella está su mager;
fija del Conde Lozano,
doña Sol y doña Elvira
poco ha que habián llegado
de san Pedro de Cardeña
do el Cid las habia dejado.
Estando el Cid á placer
nuevas le habian llegado
que el gran Miramamolin
Rey de Tunez coronado
venia á se la quitar
con gran gente de á caballo,
cincuenta mil eran estos;
los de á pie non tienen cabo,
El Cid como era valiente
en armas tan aprobado
basteció bien los castillos
y en todo puso recáudo.
Esforzó sus caballeros
como lo habia acostumbrado;
subiera á doña Ximena
y á sus fijas en su cabo,
en una torre mas alta
que en el Alcázar se ha hallado.
Miraron contra la mar
los moros están mirando,
viendo como armaban tiendas
á gran priesa y gran cuidado
al rededor de Valencia,
grandes álaridos dando,

tañendo sus atámbores
los aires van penetrando.
Doña Ximena, y sus fijas
gran pavor habian cobrado
porque jamas habian visto
tantas gentes en un campo,
esforzábalas el Cid
de aquesta suerte fablando.
Non temais doña Ximena
y fijas, que tanto amo:
mientras que yo fuere vivo
de nada tengais cuidado,
que los moros que aqui vedes
vencidos habian quedado,
y con el su gran haber
fijas os habré casado,
que cuantos mas son los moros
mas ganancia habrian dejado,
y las bocinas que traen
y ante vos se habran tocado
servirán para la Iglesia
deste pueblo valenciano.
Viendo entonces que los moros
por las huertas han entrado,
(derramados vienen todos
sin orden, y á mal tegudo)
á don Alvar Salvadores
le dijo, sed luego armado,
tomareis docientos hombres
de á caballo, aderezados

y haced una espolonada
contra los perros paganos
porque Ximena y sus fijas
vean que sois esforzado:
El cual luego lo cumpliera
como el Cid lo habia mandado:
dió de tropel en los moros,
de las huertas los ha echado
firiendo iban en ellos,
firiendo van y matando
fasta dentro de las tiendas
que los moros han armado.
De alli se tornaron todos
docientos moros matando:
preso queda Salvadores
que por ser aventajado
se metió tanto en los moros
que lo habian cautivado:
sacóle el Cid otro dia
que los ha desbaratado.

ROMANCE XLIII.

Ya se salen de Valencia
con el buen Cid castellano,
sus gentes bien ordenadas
las de apie y las de á caballo.

Su seña lleva tendida
Bermudez el esforzado,
por la puerta de Culebra
salian todos al campo.
Don Gerónimo Arzobispo
delante va bien armado
para contra ese Rey moro
Miramamolin llamado,
que venia contra el Cid
á le quitar lo ganado.
Cincuenta mil caballeros
trae el moro á su mandado,
las haces mui ordenadas
ambas se habian juntado,
como los moros son muchos
y tan pocos los cristianos
tiénenlos en grande aprieto,
mas el buen Cid ha llegado
armado de buenas armas
y en Babieca cabalgado,
á grandes voces diciendo
Dios ayuda, y Santiago:
firiendo van en los moros,
firiendo van y matando.
Grande favor habia el Cid
verse bien encabalgado
en su caballo Babieca,
y el brazo lleva bañado
de la sangre de los moros
hasta el codo ensangrentado.

Non fiere mas de una vez
al moro que osa aguardallo,
fuido habian los moros
y el campo les han dejado;
mas yendo en su seguimiento
con el Rey moro habia dado
tres veces ya lo ha ferido
mas el moro es bien armado,
y el caballo del buen Cid
mucho adelante ha pasado,
y cuando tornara el moro
mucha tierra le ha cobrado,
non lo pudiera alcanzar
en un castillo se ha entrado.
De las gentes que traía
solamente habian quedado
no mas de mil y quinientos,
los mas muerto, y cautivado.
Gran haber hubiera el Cid
de oro, plata y caballos
y una tienda la mas rica
que se verá en los cristianos,
y á don Alvar Salvadores
en la tienda lo ha encontrado,
de lo cual se alegró el Cid
y á Valencia se ha tornado,
y Ximena con sus fijas
gran plazer habian tomado

ROMANCE XLIV

Adofir de Mudá'ar
á Rueda en guarda tenia
por el buen Rey don Alfonso
que conquerido la habia.
Almofalax ese moro,
con sobrada maestría
metiőse dentro el castillo
con él alzado se habia,
Adofir cuando lo supo
al Rey su mensage envia
pidiéndole su socorro
para recobrar la Villa.
El Rey envió á Ramiro,
y á ese Conde don Garcia
con muchas gentes armadas
que van en su compañia:
el moro cuando lo supo
dijo, el castillo daria
á ese buen Rey don Alfonso,
y que á otro no queria:
convidándole á comer
por facelle alevosía
alla dentro del castillo
el Rey temido se habia.

El Infante don Ramiro
con el Conde en compañia
entraron para comer
que ir el Rey no queria:
mas luego que entraron dentro
á entrambos quitan la vida,
con otros que van con ellos,
y al Rey mucho le dolia:
túvose por deshonrado,
y al Cid sus cartas envia,
que estaba cerca de alli
desterrado de Castilla.
Rodrigo que vió el mensage,
para el Rey luego venia;
caballeros fijosdalgo
acompañado le habian.
Cuando le vido el buen Rey
su perdon le concedia;
contóle lo acontecido;
que le vengue le pedia,
y que con él se viniese
á su Reyno y señoria:
El Cid le besó las manos
por el perdon que le hacia,
mas non lo quiso aceptar,
si el Rey no le prometia
de dar á sus fijosdalgo
un plazo de treinta dias
para salir de la tierra
si algun crímen cometian,

y que fasta ser oidos
jamas los desterraria,
nin quebrantase los fueros
que sus vasallos tenian,
nin menos que los pechase
mas que lo que convenia;
y que si lo tal ficiese
contra él alzarse podian.
Todo lo promete el Rey,
que nada contradecia,
y á Castilla caminando
Rodrigo el cerco ponia,
y al moro que tal mal fizo,
por gran fambre lo prendia,
y á todos los mas traidores
al Rey luego los envia;
el Rey los ha recibido,
dellos fizo gran justicia;
mucho le agradece al Cid
el presente que le hacia

ROMANCE XLV.

Ceñid los membrados brazos
al cuello, que bien os quiere,
por ser asaz de tal dueño,
que el mundo otro par no tiene.

Non rehuyais de abrazarme,
que brazos de home tan fuerte
desentollecen mis tierras,
y las de moros tollecen.
Facedlo, que bien podeis,
é cuida non me manchedes,
que aun finca en las vuesas armas
la sangre mora reciente.
No atendais tuertos que os fice
pues tan buen premio merecen
que non quise en mi servicio
home á quien le sirven Reyes.
Si vos desterré, Rodrigo,
fue porque á moros, que crecen,
desterreis sus fechorias
y las vuesas alto vuelen.
Non vos eché de mi Reyno
por falsos que vos mal quieren,
si, porque en tierras agenas
por vos mi poder se muestre.
De Alvar-Fañez vueso primo
recibí vueso presente;
no en feudo vueso, Rodrigo,
si nón como de pariente.
Las banderas que ganásteis
á sarracenos de allende,
por vuesa bendaderia,
en san Pedro las veredes.
La vuesa Ximena Gomez,
que tanto vos quiso siempre

porque la desmaridé,
mil plantos contra mí tiene.
Non escucheis sus querellas
cuando á mí la enderece,
que á las fembras mas astutas
cualquier enojo las vence.
Atended en su presencia,
que cuido que vos atiende
mas ganosa de vos ver,
que vos venides de veerme:
que si malos consejeros
facen oficios que suelen,
en cambio de saludarme,
atenderedes mi muerte.
Non atendais, home bueno,
ansí os valga san Llorente,
y riñas de por san Juan
sean paz que dure siempre.
Prended al cuello los brazos,
que vuestros brazos bien pueden
prender en paz vueso Rey,
pues en guerra cinco prenden.
El Rey don Alfonso el sesto
le dice esto al Cid valiente,
que de lidiar con los moros
victorioso á su Rey vi[illegible]e.

ROMANCE XLVI.

Considerando los condes (*a*)
lo que el de Vibar vale,
y que su fama se aumenta
por las fazañas que face,
al Rey don Alfonso piden
que con sus fijas los case,
porque ser yernos del Cid
es bien que puede estimarse.
El Rey por facelles bien
luego le envió un mensage,
que se viniese á Requena
para que con él lo trate,
Rodrigo, vista la nueva,
dió dello á Ximena parte,
que en tal caso las mugeres
suelen ser muy importantes.
Sabido, no gustó dello,
y dijo al Cid: Non me place
de emparentar con los condes,
maguer [illegible] de linage:
mas fágas[illegible]ende Rodrigo
lo que á vos mas os agrade,
que nos [illegible] mengua de consejo

(*a*) De Carrion.

do está el Rey, y vos estades.
Rodrigo partió á Requena,
y tambien el Rey se parte,
juntamente los dos condes,
porque el Cid los vea y fable.
Despues de dicha una Misa
delante el Rey y los grandes
por don Gerónimo obispo,
con muchas solemnidades;
el Rey al Cid aparto
de todos los circunstantes,
y estas palabras propuso
con gravedoso semblante.
Bien sabedes don Rodrigo
que os tengo amor asaz grande,
y por vuesas cosas cuido
con solicitud bastante.
Por ende habeis de saber
que fice agueste viage
por fablaros de un negocio
que importa con vos se fable.
Los condes de Carrion
me han rogado que vos trate
en que les deis vuesas fijas,
y que con ellas los case,
que estarán agradecidos
si esta merced se les face,
porque es gran razon se estimen
fijas que son de tal padre
codician vuesa amistad,

atienden al trato afable,
aman mucho vuesas cosas,
y estiman á vuesa sangre.
Agradeció el Cid entonces
al Rey la merced tan grande,
y díjole se sirviese
de todo lo que á él tocase,
que dél, de fijas, de haberes
ficiese lo que mandase,
que él no casaba á sus fijas,
mas las daba que se las case.
Dióle el Rey gracias por ello,
y mandó les entregasen
ocho mil marcos de plata
para el dia que se casen.
Y allí de las doncellas,
que era el buen don Alvar-Fañez,
mandó el Rey que las tuviese
fasta que se desposase.
Luego el Rey llamó á los condes,
y mandó que le besasen
las manos al Cid Ruy-Diaz,
y le fagan homenage.
Ficiéronlo asi los condes
delante el Rey y los grandes,
y convidó el Cid á todos,
porque en sus bodas se hallen.
Partióse el Rey á Castilla,
y el de Vivar con él parte,
y á dos leguas mandó el Rey

que no pasase adelante.
Fuése Rodrigo á Valencia,
donde quiso se juntasen
los condes y caballeros,
porque las bodas se acaben.
Cuando el Cid los vido juntos
díjole á don Anyar-Fañez
que lo que el Rey le mandó
luego al punto efectúase,
que trajese á sus sobrinas,
y que á los condes ó infantes
que llaman de Carrion,
al punto las entregase.
Diéronselas, y los condes
con amorosas señales
dieron muestra del contento
que deste suceso nace:
porque es tan fuerte el amor,
y son sus efectos tales,
que lo publican los ojos,
aunque la lengua lo calle.
Fizo el obispo su oficio,
dió bendiciones y paces,
hubo fiestas ocho dias
de cañas, toros y bailes.
dió grandes dones el Cid
á los condes y magnates;
que aquel que es grande en sus fechos,
suele ser en todo grande.

ROMANCE XLVII.

Acabando de yantar
la faz en somo la mano,
durmiendo está el señor Cid
en el su precioso escaño.
Guardándole estan el sueño
sus yernos Diego y Fernando,
y el tartajoso Bermudo
en lides determinado.
Fablando están juglerias,
cada cual por fablar paso
y por soportar la risa,
puesta la mano en los lábios,
cuando unas voces oyeron,
que atronaban el palacio,
diciendo: Guarda el leon,
mal muera quien lo ha soltado.
Non se turbó don Bermudo,
empero los dos hermanos
con la cuita del pavor
de la risa se olvidaron,
y esforzándose las voces
en puridad se fablaron,
y acordáronse aprisa
que non fuyesen despacio.

El menor Fernan-Gonzalez
dió principio al fecho malo,
en zaga el Cid se escondió
bajo su escaño agachado.
Diego, el mayor de los dos,
se escondió á fecho mas largo
en un lugar tan vijoso
que non puede ser contado.
Entró gritando el gentio,
y el leon entró bramando,
á quien Bermudo atendió
con el estoque en la mano:
aqui dió una voz el Cid,
á quien, como por milagro,
se humilló la bestia fiera
humildosa y coleando:
agradecióselo el Cid,
y al cuello le echó los brazos,
y llevólo á la leonera
faciéndole mil falagos.
Aturdido está el gentio
viéndo lo tal, no acatando
que ámbos eran lepnes,
mas el Cid era mas bravo.
Vuelto, pues, á la su sala,
alegre, y no demudado
pregúntó por sus dos yernos,
su maldad adivinando.
Bermudo le respondió:
del uno os daré recaudo,

que aqui se agachó por ver
si el leon es fembra ó macho
Alli entró Martin Pelaez,
aquel temido asturiano,
diciendo á voces ¡señor,
albricias, ya lo han sacado.
El Cid replicó ¿A quién?
El respondió ¡Al otro hermano,
que se sumió de pavor
do no se asomiera el diablo.
Miradle, señor, do viene
empero fareos á un lado,
que habeis para estar par del
menester un mensario.
Desenjaularon al uno,
metieron otro del brazo,
manchados de cosas malas
de bodas los ricos paños.
Movido de saña el Cid,
á uno y otro mirándo,
reventando por fablar,
y por callar reventando;
al cabo soltó la voz
el soberbio castellano,
y los denuestos les dijo
que vos contare despacio.

ROMANCE XLVIII.

Non quisiera yernos mios
haber visto tal guisado,
que deste tan mal suceso,
maguer cuido algun gran daño:
¿son estas ropas de bodas?
haya mal grado el diablo:
¿qué pavor ha sido el vueso
que habeis fecho tal recaudo?
teniendo las vuesas armas,
¿por qué fugísteis entrambos?
¿non estabades conmigo
para siquiera mirallo?
Pedísteis al Rey mis fijas
cuidando de valer algo;
non fice mi voluntad,
mas fice en él su mandado.
¿Vosotros sodes los novios
para mi vegez guardados?
Buena vegez me dabedes
siendo tan afeminados:
non quiero pasar de aqui,
que si miro lo pasado
reviento de pesadumbre
considerando este caso.

Estas palabras el Cid
les dijo mui enojado
por haber asi fuido
del leon los dos hermanos:
agraviáronse los condes,
con él quedan ofendados

ROMANCE XLIX.

Si de mortales feridas
fincare muerto en la guerra,
llevadme Ximena mia
á san Pedro de Cardeña;
y asi buena andanza hayádes,
que me fagádes la huesa
junto al altar de Santiago
amparo de lides nuesas.
Non me curedes plañir,
porque la mi gente buena,
viendo que falta mi brazo,
non fuya, y deje mi tierra.
Non vos corrozcan los moros
en vueso pecho flaqueza.
sino que aqui guerra griten,
y alli me fagan obsequias,
y la tizona que adorna
esta mi mano derecha

non pierda de su derecho,
nin venga á manos de fembra:
y si permitiere Dios
que el mi caballo Babieca
fincáre sin su señor,
y llamáre á vuesa puerta,
abridle y acariciadle.
y dadle racion entera,
que quien sirve á buen señor
buen galardon dél espera.
Ponedme de vuesa mano
el peto, espaldar y grevas,
brazal, celada y manoplas,
escudo, lanza y espuelas,
y presto, que rompe el dia,
y me dan los moros priesa:
dadme vuesa bendicion,
y fincad enhorabuena.
Con esto salió Rodrigo
de los Palacios de Valencia
á dar la batalla á Bucar,
plegue á Dios que con bien vuelva.

ROMANCE L.

La venida del Rey Bucar
la ciudad de Valencia

está consultando el Cid
con muchos hombres de cuenta.
Estando en aquesta fabla
han entrado por la puerta
sus yernos disimulando
la traicion que anaz le ordenan.
Asiento les diera el Cid
á la su mano derecha,
él temblando de atrevido,
y ellos tiemblan de flaqueza;
que los ánimos cobardes
carecen de fortaleza.
En estas fablas estando
toda la gente inquieta
con cajas, pífanos, trompas,
de como los moros llegan.
Subióse el Cid con los suyos
á una torre tan soberbia
como son los pensamientos,
que igualan á las estrellas:
puesto de pechos el Cid
en las soberbias almenas,
miraba al Rey, que ha llegado
con el ejército y tiendas,
de que sus cobardes yernos
ya se temen y recelan.
El Cid ha sido avisado
que un recaudo del Rey llega,
bajóse por recibillo
sin bajar su fortaleza:

á las razones del moro
atiende el Cid con prudencia,
y turbado con su aspecto,
le dice de esta manera:
el Rey Bucar mi señor
ha venido de su tierra
á desfacer el gran tuerto
con que tú le tienes esta,
envíatela á pedir,
y en viendo que no la dejas
te apercibe á la batalla,
y procura defendella.
Oidas estas razones
non faciendo dellas cuenta,
alegre respondió el Cid,
mostrando mucha clemencia.
Díle al Rey que se aperciba,
que yo pondré mi defensa;
Valencia me cuesta mucho,
y non pienso salir della
porque he pasado en ganalla
muy grandes cuitas y penas;
gracias infinitas doi
á la Infinita grandeza
que me otorgó la victoria
en tan peligrosa guerra:
á solo Dios le agradezco,
y á la sangre y gente buena
de mis parientes y amigos,
que tambien mucho les cuesta.

El moro se despidió
cobarde en ver su presencia,
y temeroso de oirle
al Rey le lleva la nueva.
El Cid se queda ordenando
cosas sobre esta facienda,
y conoció de sus yernos
la cobardía que encierran;
mandóles que se quedasen
porque no prueben sus fuerzas;
ellos temerosos desto,
corridos de tal afrenta,
le dicen que han de ir con él
á tan peligrosa empresa:
juntas las gentes del Cid,
sus haces trazan y ordenan;
todos salen al Real,
y el Cid con tanta braveza,
que los moros temerosos
sus haces juntan apriesa.
Al son de pífano y caja
la batalla se comienza,
animándolos Rodrigo,
que lleva la delantera:
con su gente puesto en órden
la batalla les presenta;
embístense ámbas las partes,
y en la batalla sangrienta
diez y ocho Reyes prende,
y á todos ellos prendiera,

mas poniendo á los pies alas
desembarazan la tierra,
y aunque costó mucha sangre,
durando tan grande pieza,
la victoria llevó el Cid,
y con ella entró en Valencia:
recibiólo la ciudad
con aplauso y buena estrena,
deséanle mil saludes
para su amparo y defensa,
y él contento y muy alegre
se va á ver á su Ximena.

ROMANCE LI.

En batalla temerosa
andaba el Cid Castellano
con Bucar, ese Rey moro,
que contra él ha llegado
á le ganar á Valencia,
que el buen Cid ha conquistado.
Los condes de Carrion
en ella se habian hallado,
contra un infante de ellos,
Fernan-Gonzalez llamado,
un moro viene corriendo
con fuerte lanza en la mano;

fuerte muestra el moro ser
segun viene denodado:
el Conde que vido al moro,
fuyendo va por el campo,
non le osando de atender
cual debia á fijodalgo:
non le habia visto ninguno
para que sea publicado,
si non fuera don Ordoño,
escudero mui honrado,
del buen Cid era sobrino
y de Bermudez hermano:
Ordoño fue contra el moro,
con su lanza le ha encontrado,
firiéralo por los pechos,
pasóle de lado á lado;
el pendon que habia en la lanza
todo sale ensangrentado:
el moro cayera muerto,
don Ordoño se ha apeado,
y el caballo que traía
con las armas, le ha tomado:
llamó á su cuñado el conde,
desta suerte le ha fablado:
cuñado Fernan-Gonzalez,
tomad, vos este caballo,
decid que al moro matásteis,
que en él venia cabalgado,
que en dias que yo viviere
non diria lo contrario;

non faciendo vos por qué
siempre se estará enterrado.
Estando en estas razones
el buen Cid habia llegado,
á un moro venia siguiendo,
y muerto lo ha derribado.
Don Ordoño dijo al Cid:
señor, este yerno honrado
por mas bien os ayudar,
un moro mató en el campo
de un gran golpe que le dió,
y suyo era este caballo.
Mucho le plugo al buen Cid,
decia verdad cuidando,
y con pecho generoso
mucho á su yerno ha loado;
juntos van á la batalla
hiriendo van y matando
los moros que los aguardan,
en ellos hacen estrago,
pero todos fuyen dellos,
que van cual rayos quemando.

ROMANCE LII.

De concierto estan los condes
hermanos Diego y Fernando,

afrentar quieren al Cid.
mui gran traicion han armado:
quieren volver á sus tierras,
sus novias han demandado,
y luego su suegro el Cid
se las hubiera entregado,
y al entregarlas les dice,
su maldad adivinando:
mirad que me las tratedes
como á dueñas fijasdalgo
mis fijas, pues que á vosotros
por mugeres las he dado.
Ellos ámbos le prometen
de obedecer su mandado:
ya cabalgaban los condes,
y el buen Cid está á caballo
con todos sus caballeros,
que le van acompañando:
por las huertas, y jardines
van viendo, y festejando;
por espacio de una legua
el Cid los va acompañando:
cuando dellos se despide,
lágrimas va derramando,
como hombre que sospecha
la gran traicion que han armado.
Como el Cid tiene recelo
aquesto hubo acordado;
llamó á su sobrino Ordoño,
y luego le habia mandado,

que vaya tras de sus hijas,
cubierto y disimulado,
y que vea mui bien visto
si las llevan á recaudo,
porque el corazon le dice
el mal que le está aguardando.
Los condes con sus mugeres
por su camino han andado,
por los lugares que ván
eran mui bien hospedados,
porque los señores dellos
del buen Cid eran vasallos.
Andando por sus jornadas,
á Tormes habian llegado,
y entre los robledos dél
las damas han apeado
de las mulas en que van,
porque asi lo traen pensado:
mandan primero á su gente
se vayan adelantando.
Por los cabellos las toman,
habiéndolas desnudado,
arrástranlas por el suelo,
tráenlas de uno al otro lado,
dánlas muchas espoladas,
en sangre las han bañado;
con palabras injuriosas
mucho las han denostado.
Los cobardes caballeros
alli se las han dejado,

diciendo : De vueso padre
en vos ya somos vengados,
que vosotras non sois tales
para con nusco casaros:
pagaréisnos las deshonras
que el Cid nos habia causado,
cuando soltára el leon,
y procurára matarnos:
y en medio de aquel robledo
atadas habian quedado.
Siguen ámbos su camino,
á su gente han alcanzado,
sus gentes á sus señores
por ellas han preguntado.
Ambos condes respondieron
que quedan á buen recaudo:
las señoras mui cuitadas
grandes gritos quedan dando,
y alaridos hasta el cielo,
su desdicha publicando,
diciendo : Condes traidores,
cuán mal que lo habeis mirado,
¿siendo nos fijas del Cid
así nos habeis tratado?
tal es él que vengará
la traicion que habeis obrado,
el llanto que están haciendo
don Ordoño está escuchando,
y á las voces que ámbas dan
donde estan habia llegado,

y cuando vido á sus primas
la cara se está arañando:
mesaba los sus cabellos,
grandes gritos está dando
á los condes alevosos
á grandes voces llamando.
¿Por qué á tan altas señoras
faceis tal desaguisado,
mayormente siendo fijas
de un padre tan estimado?
De tan grande alevosia
él se fará bien vengado,
en las ramas de los robles
las damas habian echado,
cubriólas con su vestido,
y alli se las ha dejado;
á buscar va do las pongan,
para que esten á recaudo.
Mas ventura deparó
un labrador muí honrado,
que muchas veces el Cid
en su casa se ha hospedado.
Ordoño y el labrador
al robledo habian tornado,
y adonde dejó sus primas
alli las habian hallado.
Llévanlas á aquel lugar
que es secreto y apartado,
ellas son bien acogidas
deste labrador honrado,

y de su muger é hijos
todas facian lo mandado.
Ordoño fabló con ellas,
desta suerte ha razonado:
Señoras, yo quiero ir
á Valencia vueso estado
á decir á vuesos padres
aquesto que os ha pasado,
y que venguen vuesa injuria
pues que tanto le ha tocado:
ellas lo hubieron por bien,
y su viage comenzando,
andando por sus jornadas
á Valencia habian llegado,
y en presencia del buen Cid
está Ordoño lamentando:
contóle lo acaecido
sin palabra haber faltado,
el de Vibár es discreto
mui bien lo ha disimulado,
que lo que espera venganza
no conviene ser llorado.
Su muger Ximena Gómez
es la que mas lo ha mostrado
llorando de los sus ojos,
fuentes se le habian tornado,
mucho la consuela el Cid,
como discreto y honrado,
con las cosas que le ha dicho
mucho la habia consolado:

despachó sus mensageros
para ese Rey castellano,
al cual le fagan saber
aqueste fecho malvado:
pidióle que haya por bien
que dello sea enmendado,
y que para que haya efecto
licencia le ha demandado
para venir á Toledo,
á donde está aposentado:
el Rey que supo el negocio
gran enojo habia tomado
de los condes, y su tio
que lo habia aconsejado.
La licencia que el Cid pide
el Rey se la habia dado;
envió por sus dos fijas
do Ordoño las ha dejado.

ROMANCE LIII.

Al cielo piden justicia
de los condes de Carrion
ámbas las fijas del Cid
doña Elvira, y doña Sol.
A sendos robles atadas
dan gritos que es compasion.

y non las responde nadie
sino el eco de su voz.
El menosprecio y afrenta
sienten, que las llagas non,
que es dolor á par de muerte
en la muger un baldon.
Tal fuerza tienen consigo
la verdad y la razon,
que hallan en los montes gentes,
y en las fieras compasion.
A los lamentos que facen,
por alli pasó un pastor,
por donde no puso pie
cosa humana, si ahora non.
Dánle voces que se acerque,
y él non osa de pavor,
que son fijos de ignorancia
el empacho, y el temor.
Por Dios te rogamos, home,
que hayas de nos compacion,
asi tu ganado vaya
siempre de bien en meior.
Nunca les falten las aguas
en el estío y calor,
las yerbas no se les sequen
con la helada y con el sol.
Tus tiernos fijuelos veas
criados en bendicion,
y peines tus blancas canas
sin dolencia y sin lesion:

que desates nuestras manos,
pues que las tuyas non son
como las que nos ataron
de malicia, y de traicion.
Ellas en estas palabras,
don Ordoño que llegó
en hábito de romero,
órden del Cid su señor,
prestamente las desata,
disimulando el dolor;
ellas que lo conocieron,
juntas lo abrazan las dos.
Llorando las dice, primas,
secretos del cielo son,
cuya voz y cuya causa
está reservada á Dios:
non tuvo la culpa el Cid,
que el Rey se lo aconsejó,
mas buen padre teneis, dueñas,
que vuelva por vueso honor.

ROMANCE LIV.

Elvira solta el puñal,
doña Sol, tiradvos fuera,
non me tengades el brazo,
dejadme doña Ximena.

Non me tollais el rencor,
que me empacha la vergüenza,
que todas mis fechorias
manchen mis suertes siniestras.
¿A mis fijas, falsos condes,
y á mis acatadas dueñas,
canes, faceis tales tuertos,
temidas en lueñas tierras?
A mí, que vos dí humildoso
mis fijas, que en solo vellas
de mis pulidas garnachas
guarnidas, y ricas prendas.
Endonevos mis espadas,
la mejor de mi facienda,
y en dos mil maravedis,
me empeñára yo en Valencia:
cadenas de oro de Arabia,
por buenos ingenios fechas,
que en la su mandaderia
me enviára el Rey de Persia (a).
Caballos os dí ruanos,

(a) Cuéntase esta embajada en el romance LX de la edicion antigua: suprimido en esta, pondremos aquí de él lo que basta para la inteligencia de este pasage, y otros en que los romanceros hacen mencion de esta embajada.

Llegó la fama del Cid
á los confines de Persia,
cuando andaba por el mundo
dando razon de quien era.

y para en plaza seis yeguas,
sendas capas de contrai,
con los aforros de felpa,
y en pago de mis fiducias,
y en pago de mis respuestas,

Y como lo oyó el Soldan,
y supo bien la certeza
de los fechos del buen Cid,
un presente le apareja.
Cargó copia de camellos,
de grana, púrpura y sedas,
oro, plata, iucienso y mirra
con otras muchas riquezas,
y con un pariente suyo
de los de su casa y mesa
le envia al Cid el presente,
diciendo de esta manera:
Dirás á Ruiz-Diaz el Cid,
que el Soldan se le encomienda,
que de sus nuevas oir
le tengo grande querencia.
Y por vida de Mahoma,
y de mi Real cabeza,
que le diera mi corona,
solo por verle en mi tierra.
Y que aquese don pequeño
reciba de mi grandeza,
en señal que soi su amigo,
y lo seré hasta que muera.

¿me las enviades, condes,
azotadas sin vergüenza?
¿Sus albos cuerpos desnudos,
ligadas sus manos bellas,
sus crenchas desmelenadas,
sus tristes carnes abiertas?
Voto fago al pescador
que gobierna nuestra iglesia,
y mal grado haya con él
cuando le fable en Cardeña,
si en Fromesta y Carrion,
Torquemada y Valenzuela,
villas de vuesos condados,
quede piedra sobre piedra.
Antolinez, testimonio,
Pelaez, vino con ellas,
yo vos pondré la caluña
tal, que atemorice en vella.
Que con ella, y mi razon,
ellos y sus parentelas,
han de fincar á mis manos
á mis agravios desfechas.
Camperos tiene el buen Rey,
que vos apañen y prendan,
fágame justicia en todo,
y tendré mi espada queda.
Esto fabló y dijo el Cid,
y cabalgando en Babieca,
partió de Valencia á Burgos
á dar al Rey su querella.

ROMANCE LV.

Años hace el Rey Alfonso
que solo en vueso servicio
el arambre de tizona
apenas do he visto limpio:
y que mi pobre Ximena,
nacida en contrario signo,
fue por mí sola de padre,
como por vos de marido.
Ella en mi ausencia ha llorado
el medio lecho vacío,
mientras que yo derribaba
mil estandartes moriscos,
testigos tengo presentes,
y vos sois, Rey, buen testigo,
que he atropellado mas lunas
que el sol ha durado siglos.
Fue mi juvenil discurso
rayo en vuesos enemigos,
como agora son mis canas
terrero de mal nacidos.
Todo lo gobierna el cielo
con su nivel y destino,
desde la tierra á su altura,
y desde el cielo al abismo:

al pabon le dió los pies,
al águila el corbo pico,
y al leon la calentura,
porque esten menos altivos.
Dos fijas tengo, señor,
y porque furté al serviros
el tiempo del engendrarlas,
las engendré con delitos.
Agraviáronlas traidores,
y por haberse atrevido
aunque mi brazo pudiera,
sólo al vueso lo remito.
Dos alevosos cobardes,
cuyos corazones tibios
al temor facen altares
y le ofrecen sacrificios,
Carrion les da tributo
como la fama al olvido,
y como yo me querello
de tal injuria ofendido.
Levante vuesa justicia
el peso con el cuchillo,
que aunque suyo sea el peso,
el pesar ha de ser mio.
Si la justicia en las armas
falló el natural abrigo,
ya sirvo yo con las mias,
faced justicia y castigo.
Si Dios es justo y el home
tan obligado á servillo,

en cuanto mas le imitase
será mas justo, y mas digno.

ROMANCE LVI.

Medio dia era por filo,
las doce daba el relox,
comiendo está con los grandes
el Rey Alfonso en Leon,
cuando entrára por la sala,
casi perdido el color,
de todas armas armado
el noble Cid Campeador,
que viene á pedir justicia
á su Rey y su Señor
de un agravio que le han fecho
los condes de Carrion.
En él ponse el Rey los ojos,
y en sus oidos la voz:
justicia venga del cielo
si non me la faceis vos.
Los grandes se alborotaron
ninguno á comer volvió,
sus amigos de cuidado,
sus contrarios de temor.
Venganza vengo á pediros
pudiéndola tomar yo,

que con sangre de traidores
suelo yo limpiar mi honor.
Reyes moros tengo amigos,
que vasallos mios son,
y en las fronteras me temen
en mirando mi pendon.
Mis fijas son agraviadas,
doña Elvira y doña Sol:
si justicia non me guardas
venganza tomaré yo,
pagaráumelo sus fijos,
en pago del galardon,
porque de su sangre aleve
non ha de quedar varon.
Mira, Alfonso, por mi honra,
por la vuesa mire Dios,
que si fiais de traidores
non comereis con buen pro.
Si en algo les he agraviado,
salgan, que en el campo estoi,
que á mi espada y á mi brazo
le ha venido su ocasion.
Con esto volvió la espalda,
y el Rey de comer alzó,
y mandó que se pregonen
las córtes para Leon.

ROMANCE LVII.

Lloraba doña Ximena
á sus solas cón el Cid
la afrenta de sus dos fijas,
y asi comenzó á decir:
¿Cómo es posible, señor,
siendo temido en la lid,
que os afrentasen dos hombres
non siendo bastantes mil?
Y si aquesto non vos duele,
ved que á mi padre perdí
por ser vos tan vengativo
en las cosas que sentís.
Considerad vuesas fijas,
aquesas que yo parí,
que non son fijas prestadas,
si non de vos y de mí.
Es bien que aquesto miredes,
y que esa gente ruin
non se atreva á facer tal
sabiendo que sois el Cid:
pues no faltarán salidas
para poderse eximir,
es bien que aquesto sintades,
farto os he dicho, sentid.

ROMANCE LVIII

Asida está del estribo
la noble Ximena Gomez,
y en tanto que al Cid le habla
el Cid su gaban compone.
Mirad le dice, señor,
que la sangre de aquel conde,
que matásteis bueno á bueno,
que la vengueis como noble.
A las córtes vais, buen Cid,
y lo que os lleva á la corte
ha de dar corte la espada
porque no tiene otro corte.
Al Rey habrán prevenido
y á sus amigos los condes,
que es de cobardes muy propio
socorrerse de invenciones.
No aceteis del Rey Alfonso
escusas, ruegos, ni dones,
que mal se cubre una injuria
con afeite de razones.
Considerad vuesas fijas
amarradas á dos robles,
de quien hoi tiemblan las hojas
condolidas de sus voces.

Y mirad que aquella ofensa
contra mí fecha en el monte,
descubre en vos las señales,
y en mis fijas los azotes.
Dios os guarde donde vades,
que son los competïdores
crueles, como cobardes,
como cobardes, traïdores.
Yo sé bien que vais seguro
si non fuere de traiciónes,
que atrevidos con mugeres,
nunca lo son con los hombres.
No entreis, señor, en batalla;
que menguais vuesos blasones,
honrando con vuesa espada
una sangre tan enorme.
El que venció á tantos Reyes,
non se iguale á aquestos homes
que relinchos de Babieca
han vencido otros mejores.
Cobrad vuesas dos espadas
para Bermudo y Ordoñez,
que ellos pondrán en sus filos
el uso de vuesos golpes.
Sacará del fuego mio
la tizona los tizones,
y la famosa colada
la mancha de mis pasiones.
Por mi aviso, y vuesa mano,
que á mi venganza se oponen,

desde luego la esperanza
me promete alegres dones.
Asi suceda Ximena,
el famoso Cid responde,
y abajando la cabeza
picó á Babieca, y partióse.

ROMANCE LIX.

Después que una fiesta fizo
al santo y divino Pedro,
aquel que africanos moros
pagaron tributo y pecho,
fizo una junta en su casa
de parientes y homes buenos,
y como juntos los vido,
el buen Cid les dijo aquesto:
Bien sabeis amigos mios,
la fazaña de mis yernos,
bien me pagaron las obras
que en Valencia hice por ellos,
con riendas me las pagaron,
no teniendo rienda en ellos,
de ponellas en mis fijas
azotadas en desiertos,
y agora el Rey de Leon
dice por su mandadero

que dentro de treinta dias
tengo de estar en Toledo.
Asi vos suplico y pido,
aunque no es menester ruegos
para amigos tan leales
teniendo fidalgos pechos,
non se fable allá en las córtes,
non perdamos el respeto
al Rey , que non es razon,
juzgando bien y derecho.
Non se descomida nadie,
nin fablando en nuestros fechos
que yo pondré la demanda
de lo que les dí-, primero
la facienda , plata y oro,
las espadas , lo tercero
demandaré el desacato
que á mis fijas les ficieron.

ROMANCE LX.

Recibiendo el alborada
que viene á alegrar la tierra,
tócaban á recoger
seis clarines por Valencia.
Don Rodrigo de Vibar,
el buen Cid, su gente apresta

para partir á Toledo,
que á córtes el Rey le espera.
Ya la plaza del palacio
está de gente cubierta,
de escuderos y fidalgos
esperando que el Cid venga.
El sale ya de la sala,
ya está en medio la escalera,
y sálenle á acompañar
sus dos fijas y Ximena.
Abrázalas cortesmente,
y ruégalas que se vuelvan,
que en ver presentes sus fijas
tiene presente su afrenta.
Descendió fasta el zaguan
donde estaba su Babieca,
que de ver triste á su amo,
casi siente su tristeza:
salió en cuerpo hasta la plaza
armado con armas negras,
sembradas de cruces de oro
desde la gola á las grevas.
Vió su gente tan lucida,
y en la ventana á Ximena,
y por facer lozanía,
puso al caballo las piernas.
Llevó los ojos de todos,
y al cabo de la carrera
quitó á Ximena la gorra,
y tocaron las trompetas.

Todos siguieron tras él,
¡cuán lucida gente lleva!
pues alegre el sol de vellos,
en las armas reverbera.
Caminan por sus jornadas,
y á la vista de Requena
detuvo la rienda el Cid,
que non quiso entrar en ella.
Acordóse en aquel punto
que allí fue la vez primera
que le llamó el sesto Alfonso
estando él quieto en ella.
Con grave y severa voz
levantando la visera,
y afirmado en lôs estribos,
le dice de esta manera:
Teatro de mi deshonra,
do se fizo la tragedia
en que mis aleves yernos
fueron los autôres della;
al Rey vo á pedir justicia,
ruego á Dios que no la tuerza,
que á postre de mi venganza
no estareis en mi frontera.
y llevado de furor
puso al caballo las piernas
contra la flaca muralla,
que de verle airado tiembla.

ROMANCE LXI.

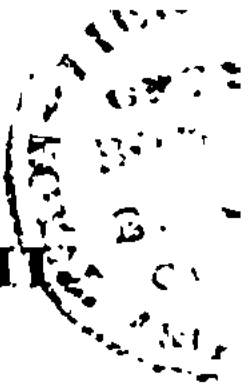
Tres córtes armára el Rey
todas á una sazon,
las unas armára en Burgos,
las otras arma en Leon,
las otras arma en Toledo,
donde los fidalgos son,
para cumplir de justicia
al chico como al mayor.
Treinta dias da de plazo,
treinta dias, que mas non,
y el que á la postre viniese,
que quedase por traidor.
Veinte y nueve son pasados,
los condes llamados son;
los treinta eran ya pasados,
el buen Cid non viene, non.
Alli fablaron los condes:
Señor, dadlo por traidor.
Respondiérales el Rey:
eso non faré yo, non,
que el Cid es buen caballero,
de batallas vencedor,
y que en todas las mis córtes
non lo habia otro mejor.

Ellos estando en aquesto,
ese buen Cid que asomó
con trescientos caballeros,
todos fijosdalgo son,
todos vestidos de paño,
de un paño y de una color,
si non fuera ese buen Cid,
que traia un albornoz.
Manténgavos Dios, el Rey,
y á vosotros, sálveos Dios,
que non fabló yo á los condes,
que mis enemigos son.

ROMANCE LXII.

Idos vos, Martin Pelaez,
á mi Valencia, y guardalla
mientras que me quejo al Rey
de aquesta traicion tamaña.
Rogaréle que se lembre
cuando á mis fijas casára
contra la mi voluntad,
de mi Ximena y mi casa.
Y que por facer la suya,
y cumplir la su palabra,
yo folgué que se ficiesen
aquestas bodas amargas.

Diréle yo como Ordoño
las falló tan mal paradas,
y desnudas de las ropas
que les diera para honrallas:
y si los ojos me dejan
contar tan malas fazañas,
diré como las toparon
en el monte aprisionadas,
y pediré que en sus córtes
desagravie aquestas canas,
que el deshonor de mis fijas
las tienen avergonzadas,
y de tan grande traicion
faré un reto, una demanda
á los condes, si tuvieren
la faz para sustentalla;
y cobraré mis dos joyas,
pues estan mal empleadas
en poder de dos traidores,
mi tizona y mi colada:
y vos, amigo Martin,
quedareis de esta vegada
como señor de mis tierras
por mi falta, gobernadlas.
Acudireis á Ximena
á servilla y regalalla,
tendreis mucha cuenta en esto,
catad que os dejo en mi casa.



ROMANCE LXIII.

A Toledo habia llegado
Ruiz-Diaz, que el Cid decian,
á córtes del Rey Alfonso
que por amor suyo hacia,
para le dar gran derecho
de la gran alevosía
que sus yernos los infantes
de Carrion fecho le habian.
En palacios de Galiana
el Rey mandado tenia,
que se junten á las córtes
todos los que alli vernian.
La silla del Rey Alfonso,
que era mui hermosa y rica,
púsose en mejor lugar
que en toda la sala habia,
al rededor de la cual
escaños grandes ponian,
donde se sentasen todos,
y la otra caballeria.
El Cid llamó á un escudero
mui fidalgo en demasia,
Fernando Alfonso habia nombre,
el Cid criado le habia.

Mandóle tome un escaño
que de Valencia traia,
que se lo ganó al Rey moro
cuando en ella lo vencia:
mandóle que le pusiese
donde el Rey tenia su silla:
escuderos fijosdalgo
mandó lleve en compañia,
y que guarden el escaño
fasta que sea otro dia.
Todos llevan el escaño,
que es fermoso á maravilla,
sus espadas á los cuellos,
¡ó qué bien que parecian!
Pusieron el rico escaño
donde el Cid mandado habia,
cubierto de ricos paños
de oro, seda y pedreria.
Otro dia de mañana,
despues que el Rey oyó misa,
fuese para los palacios
con mui gran caballeria,
solo el Cid no va con él,
que en su posada yacia.
Garci-Ordoñez, ese conde
que al buen Cid mui mal queria,
cuando viera aquel escaño
al Rey dijo desta guisa.
Por merced os pido, Rey,
oigais lo que yo decia:

¿quel tálamo que armaron
junto de la vuesa silla,
¿para cuál novia se armó?
preguntoos, ¿venia vestida
de almejias ó alquiceles,
ó cómo venia guarnida?
mandadle quitar de allí
porque á vos pertenecia.
Fernan-Alfonso lo oyó,
al conde le respondia:
Conde, mui mal razonades,
mucho mal de ello venia,
que decides mal de aquel
que mui mas que vos valia.
No novia, como decis,
y si decis que mentia
las manos yo vos pondré,
y conocer vos faria
ante el Rey que está presente
de qué lugar descendia,
que no me podreis negar
no tener vos mejoria.
Mucho le pesó al buen Rey
y á los que con él venian
de lo que habia pasado:
mas el conde don Garcia,
como era hombre sañudo,
el manto al brazo ponia,
dijo: Dejadme ferir
al rapaz que tal decia.

Alfonso cuando lo vido,
su espada sacado habia,
viniéndose contra el conde
diciendo : castigaria
las locuras que habeis dicho,
mas por el Rey no osaria.
El Rey los ha despartido,
y á los presentes decia:
Ninguno debe fablar
deste escaño que aqui habia;
que el Cid lo ganó mui bien,
y como home de valía,
y es caballero esforzado,
y de mui gran valentía,
é non hai otro en el mundo
que tan bien lo merecia
como el buen Cid , mi vasallo,
de tan alta nombradía,
y cuanto el Cid es mejor
mas honra á mí me venia,
que cuando ganó el escaño
á muchos moros vencia,
envióme su presente,
por señor me obedecia
como vasallo leal,
cumpliendo lo que debia,
muchos caballos me dió
con moros que los traian,
y enviárame mi quinto
lo que á mí pertenecia;

nadie non fable del Cid,
que segundo non tenia.

ROMANCE LXIV

Despues que el Cid Campeador
pidió derecho del tuerto,
de que fuesen emplazados
los condes para Toledo,
el Rey don Alfonso el Bravo
aquel que con gran denuedo
al foradar de la mano
tuvo siempre el brazo quedo,
mandó que dentro en tres meses
pareciesen en Toledo,
ó fincasen por traidores
ellos, y el conde don Suero,
y que se fagan las córtes,
y se junten á ellas cedo
sus grandes y ricos homes,
que quiere tomar su acuerdo;
que si los condes son nobles
Alfonso es Rey de derecho,
maguer que el Cid en honor
es honrado caballero.
Antes de cumplir el plazo
todos á córtes vinieron,

y el Cid trujo en su compañía
novecientos caballeros.
Salió el Rey á recibirlo
á dos leguas de Toledo,
unos de envidiosos callan
y otros dicen que es esceso.
Palacios de Galiana
mandó el Rey que esten com-
puestos,
las paredes de brocado
y el suelo de terciopelo.
Junto á la silla del Rey
su escaño del Cid pusieron,
de que mofaban los condes,
profanando y zahiriendo.
Sentados en córtes todos:
fabló el Rey á sus porteros:
Mándovos que callen todos,
Infanzones y Homes-buenos:
vos el Cid, decid su culpa
y ellos defiendan su pleito,
librársevos há justicia
con que quedeis satisfecho.
Seis alcaldes vos señalo
de mi casa y mi consejo,
y que todos ellos juntos
juren por los evangelios
que cuidarán de ambas part
asaz entender el pleito,
y entendido juzgarán

sin pasion, amor, ni miedo.
Levantóse luego el Cid,
y sin mas alongamientos
pide le den sus espadas
tizona y colada luego.
El Rey miraba á los condes,
que responden atendiendo,
pero ninguna razon
en su defensa dijeron.
Los jueces mandan las den
sin ningun detenimiento,
maguer hubieron pavor,
entregarlas non quisieron.
El Rey dijo: descorteses
volvédselas á su dueño,
que supo mejor ganallas
de los moros de Marruecos,
ya cobradas las espadas
dos mil marcos de dineros
les pide, y todas las joyas
que les dió en los casamientos.
Unánimes los jueces,
de comun consentimiento
los condenan á que paguen
descontado todo el precio.
Comenzó de nuevo el Cid,
los ojos como de fuego,
y el rostro como una gualda,
á demándalles el tuerto.

ROMANCE LXV.

A vosotros fementidos
condes de villano pecho,
como traidores al Rey,
á entrambos juntos vos reto.
Mis fijas os dí, traidores,
pero non, que en ello miento,
al Rey las dí que las diese
á quien él fuese contento.
A él se fizo esta injuria,
á él se fizo este avieso
y él las recibió por fijas,
yo á vosotros por mis yernos.
Por ser fecha á mi señor
esta injuria, por él vuelvo,
que el que há vasallos honrados,
ellos le enmiendan sus tuertos.
Con mugeres teneis manos,
¡por Dios, bravos caballeros!
si al veros con el Rey Bucar
non fuerais de pies tan prestos.
Pero bien dice el refran,
que hai tan valientes guerreros,
por los pies como por manos,
y vosotros sois de aquestos.

¡O cuánto diérais agora
por ſallar otros dispuestos,
tales como los fallásteis
cuando los leones sueltos!
Faced cuenta son leones
los que en este pecho siento,
que es un leon cada agravio
fecho en un honrado pecho.
Agradecédselo al Rey
que le veo y le respeto,
pero pagarlo heis villanos,
si non que os subais al cielo,
mas non subireis, cobardes,
que es Dios grande justiciero,
y non consiente traidores
sin castigo de sus yerros.
Cuanto mas que la colada
y la tizona, yo entiendo
vos serán tal purgatorio,
que vais desta culpa absueltos.

ROMANCE LXVI.

¿Ligadesme aleves condes
qué fallaísteis en mis fijas,
y cuándo á dicha cuidaísteis
dueñas de tan alta guisa?

Por aventura con ellas
los Fidalgos de Castilla,
¿qué baldones vos han dado?
¿en qué vueso honor vos quitan?
Por madre han doña Ximena
la mi doña Sol y Elvira:
¿De tal madre, qué enseñanza?
¿nin qué fembras de tal vida?
En dote vos dí con ellas
los haberes que tenia,
y las mis ricas espadas
que menos falla mi cinta:
mas fambrientas las tenedes,
non yantan como soliam,
que siempre pechos cobardes
dan escasas las feridas.
Yo vos las demando, condes,
ante el Rey que ende nos mira
porque á colada y tizona
no es bien que aleves las ciñan.
Non son heredadas, nón,
sino en batallas habidas,
de entre lanzas y ballestas
mis armas en sangre tintas.
En los robledos de Tormes
me la dejades vertida,
mas la de dueñas atales.
¿Ved qué varones no estiman?
Non por ende me afrentades,
por ser mis fijas queridas,

que aunque son mi sangre, estaba
en vuesas mugeres mismas.
Con todo, vos reto, condes
por facer la sangre limpia,
porque el golpe del agravio
no hai miembro que no lastima.
Tenudo soi á facello
por vuesa honra y la mia,
que la mancha del honor,
solo con sangre se quita.
Estas palabras el Cid
á sus dos yernos decia,
levantado del escaño,
la mano á la barba asida.

ROMANCE LXVII.

El temido de los moros,
aquella gloria de España,
el que nunca fue vencido,
el rayo de las batallas,
ese buen Cid Campeador,
defensor de nuestra patria,
espejo de capitanes,
y de traidores venganza:
en las córtes de Toledo

do le fueron entregadas
ante el sesto Rey Alfonso
por los condes las espadas,
asi fablaba con ellas
sin fartarse de mirallas.
¿Do estais mis queridas prendas?
¿A do estais mis prendas caras?
no caras porque os compré
por dinero, oro, ni plata,
mas caras porque os gané
con el sudor de mi cara
al Rey moro de Marruecos
siendo Valencia cercada,
y vos mi espada tizona,
que vos traia en su guarda,
y al Conde de Barcelona
á vos os gané colada,
cuando les tomé á los moros
los Castillos de Brianda.
Yo nunca os fice cobardes,
antes por la fe cristiana
en la sarracena gente
os trage siempre cebadas.
A los condes mis dos yernos,
por ser joyas tan preciadas
vos dí, y ellos ¡mal pecado!
os tienen de orin tomadas:
non erades para ellos
que vos traian afrentadas
por de dentro mui fambrientas,

por defuera pavonadas.
Libres estais de las manos
que os traian cautivadas.
el Cid os mira en las suyas
donde sereis mas honradas.
Dijo, y á Pedro Bermudez,
y á don Alvar Fañez llama,
y manda que se las guarden
mientras las córtes duraban.

ROMANCE LXVIII.

En las córtes de Toledo,
que el buen Rey Alfonso hacia
para dar derecho al Cid,
que querellado se habia
de los condes de Carrion,
sus yernos, que ser solian,
porque á sus buenas mugeres
deshonrado las habian:
vuelto le han sus dos espadas,
el haber tambien volvian,
el Çid por grandes traidores
á ambos retado habia.
Los infantes no responden
á lo que el buen Cid decia:
el Rey dijo á los infantes:

¿Qué era lo que respondian?
Diego Gonzalez, el uno,
al Rey asi le decia:
ya, señor, sabeis que somos
de los buenos de Castilla,
dejamos nuesas mugeres
porque no nos merecian:
casar con fijas del Cid,
gran deshonra nos venia.
Los del Cid no respondieron,
que el Cid mandado tenia
que si él no lo mandase
ninguno fablar debia.
Ordoño, sobrino suyo,
solo era el que respondia:
Calla tú, Diego Gonzalez,
que eres de gran cobardia,
mui valiente eres de cuerpo
mas esfuerzo non tenias,
y en esa tu falsa boca
ninguna verdad habia:
lembrate cuando en Valencia
en la lid que el Cid facia
echaste á fuir de un moro,
y el moro bien te seguia,
y yo le sali al encuentro,
muerto en tierra le ponia:
díte su caballo y armas,
y al Cid entender facia
que tú mataste aquel moro

que aquel caballo traia.
Yo lo fize por te honrar,
por casar con la mi prima:
alabástete tú desto,
yo lo otorgaba á tu guisa,
nunca salió de mi boca
fasta hoi que lo decia,
y si agora lo público
es por tu gran villania;
y sepan cuando en Valencia
como el leon que ende habia
se soltó de donde estaba,
tú por esconderte ibas,
rompiste tu manto y sayo
que cobijado tenias
por entrar bajo un escaño
que en el aposento habia,
no digo como tu hermano,
que es aquel que me veia,
cayó con notable miedo
en parte do no debia.
Asi, señor Rey Alfonso,
á tu Alteza yo decia,
que este dia fuera bien
demostrar su valentia,
no en los robledos de Tormes,
do ferido habian mis primas,
mugeres de tal linage
que mui mas que ellos valian,
y si yo ende estuviera

cometerlo no osarian;
ficieron como cobardes,
yo se lo combatiria,
non ficieron como buenos
como manda la hidalguia.
Mui feble es facer tal cosa,
ningun home de valia,
y poner mano en mugeres.
non es de caballeria.

ROMANCE LXIX.

Erguíos, no esteis postrado,
que no es justo ni razon
que esté ante mí de finojos.
quien Reyes afinojó.
Cubrid las canas honradas.
de grande prez y valor,
y del mas leal vasallo.
que tuvo Rey, ni señor.
Quedaos á yantar conmigo,
que me fareis gran favor,
y me tendrán las viandas.
deste yantar mejor prǒ;
y desque hayamos yantado.
vos quiero facer favor
de contaros de la enmienda.

del tuerto de Carrion.
Mas quiero facerlo luego.
Sabed, que le plugo á Dios
de guardarles sendos Reyes
á Elvira, y á doña Sol.
Seré en las bodas padrino,
pues casamentero soi,
porque para fijas vuesas
los tales padrinos son.
Alvar-Fañez de Minaya
vueso presente nos dió,
yo y Nuño le recibimos
con gran talante y amor.
Y por primeras mercedes,
bien dignas de quien vos sois,
mando que no haya cadira
en vuesa comparacion,
si non fuere cual yo, Rey
ó dignidad superior.
Esto dijo el Rey Alfonso
á ese buen Cid Campeador.

ROMANCE LXX.

En las córtes de Toledo,
á do yace Alfonso el sesto,
el Cid le fabla á Bermudo.

con mui grande sentimiento:
¿Non fablais vos Pedro Mudo?
fablad; que non estais muerto:
¿Non sabedes que mis fijas
son vuesas primas en deudo?
ende mas que su deshonra
mucha parte os cabe dello.
Mucho le pesó á Bermudo
de lo que el Cid ha propuesto;
juntóse con Garcia-Ordoñez,
y desque fue cerca puesto,
le diera tan gran puñada
que dió con él en el suelo.
Alborótanse las córtes,
no queda nadie en su asiento,
aquí sacan las espadas,
allí dicen mil denuestos.
Unos apellidan, Cabra,
otros Valencia, otros Reyno;
el Rey está ardiendo en ira,
diciendo: Afuera, teneos,
otra vez replicó: Afuera,
sin mas audiencia condeno,
con acuerdo de mi córte,
y de mi Real Consejo,
por los méritos que fallo,
que resultan deste pleito,
á los condes de Carrion,
que lidien conforme al reto,
y que el Cid haya cumplido

don dalles tres escuderos,
y los que mejor lidiaren
ellos salven su derecho.
Pidieron plazo los condes
para guisar en el fecho:
al cabo de ruegos muchos
la noche se puso enmedio.
Volvióse el Rey á su casa;
la córte á su alojamiento,
y al salir de los palacios
donde las córtes se han fecho,
de Navarra y de Aragon
al Rey vienen mensageros;
cartas le traen de sus Reyes,
pidiéndole otorgamiento
de las dos fijas del Cid
para dos fijos mancebos:
don Ramiro el de Navarra
la pide, si bien me acuerdo,
á la mayor doña Elvira,
dueña de virtud y arreo:
á la menor doña Sol
ha pedido el Rey don Pedro
para su hijo don Sancho
de Aragon, propio heredero.
Partióse á Valencia el Cid
ufano, alegre y contento,
desagraviadas sus fijas,
á guisar los casamientos.

ROMANCE LXXI.

Ya se parte de Toledo
ese buen Cid afamado,
y acabáronse las córtes
que allí se habian celebrado.
Aquese buen Rey Alfonso
mui gran derecho le ha dado
de los infántes, los condes
de Carrion el condado.
Don Rodrigo va á Valencia,
que á los moros la ha ganado;
novecientos caballeros
lleva, todos fijosdalgo:
de la rienda le llevaban
á Babieca, el buen caballo.
Despidióse el Rey del Cid,
que le habia acompañado:
lejos van uno de otro,
el Cid envió un recaudo,
pide por merced al Rey
se aguarde para fablallo.
El Rey aguardára al Cid,
como á bueno y leal vasallo;
y el Cid le dijo: Buen Rey,
yo he sido mui mal mirado.

en llevarme yo á Babieca,
caballo tan afamado,
que á vos, señor, pertenece
como mas aventajado.
No le merece ninguno,
vos sí solo á vueso cabo,
y porque veais cuál es,
y si es bien estimallo,
quiero facer ante vos
lo que no he acostumbrado,
si non es cuando hube lides
con enemigos en campo.
Cabalgó el buen Cid en él,
de piel de armiño arreado,
firióle de las espuelas,
el Rey se quedó espantado
en mirar cuán bien lo face,
á ámbos está alabando,
alababa á quien lo rige
de valiente y esforzado,
y al caballo por mejor
que otro no es visto, ni hallado.
Con la furia de Babieca
una rienda se ha quebrado,
paróse con una sola,
como si estuviera en prado;
el Rey y sus ricos-homes
de verlo se han espantado;
dijeron que nunca oyeron
fablar de tan buen caballo:

el Cid le dijo : Buen Rey,
suplicoos querais tomallo.
Non lo tomaré yo , el Cid,
el Rey por respuesta ha dado,
si fuera , buen Cid , él mio
yo vos lo diera de grado,
que en vos mejor que en ninguno
el caballo está empleado.
Con él honrades á vos
y á nos en estremo grado,
y á todos los de mis tierras
por vuesos fechos granados.
Mas yo lo tomo por mio,
y con vos querais llevallo,
que cuando yo lo quisiere,
por mí vos será tomado.
Despidióse el Cid del Rey,
las manos le habia besado,
y fuese para Valencia,
donde le estan aguardando.

ROMANCE LXXII.

Ya se parte el Rey Alfonso,
de Toledo se partia,
para ir á Carrion,
que los condes no venian.

lidiar con los del Cid,
que retados los tenian
por la deshonra que hicieron,
aleve y gran villania
á las dos fijas del Cid
doña Sol y doña Elvira.
Consigo llevó los seis
jueces de la tal porfia.
Don Ramon, yerno del Rey,
llevaba en su compañia
á los que habian de lidiar
con los que el aleve hacian.
A Carrion es llegado
á la vega que ende habia,
sus tiendas mandára armar:
los condes á él venian
con su tio Suer-Gonzalez,
que la gran traicion urdia:
traen consigo sus parientes,
muchos son en demasia.
Armados venian todos
de ricas fuertes lorigas,
y entre sí han acordado
que si tiempo se ofrecia
de matar á los del Cid
de cualquier manera ó guisa,
ántes de entrar en la lid,
porque asi les convenia.
Los del Cid lo habian sentido,
al Rey, señor, le decian,

en vuesa mano y merced
el de Vibar nos ponia,
por esto, señor, pedimos
non consintais que hoi dia
nos fagan desaguisado,
nin tuerto ni alevosia,
que con la merced de Dios
el Cid vengado seria,
derecho habremos de aquesto,
que Dios nos ayudaria.
El Rey dijo: Non temais,
maguer yo lo proveeria.
Mandó dar luego un pregon,
estas palabras decia:
Quien tuerto desaguisado
á los del Cid les ficiese,
que la cabeza y sus bienes
alli todo lo perdiese.
El los metiera en el campo
do la lid hacerse habia,
los infantes y su tio
tambien al campo acudian.
Gran compaña traen consigo
de gente que los seguia,
el Rey á mui grandes voces
estas palabras decia:
Infantes de Carrion,
la lid que hacerse queria,
en Toledo la quisiera,
y non en aquesta villa.

Disteis que guarnimientos
á vos alli fallecian
vine al vueso natural
por faceros cortesia.
Los caballeros del Cid
conmigo yo los traia,
en mi fe y en mi verdad
ellos sus vidas ponian.
Condes, yo vos desengaño
á vos y á vuesa valia,
non fagades contra ellos
lo que hacer non se debia,
que aquel que lo tal ficiere
ya yo mandado tenia
en campo le despedacen,
sin que nadie se lo impida.
A los condes les pesó
de lo que el Rey les avisa:
la colada y la tizona,
al Rey suplicado habian,
que non entren en la lid,
que era mucha su valia.
El Rey les dijera: Infantes,
facer eso non podia,
pidiéradeslo en Todelo,
que aqui lugar ya no habia;
metedvos mui buenas armas,
que non se os contradiria,
bien crecidos sois de cuerpos,
pelead con valentia.

En el campo son metidos
todos seis como cumplia,
arreada está la gente,
y todos se apercibian,
embrazaron los escudos,
pónense las capellinas,
firiéronse de las lanzas
que so los brazos tenian.
A Pedro Bermudo luego
Fernan-Gonzalez heria,
pasóle todo el escudo,
en la carne non le heria;
él firió á Fernan-Gonzalez
de una mui grande ferida,
pasóle de lado á lado,
mucha sangre le salia,
y ya desmayado en tierra
Fernan-Gonzalez caia
por las áncas del caballo
asido á la misma silla:
la lanza echára de sí,
mano á tizona ponia,
díjole á Fernan-Gonzalez:
Traidor, perderás la vida:
y él, conociendo la espada
que el buen Bermudo traia,
temiérase de la muerte,
y antes que le diera herida,
dijo: Yo soi vencido,
y por tal me conocia.

Martin Antolin de Burgos
con el otro está en gran prisa,
quebrádose habian las lanzas,
con las espadas reñian.
Antolin le diera un golpe
con colada, espada fina,
por cima de la cabeza,
que mal ferido lo habia,
cortárale el guarnimiento,
y el casco tambien hendia.
Diego Gonzalez desmaya,
cuidó que no escaparia,
grandes voces da el infante,
por golpes que recibia,
sacóle el caballo fuera
del cerco que el Rey ponia:
vencido es como su hermano,
y por tal él se tenia.
Nuño Busto y Suer Gonzalez
se fieren con valentia,
las lanzas traen mui fuertes,
recias son á maravilla.
Suer Gonzalo á Nuño Busto
el escudo le partia,
pasóle de parte á parte,
que el golpe mui recio iba,
pásole los guarnimientos,
á la carne no prendia.
Firme estuvo Nuño Busto,
que era de grande valia,

pasárale á su enemigo
el escudo que tenia,
y fuera de las espaldas
el hierro se parecia.
Suer Gonzalez cayó en tierra,
Nuño Bustos le ponia
la su lanza sobre el rostro,
ferirlo otra vez queria.
Non lo firades por Dios,
su padre á voces decia:
que mi fijo ya es vencido,
y creo muerto estaria.
Nuño Bustos á los fieles
dijo si aquello valia.
Non vale nada, responden,
si él propio non lo decia.
Suer Gonzalo volvió en sí.
Yo soy vencido publica:
por alevosos el Rey
los tiene desde aquel dia
con su tio Suer Gonzalez,
que el consejo dado habia.
Fuyéronse de la tierra,
que jamas no parecian,
ni mas alzaron cabeza:
los del Cid con honra fincan:
gran compaña les da el Rey,
á Valencia se volvian,
dióles mui grandes haberes,
mui seguros los envia

para su señor el Cid,
que por tal le conocian.

ROMANCE LXXIII.

Acabada la batalla
por el de Vibar pedida
contra los aleves condes
que le afrentaron sus fijas,
el noble Rey don Alfonso,
que el suceso honroso estima,
que haya sido por el Cid
como el que tenia justicia,
con los tres fuertes guerreros
que por él lidiado habian,
y alcanzado la vitoria
asi escribe al Cid Ruy-Diaz.
A vos el Cid castellano
el de la espada temida
pestilencia de los moros
y defensa de Castilla:
á vos á quien guarde el cielo
en próspera y larga vida
para que estemos seguros
de la enemiga morisma:
á vos, el Rey don Alfonso
salud por esta os envia

como vueso mas amigo,
aunque enemigos resistan.
El suceso del combate
que se ha fecho en esta villa
de Carrion, por el órden
que se dió en las córtes mias
os lo escribo por mi mano,
y va con mi sello y firma,
que sirva de testimonio
verdadero, y sin malicia,
porque en la edad venidera
como fue se entienda y diga,
sin que amistad ó respetos
fagan que acorten ó añidan.
Luego que fueron las córtes
en Toledo concluidas
á esta villa nos partimos
por los dos condes pedida:
su demanda dió sospecha
por ser en su tierra misma,
que tierra que cria aleves
non sin recelo se pisa.
Yo aseguré este recelo
porque á los tres que venian
por vós, á lidiar con ellos
guardé con la guarda mia,
siempre los tuve delante,
conociendo bien que habia
de la parte de los condes
mas traicion que valentia.

Llegó el plazo y dia asignado
en que habian de ser vistas
la justicia y la razon
lidiar con la alevosia.
Fizose un fuerte palenque
cerrado, y puestos encima
asientos y seis jueces,
y enfrente mi Real silla:
á todo estuve presente,
porque en mi ausencia non digan
que el rostro escondí al efecto
en que el honor vueso iba:
porque non fablen aquellos
que ese daño codician,
que os falta el Rey don Alfonso
como no os faltó en la vida:
aunque por malditos medios
traidores nos revolvian,
vuesa lealtad condenando
con embidiosas mentiras,
advertido deste engaño,
á maldades conocidas
les cierro el oido á aquellos
que os condenaban en vida.
He querido que entendais
que su maldad entendida
faga el honor vueso mio
cual lo mostré en la conquista, (a)

(a) Alude á la conquista del castillo de Rueda. Véase el romance XLIV.

que yo propio, y á mi lado
metí los tres que venian
á defender vuestra causa,
que yo llamo propia mia.
Puestos por mí en el palenque
los dos condes á la mira
y Suer Gonzalez su tio
llegaron cual convenia,
de fuertes armas cubiertos
con mui grande compañia
de parientes, y de amigos,
y el pueblo que los seguia.
Cuando yo ví tanta gente,
que en torno á todos seguian,
temí el seguro, non fuese
el robo de las Sabinas.
Mandé sentar á los jueces,
y yo tomando mi silla,
sosegado el alboroto
fue de mí esta razon dicha:
Condes, las fijas del Cid,
por vos sin causa ofendidas
con la crueza mas soez,
que se ha visto ni hai escrita,
demandaron la venganza
de su afrentosa ignominia
al Cid su padre, que al punto
salió á ella por sus fijas:
Pidió campo á todos tres,
para que en él fuese vista

mo quedaba su ofensa
con la sangre vuesa limpia.
Respondisteis, que con él
la batalla que os pedia
non queriades facer
porque yo lo ayudaria,
que enviase á quien quisiese,
que sobre la causa misma
con vós ficiese batalla
á los fueros de Castilla:
estos tres nobles guerreros
el Cid por su parte envia,
que ya en el campo os aguardan
os retan, y desafian.
Faced vüesa obligacion,
que es lo que os fuerza y obliga,
que es tiempo que las razones
á las armas se remitan.
Quisiéronme dar respuesta,
y de mí no siendo oida,
á dar principio al combate
fueron, aunque lo temian.
Partióles el campo luego
un Rey de armas, con insignias
del horrible ministerio
que administrándoles iba.
De tres en tres en sus puestos
se pusieron, recogidas
las riendas á los caballos,
las lanzas aparejadas.

Contra el conde don Fernando
que á la victoria se aplica
Martin Antolinez fue
fuego echando por la vista.
Don Diego el otro hermano
que encendió la horrible cisma,
le cupo á Pedro Bermudez
para la batalla esquiva.
Nuño Bustos de Lincuella
ardiendo en honrosa ira
se opuso con Suer'Gonzalez,
autor de la alevosia.
Cuando ví tres contra tres
en dos hileras distintas,
la lid de los Curiacios
se me figura que via.
A este punto el ronco son
de la trompa les avisa
que den principio á la lid
para el fin que pretendian.
Arremetieron á una,
todos, la señal oida;
cada cual con el contrario
que en frente de sí tenia.
Don Fernando y Antolinez,
que igualmente se herian,
quebraron juntos las lanzas,
firmes quedan en las sillas:
mas desnudando á colada
despues de muchas heridas

que Antolinez le dió al conde
con destreza y valentia,
le dió un golpe en lo mas alto
del yelmo; que las hebillas
saltaron, y la cabeza
fue en dos partes dividida.
Derribóle del caballo,
y el suyo dejando, encima
del cuello se puso en pie
y el acero al pecho afirma.
A este punto un gran ruido
se alzó: y una vulgar grita,
pidiendo no le matase,
cumpliendo con que se rinda.
Fue poderoso el clamor
de aplacar la ardiente ira
del vencedor animoso,
para dejallo con vida:
mas puesto sobre él de pies
á Pedro Bermudez mira,
que traia al conde don Diego
sin valor con que resista:
dióle un golpe con tizona,
despues de tener rompidas
las lanzas, y fue tan fuerte
que hombre y caballo derriba.
pidióle misericordia,
pidiendo en merced la vida,
confesando su maldad,
diciendo que se rendia.

Non dió oïdo á sus plegarias,
mas la espada fiera hinca
por el alevoso pecho,
con que dió fin á su vida.
El valiente Nuño Bustos,
y Suer Gonzalez, querian
cada uno de por sí
la victoria de aquel dia.
Duró mucho este combate,
mas la justicia divina
dió victoria á Nuño Bustos
como á quien tenia justicia:
atravesó á su contrario
de parte á parte, y fue grima
verle venir del caballo
cayendo, la boca arriba.
Con esto acabó el combate,
y los vencedores gritan
¿si habia mas que facer
ó mas traidores que rindan?
Respondiéronles que non,
que la victoria tenian
ganada como valientes
sin haber quien se lo impida.
Dos cajas y un pregonero
puesto á este punto encima
del palenque, resonaron
que la victoria os aplican.
El Rey de Armas con mi guardia
á los vencedores guian

Allí se los aguardaban
yo, y toda mi compañia.
Luego dieron los jueces
sentencia difinitiva,
que por traidores infames,
de honor los inhabilitan.
Esta sentencia fue al punto
confirmada, y queda escrita
para que pueda dar fe
sin la mia, con seis firmas.
Buen Cid, esto es lo que pasa,
sin que falte, ni se añida,
sin que odio ni amistad
sean que otra cosa escriba.
Ved si no quedais contento
y quereis que se prosiga
contra todo su linage
sin dejar persona viva.
Encomendadme á Ximena,
y abrazadme á vuesas fijas,
y decidlas que de nuevo
su causa tomo por mia.

ROMANCE LXXIV.

Muy doliente estaba el Cid,
dos dias tiene de vida,

llamára á Doña Ximena
su muger que bien queria,
y á don Gerónimo obispo,
Alvar-Fañez ya venia
y tambien Pedro Bermudez,
y su privado Gil Diaz.
Todos cinco estaban juntos,
y el buen Cid asi decia.
Bien sabeis como el Rey Bucar
será presto su venida
á me tomar á Valencia,
que yo guardada tenia;
de moros trae gran poder,
muchos Reyes lo seguian.
Lo primero que fagades,
mi alma del cuerpo ida,
es que lo lavedes bien,
y que lo hinchais de mirra
y bálsamo que el soldan
á mí enviado me habia;
y untareis la mi cabeza
y mis pies que nada finca,
y vos hermana Ximena,
y la vuesa compañia,
cuando yo fuere finado
non lloreis porque moria,
non fagais duelo ninguno
que gran mal dello os vendria,
que si los moros lo saben,
y entienden la muerte mia,

Podreis vos morir con ellos;
y yo pesar llevaria:
y cuando Buscar llegare,
mandaredes aquel dia
que suban todas las gentes
á los muros con gran grita,
y que toquen las trompetas,
mostrando grande alegria.
Y cuando partir querais
de ese Reyno de Castilla,
en secreto lo diredes
á la gente que ende habia.
Non quede moro ninguno
en el arrabal de Alcudia,
cargareis vuesos haberes,
non finque cosa nacida,
y desque esto fuere fecho
Babieca se ensillaria,
fareislo mui bien armar,
y pondreis mi cuerpo encima
apuestamente guarnido,
y atareisme de tal guisa
que non pueda dél caer
aunque saga arremetida.
En la mi mano derecha
tizona se me ponia,
y don Gerónimo obispo
á un lado de mí iria,
Gil Diaz iria al otro,
y mi caballo guiaria,

mi primo Pedro Bermudez
mi señal llevad tendida
como hasta aqui lo ficisteis
en lides que yo vencia.
Vos Alvar-Fañez Minaya,
las gentes porneis á guisa,
para que lidien con Bucar,
que por mui cierto tenia
á él, y á sus allegados
vuesa gente venceria.
Dios me lo tiene otorgado (a)
y ello asi se cumpliria,
y cogeredes el campo
do grande riqueza habria.
Lo que mas habeis de hacer
yo vos lo declararia
eras antes que yo me fine,
que mañana será el dia.

(a) Alude á lo que se refiere en el romance XCIV de las ediciones antiguas en que se supone uña aparicion de san Pedro al Cid cuando su última enfermedad en que le promete que ha de vencer al enemigo despues de muerto: hase suprimido este romance y otros de igual contesto, por las razones que cualquiera echará de ver.

ROMANCE LXXV.

Là que á nadie no perdona,
á Reyes ni á ricos-homes
á mí fincando en Valencia
llegó á mi puerta, y llamóme.
y fallándome dispuesto,
á su voluntad conforme,
fago asi mi testamento
y mi voluntad al postre:
Yo Rodrigo de Vibar,
llamado por otro nombre,
el bravo Cid Campeador
de las morismas naciones,
El alma encomiendo á Dios
que en su Reyno la coloque,
y el cuerpo fecho de tierra
mando que á su centro torne,
y despues que sea finado
con los untos de los botes
que me endonó el Rey de Persia,
unten, compongan y adoben,
y puesto sobre Babieca
tras mí mi seña y pendone
lo enseñedes al Rey Bucar
y á todos sus valedores,

y mando que á mi Babieca
lo sotierren, y lo asoden,
non coman canes caballo
que carnes de canes rompe,
y para facerme obsequias
se junten mis infanzones
los de mi pan, y mi mesa,
los buenos conqueridores.
Y á la santa cofradia
del rico Lázaro pobre,
mando el prado de Vibar
ende, aquende, y su quiñone.
Item, mando que no alquilen
plañideras que me lloren,
bastan las de mi Ximena,
sin que otras lágrimas compre.
Y en san Pedro de Cardeña,
junto al santo pescadore,
me fabriquen un fosal
con su túmulo de bronce.
Item, mando que al judio,
que engañé estando tan pobre,
lo que pesare de arena,
le den de plata otro cofre:
y á Gil Diaz tornadizo,
que de moro á Dios volvióse,
le mando mis femolarias,
mis corazas y quijotes.
El noble Rey don Alfonso,
y el buen obispo don Lope,

y mi sobrino Alvar-Fañez,
sean mis cabezadores,
y lo demas de mi haber
se reparta entre los pobres,
que son entre el hombre y Dios
padrinos y valedores.

ROMANCE LXXVI.

En Valencia estaba el Cid
doliente del mal postrero,
que agravios en pechos nobles
pueden mucho mas que el tiempo
A su cabecera tiene
religiosos y homes buenos,
y en torno de su persona,
sus amigos y sus deudos.
Cuyos semblantes mirando
de dolor y cuita llenos,
con tan sesudas razones
asi conhorta su duelo.
Bien sé mis buenos ámigos
que en tan duro apartamiento
no hai causa para alegraros,
y ha mucha para doleros,
pero mostrad mi enseñanza
contra los adversos tiempos,

que vencer á la fortuna
es mas que vencer mil reynos.
Mortal me parió mi madre,
y pues pude morir luego,
lo que el cielo dió de gracia
non lo pidais de derecho.
Non muero en tierras agenas,
en mis propias tierras muero,
cuanto mas que siendo tierra
es propia heredad del muerto.
Non siento el verme morir,
que si esta vida es destierro,
los que á la muerte guiamos,
á nuestra patria volvemos.
Tan solo llevo en el alma,
que en poder de un Rey vos dejo
en quien vos podrá empecer
ser mios, ó ser ya vuesos:
que trate bien mis soldados,
pues le defienden sus Reynos,
y crea á piernas quebradas
mas que á sabios consejeros:
que traiga siempre en balanza
el castigo con el premio,
que la lealtad de vasallos
virtud pone, y pone miedo:
que estime un noble y leal
mas que muchos falagueros,
que de muchos homes malos
non puede facer un bueno:

y á quien menester hubiere,
nunca le faga denuestos,
nin pague servicios propios
por pareceres agenos.
Y non fablo de agraviado,
antes le quedo debiendo,
que las sinrazones suyas
fueron mis merecimientos.
En esto entrára Ximena,
cuyo desamparo viendo,
ellos se enjugan los ojos,
y el Cid dejó el parlamento.

ROMANCE LXXVII.

Las obsequias funerales
celebra Doña Ximena
de Rodrigo de Vibar
en san Pedro de Cardeña (a)
juntamente sus dos fijas
á quien el cielo hizo Reynas,
satisfaciendo el agravio
no debido á su inocencia.
Pone el cuerpo en una tumba

(a) Véase en el resumen histórico el tiempo en que fue el Cid trasladado desde Valencia á Cardeña.

mas que su esperanza negra,
y asi llorando le dice,
como si vivo estuviera.
¡O amparo de los cristianos,
rayo del cielo en la tierra,
azote de la morisma,
de la fe de Dios defensa!
¿Non sois aquel que jamas
os vieron la espalda vuelta
los disfrazados amigos,
que causavon vuestra ausencia?
¿Non sois el que desterrado
por palabras lisongeras,
allanó para su Rey
mil castillos, y fronteras?
¿Non sois vos, quien sugetó
á la ciudad de Valencia,
y el que venció en seis batallas
sin alma, mil almas fieras?
¡Ai amarga soledad,
cómo al sufrimiento enseñas,
á sufrir contra justicia
tan penosa y triste ausencia!
No pudo pasar de aqui;
la madre de la nobleza,
que sobre el cuerpo cayó
desmayada, ó casi muerta!

ROMANCE LXXVIII.

De Castilla iba marchando
á Navarra con su gente
don Sancho que tuvo nombre
por sus hechos de valiente.
Delante lleva el despojo
que ganó su brazo fuerte
en las tierras de Castilla
sin que nadie lo impidiese.
Triunfante, rico y contento,
por sus jornadas se vuelve,
dejando á los castellanos
despojados de sus bienes.
Por san Pedro de Cardeña
mandó que el curso enderecen
la escolta y la cabalgada
para que por alli fuesen:
como llegase la fama
al abad, que en guarda tiene
el santo cuerpo del Cid,
aguardó que el Rey se acerque.
Aderezóse entretanto
como en procesion solemne,
y con la insignia del Cid
sale para cuando llegue:
al son de las roncas cajas

marchando de siete en siete
al Rey, que llevan enmedio
miran ufanos, y alegres,
tremolando las banderas
junto al Rey, que alegremente
en ellas ponia los ojos
como en su mayor deleite.
Yendo el valiente don Sancho
marchando con sus ginetes,
llegó donde el santo abad
le aguardaba alegremente.
Puso en tierra las rodillas,
diciendo: Rey, no desprecies
mi razon, ni á la voz mia
tu justo oido le cierres.
Bien sabes, valiente Rey,
y cuantos estais presentes,
que esta presa es de cristianos
y no es justo que la lleves;
las guerras que traen contigo
son causa para ponerte
siempre la espada en la mano
por su daño, y con sus muertes:
mui bien pudiera escusarse
la sangre que dellos viertes,
y que volvieras la espada
á los moros que nos vencen:
mira buen Rey esta insignia,
que es del Cid de quien desciende,
y póngotela delante

para que esa presa dejes.
Conociendo el Rey la insignia
del caballo se desciende,
y en el suelo de rodillas
la saluda de esta suerte.
¡O estandarte poderoso,
de aquel varon escelente,
que fué muro de Castilla
y cuchillo de la muerte!
de quien tembló la morisma,
quien deshizo sus poderes
quien venció muerto al Rey Bucar,
y tuvo vasallos Reyes.
A quien hablaban los santos,
y le acompañaban siempre,
y le alcanzaron de Dios
que vencido no se viese,
á vos, y ante vos consagro,
como á quien tan bien se deben,
estos despojos de guerra,
y en vuestro templo se cuelguen.
Y en diciendo estas razones
mandó que los presos suelten,
y toda la presa junta
al bendito abad se entregue,
por amor y reverencia
del Cid, á quien se la ofrece,
reconociéndole muerto,
que nunca su nombre muere.

EPITOME HISTORICO

DE LA VIDA

DE *RODRIGO DIAZ DE VIBAR.*

Rodrigo Diaz de Vibar, que por sus hazañas y valientes hechos de armas mereció despues el renombre de *Cid Campeador*, nació en la ciudad de Burgos algunos años antes del de 1060. Fue su padre Diego Lainez, descendiente de don Diego Porcelos, poblador de Burgos, y de Lain Calvo, juez de Castilla: su madre doña Teresa Rodriguez, hija de don Rodrigo Alvarez, Conde y gobernador de Asturias.

Muerto su padre cerca del año de 1060, heredando Rodrigo los muchos estados de aquel, entre los cuales se contaban

los pueblos de Vibar y de Ubierna, ganados por su valiente padre á los Navarros poco antes de su muerte.

Atendiendo entónces don Sancho, hijo del Rey don Fernando primero de Castilla, á los pocos años de Rodrigo Diaz, á su horfandad, á sus muchos bienes y á las muestras que parecia dar de haber heredado con ellos el valor de su padre, le llevó á su palacio para perfeccionar su educacion, condecorando la nobleza del jóven caballero con el cíngulo militar, y cuidando de él con el mismo amor que si padre suyo fuese.

La primera espedicion militar en que parece se halló Rodrigo, fue en la emprendida por don Sancho, viviendo aun don Fernando primero contra los moros de la Celtiberia, en la cual sitió y ganó á Zaragoza, y pasando despues el mismo á socorrer á los moros sitiados en la villa de Grados, por don Ramiro Rey de Aragon trabó batalla con éste en la que murió el Aragones: hallóse en ella el Cid, quien dió tales muestras de valor, que volviendo el Rey á Castilla le hizo *Príncipe sobre toda la milicia*: grandes debieron ser las proezas del Campeador en esta batalla, pues le hicieron digno de tan alto honor, y de

lo que segun el P. Risco (*a*), dicen sobre este particular los Anales Compostelanos, á saber: *E cuando lidió el Rey don Sancho con el Rey don Ramiro en Grados, non hy ovo mejor caballero que Roy Diaz.*

Movióse despues desgraciadamente guerra entre don Sancho y don Alfonso, hermanos y Reyes, el uno de Castilla, y de Leon el otro; y habiendo querido el Leonés que la guerra se redugese á una batalla campal, se dió ésta cerca de Llantada, á las orillas del Pisuerga, en la cual alcanzaron victoria los castellanos por el incomparable valor con que peleó Rodrigo, manifestando en esta ocasion lo mucho que habia adelantado en el arte militar.

Declaróse otra nueva guerra entre los mismos hermanos, cuyo teatro fueron las cercanías del pueblo de Golpejares, en las inmediaciones de Carrion; y aunque fue por algun tiempo varia la suerte, vencieron por último los leoneses á los castellanos; alborozados los vencedores se entregaron por la noche á la celebridad de la victoria, y al descanso: aprovechóse el Cid de este descuido

(*a*) Hist. del célebre castellano Ruy Diaz, p. 119.

aconsejando á don Sancho diese sobre ellos ántes que amaneciese, hízose asi con tanto denuedo y valor, que no solo desbarataron á los leoneses, sino que prendieron á su Rey don Alonso, á quien, interceciendo su hermana doña Urraca, dejó don Sancho ir libre á Toledo, de los moros entónces, con la condicion de dejar al vencedor el Reyno de Leon.

Pasó despues el Rey don Sancho á poner sitio á Zamora, que poseia su hermana doña Urraca, y como mientras durase este, hallasen quince soldados solo á Rodrigo Diaz, los acometió éste con tanta destreza y valor, que mató á uno, hirió dos, y ahuyentó los demás: hallándose despues mui apretada con el sitio la ciudad salió de ella el astuto y atrevido Vellido Ayulfo, quien mató al Rey don Sancho, atravesándole con una lanza, cuyo desgraciado suceso fue el año de 1072: muerto el Rey se entristeció en gran manera su egército, el cual huyó precipitadamente, ménos una cohorte de los mas valientes, los cuales, peleando y resistiendo, pudieron salvar el cadaver de su príncipe.

Sucedió á don Sancho en la corona de Castilla su hermano don Alonso,

quien manifestó su grandeza de ánimo perdonando á todos sus enemigos, pero distinguióse aquella mas con Rodrigo Diaz, porque olvidándose de los agravios que le habia hecho, no solo le recibió honoríficamente por su vasallo, sino que dispuso se casase con doña Ximena Diaz, hija de Diego, Conde de Oviedo, y prima hermana del Rey don Alonso: el haberse celebrado este casamiento poco tiempo despues de la restitucion de don Alonso á su Reyno, y el haberle proclamado los castellanos en Burgos sin resistencia, atendiendo solo á que era suyo por derecho el Reino de Castilla, manifiestan con otros fundamentos, el ser enteramente falso el tan decantado juramento, que se dice le tomó el Cid en santa Gadea.

Señalóse tambien el valor de Rodrigo Diaz al principio del reynado de don Alfonso en dos combates que tuvo con dos de los mas valientes soldados de aquel tiempo: fué el primero con Ximen Garcia, por mandado del Rey don Alfonso sobre el Castillo de Pazluenga, y sobre otros dos Castillos, y habiendo vencido el Cid, ganó y hubo el Rey don Alfonso los castillos: fué el segundo combate lidiando con un moro llamado

Faris en Medinaceli: era el moro, como dice la crónica del Cid, *buen caballero de armas*, pero sigue la misma diciendo, *é venciólo el Cid é matólo.*

Continuando el Rey don Alfonso el gran amor, y la confianza que tenia en Rodrigo Diaz, le mandó partiese á Sevilla y Córdova á pedir á los Reyes árabes de aquellas ciudades, las párias y tributos que le debian: obedeció el Cid, y habiendo llegado á Sevilla en ocasion que traian guerra entre si Almuctaman Rey de Sevilla, y Almudafar Rey de Granada, al que ayudaban caballeros cristianos de los mas poderosos de Navarra y Castilla, rogó el Cid, y aun escribió al Rey de Granada y á los caballeros cristianos que le auxiliaban, que desistiesen de aquella empresa mediante ser el Rey de Sevilla vasallo del Rey don Alfonso; pero confiados en su poderoso ejército, despreciaron los ruegos del de Vibar, y entraron asolando el Reyno de Sevilla hasta llegar al castillo de Cabra: luego que lo supo el Campeador, salió con su ejército y les dió una batalla que duró desde la hora de tercia á la de sesta, la cual ganó haciendo gran destrozo en los sarracenos y cristianos del ejército contrario, hizo

prisioneros en esta batalla á tres principales caballeros cristianos, y á muchos de sus soldados, túvolos á todos cautivos tres dias, y despojándolos de cuanto tenian los dejó en libertad: ganada esta victoria volvió el Cid á Sevilla, donde fué recibido en triunfo, y en ella no solo le entregó el Rey árabe los tributos que pedia, sino tambien muchos presentes, con los cuales volvió Rodrigo al Rey don Alfonso, que le recibió con las muestras del mayor cariño.

Restituyóse despues á su tierra de Castilla, donde enfermó: vióse por este tiempo obligado el Rey don Alfonso á marchar á Andalucia, para sosegar los árabes rebelados, y aprovechándose de su ausencia los moros de Aragon entraron en los estados cristianos, y emprendieron la conquista del castillo de Gormaz, pero sintiendo mucho Rodrigo esta desgracia marchó, aun convaleciente de su enfermedad, contra los moros, á quienes obligó á retirarse: entró despues en el Reyno de Toledo saqueando los pueblos, talando los campos, y cautivando á hombres, y mugeres hasta el número de siete mil, que llevó consigo á su patria, con todas las riquezas que tomó en aquella espedicion: pero como hubiese

acometido esta empresa sin permiso del Rey, desagradó mucho á éste, y aprovechándose los enemigos del Cid de esta ocasion para malquistarle, se dejó el Rey persuadir de cuanto añadieron los envidiosos, y aunque con sentimiento, desterró á nuestro Campeador de todos sus estados.

Salió pues Rodrigo Diaz de Castilla, dejando con su partida muy tristes á sus parientes y amigos, y se dirigió á Barcelona, en donde se detuvo muy poco, encaminándose desde ella á Zaragoza.

Reynaba en esta ciudad Ahmed-Almoctader, hombre muy valiente y ejercitado en las armas, quien habiendo muerto en el año de 1076 ó 1077, dividió el Reyno de Zaragoza entre sus dos hijos Almuctaman, y Alfagib, reinando el primero en Zaragoza, y en Denia el segundo.

Tenia el nuevo Rey de Zaragoza mucho amor á Rodrigo, por lo cual no solo le consultaba en cuanto se debia hacer, sino que tambien le elevó á la alta dignidad de gobernador de sus estados: movióse despues gran enemistad entre Almutaman y su hermano Alfagib, siendo del partido de este último Sancho Rey de Aragon y de Pamplona, y el

Conde Berenguel de Barcelona, ámbos envidiosos del gran favor que Rodrigo alcanzaba con Almuctaman, á quien fielmente servia y defendia. Sabido por el Rey don Sancho que el Cid queria ir de Zaragoza á Monzon, le amenazó con juramento para que á tal cosa no se atreviese, mas sabido todo por el de Vibar, puso tiendas á la vista de todo el ejército de Alfagib, y despreciando al aragones y á su juramento, entró al dia siguiente en Monzon, adonde no se atrevió el Rey á ir contra él.

Encendióse despues por segunda vez enemistad entre Almuctaman y su hermano Alfagib, confederándose con el último el Conde Berenguel, el Conde de Cerdania, el hermano del Conde de Urgel y los mas poderosos señores de Ausona, del Ampurdan y de Carcasona, los cuales sitiaron estrechamente el castillo de Almenara, que por órden de Almuctaman habia fortificado Rodrigo: no estaba este alli en aquella sazon sino en otro castillo llamado Escarps, que él mismo habia tomado, haciendo prisioneros á cuantos en él habia: Sabido por el Cid la estrechez en que se hallaban los que defendian el castillo de Almenara, á quienes ya les faltaba el agua,

envió dos mensages con la noticia á Almuctaman, vino éste al último á verse con Rodrigo, que estaba ya entónces á la sazon en el castillo de Tamariz, y convinieron en enviar un mensagero á los Condes que sitiaban el castillo, proponiéndoles, bajo ciertos conciertos, que desistiesen de apretarle: despreciaron los Condes las proposiciones, de lo cual sumamente irritado Rodrigo, mandó prontamente armar todo su ejército, con el que cayendo como un rayo sobre los sitiadores, mató muchísimos de los que componian el ejército contrario: huyeron los caudillos, mas persiguiéndolos Rodrigo, hizo prisionero al Conde Berenguel y los suyos, llevándolos al castillo de Tamariz, donde hizo entrega de ellos al Rey Almuctaman, quien les dió luego libertad. Volviéronse Almuctaman y Rodrigo á Zaragoza, en cuya ciudad fué el último recibido en triunfo por victoria tan señalada, la cual premió Almuctaman ensalzando á Rodrigo Diaz de manera que tuviese mas autoridad y potestad que su propio hijo sobre el Reyno.

Fué por este tiempo don Alfonso de Castilla á socorrer á Adafir, tio de Almuctaman, contra el rebelde Albofalax,

pero habiendo muerto el primero, fingió el segundo que no habia sido otro su intento sino entregar al Rey don Alfonso el castillo de Rueda, situado sobre el rio Xalon: entraron en el fuerte el Infante don Ramiro y otros caballeros, pero no el Rey, temiendo alguna traicion del moro Albofalax, el cual, luego que estuvieron dentro el Infante y los caballeros hizo seña para que levantasen el puente y matasen á los cristianos, como cruelmente lo hicieron con piedras y otras armas arrojadizas: hallábase Rodrigo á esta sazon en Tudela, y sabiendo que estaba el Rey de Castilla cerca de Rueda, se le fué á presentar, logrando que Alfonso le recibiese benigna y honoríficamente: mandóle tambien que le siguiese á Castilla, lo que obedeció Rodrigo, pero habiendo entendido que se le queria desterrar por segunda vez, huyó de la presencia de Alfonso, y se volvió á Zaragoza con Almuctaman, que le recibió con el afecto que antes le habia mostrado.

Hizo despues varias correrias por mandado de Almuctaman, en el Reyno de Aragon, y aunque se hallaba en su propio Reyno don Sancho, no se atrevió á hacerle resistencia: concluido esto

entró en tierra de Alfagib, Rey de Denia, y hermano de Almuctaman, la cual taló enteramente, sin dejar casa que no destruyese, ni riqueza que no robase acometiendo el Castillo de Morella, hasta cuya puerta subió devastándole en gran parte.

Mandóle por este tiempo Almuctaman que reedificase el Castillo de Alcalá, situado sobre Morella, lo cual fué hecho por Rodrigo, guarneciéndole completamente: de resultas de esto volvieron á unirse contra él Alfagib y don Sancho de Aragon, y juntando sus ejércitos acamparon cerca del Cid: pero como antes de echar mano á las armas enviase el Rey don Sancho un mensagero al Campeador para que le dijese que se retirase prontamente de aquel lugar, no quiso Rodrigo obedecerle aunque le respondió con mucha cortésia: que si el Rey mi Señor quisiese pasar por donde yo estoy, le serviré con mucho gusto, y lo mismo haré con todos los que le acompañan. Ademas de esto si fuese de su agrado yo le daré hasta cien soldados mios, que le sirvan y acompañen en su viage. Irritado mas con esto el Rey don Sancho, marchó con Alfagib ácia el ejército de Rodrigo, quien juró que de

manera alguna huiria delante de los Reyes, ántes sí los habia de resistir cuanto pudiese. Dióse la batalla al dia siguiente; la cual ganó el Campeador, con vergüenza y confusion de los vencidos, á quienes persiguió é hizo mas de doscientos cautivos, y entre ellos diez y siete caballeros principales, y dando libertad á los cautivos, volvió á Zaragoza, llevando consigo prisioneros á los caballeros: ántes de llegar á la ciudad encontró en Fuentes al Rey y sus hijos, y gran concurso de gentes que salieron á recibirle llenos de alegria.

Permaneció Rodrigo en Zaragoza por espacio de trece ó catorce años, es decir, todo el reynado de Almuctaman, y nueve años del de su hijo Almostaign, en que notando ya que no habia en que emplear su brazo, determinó volverse á Castilla por los años de 1088 ó 1089: recibiólo bien el Rey don Alfonso, contentísimo entonces con la conquista de Toledo, y deseando grangear la voluntad de un tan fuerte caudillo como el Cid, le hizo donacion de varias villas y lugares (a), concediéndole para mas obligarle un gran privilegio que la cré-

(a) Id. p. 163. y 164.

nica del Campeador espresa así: E aun dióle privillejos plomados é roborados con su nombre, que todos cuantos castillos é villas é lugares ganase de moros é de otro señorío, que fuesen suyos, libres é quietos para siempre, é para todos los que de él viniesen, que lo suyo oviesen de eredar.

Salió por la primavera del año de 1089 el Rey don Alfonso de Toledo con su ejército para hacer una espedicion contra los moros, y no pareciéndole al Cid conveniente estarse ocioso cuando su Rey salia á campaña, marchó de Castilla con su ejército, compuesto de siete mil hombres, encaminándose ácia Valencia y Aragon: llegó por pascua de Resurreccion al lugar de Calamocha, en donde celebró con los suyos aquella festividad. Envióle á este lugar sus legados el Rey moro de Albarracin, pidiendo una conferencia con Rodrigo, de resultas de la cual se hizo tributario del Rey don Alfonso, librándose de que el Campeador invadiese sus estados.

Pasó Rodrigo de allí á Torrente, con solo lo cual ahuyentó al conde Berenguel y su ejército, que sitiaban á Valencia, y continuó el Cid ejercitando su pericia y valor, y vencido con ella

todos los pueblos comarcanos, pasó despues de esto á Valencia, y acampó cerca de los muros de la ciudad, como amenazando combatirla, visto lo cual por su Rey Alcadir, temió tanto, que inmediatamente envió sus legados á Rodrigo con muchos presentes, haciendo al mismo tiempo reconocimiento de vasallage, y prometiendo serle tributario, ejemplo que siguió mui luego el gobernador de Murviedro, dejando en paz el Campeador á uno y otro, y retirándose á las montañas de Alpuente, ganó muchas victorias, y se enriqueció considerablemente con los despojos de los enemigos.

Por el año anterior al en que estas cosas sucedian entraron en España una multitud de moros, que llamaban almoravides, los cuales se habian ya hecho temibles por sus conquistas en Africa: vinó despues su segundo Rey Jucph, con numeroso ejército, reduciendo á su obediencia los Reyes feudatários del de Castilla, y pasando despues á sitiar el castillo de Halahet, entre Murcia y Valencia, lo hizo con tanto aprieto, que llegó á faltar el agua á los cristianos: y sabido por el Rey don Alonso el aprieto en que estaban, partió á socor-

rerlos, escribiendo al mismo tiempo á Rodrigo, que estaba tiempo habia en Requena, para que con su ejército viniese á la defensa del castillo: respondió el Cid: Venga el Rey mi Señor, como dice, que yo estoy pronto á servirle con todo mi ánimo y con buena voluntad. Y supuesto que es de su Real agrado que yo le acompañe en la espedicion, suplico á su Magestad se sirva avisarme de su llegada. Partió despues el Campeador de Requena á Xátiva, donde encontró un mensagero del Rey don Alfonso, que le dijo como éste quedaba en Toledo aprestando su ejército: pasó despues Rodrigo á Ontiñente con ánimo de saber la llegada del Rey, que le habia mandado esperar en Villena; por donde habia de pasar el ejército; pero habiendo tomado éste otro camino, no le encontraron los que envió Rodrigo á informarse: sintió mucho éste el tránsito del Rey, y el no poder cumplir su real órden; pero fue sin embargo á saber la verdad á Hellin, y hallando ser cierto lo que le habian dicho, dejó de seguir al Rey, y pasó á Molina.

No fue menester la presencia del Cid en Halahet, pues luego que vieron los sitiadores el ejército de los cristianos

con su Rey, huyeron rehusando la batalla, con lo cual se volvió el Rey á Toledo, rico con los despojos de los sarracenos.

Pero hallando los émulos del Campeador en la casualidad de la diversa marcha del ejército, nueva ocasion para indisponerle con el Rey, le acusaron de altivo y traidor; pretestando que habia sido su intento el desamparar á los cristianos para que ganasen los sarracenos: encolerizóse tanto el Rey, que quitó al Campeador los castillos, villas y lugares que le habia dado, secuestró las posesiones que habia heredado de sus mayores, mandando al mismo tiempo aprisionar á su muger é hijos, y quitarles cuanto tenian.

Sintió muchísimo Rodrigo el enojo del Rey, y la miseria de su familia; pero conociendo que provenia de las falsas acusaciones de sus enemigos, mandó á uno de sus mejores soldados al Rey don Alonso, no solo para que defendiese su honor, sino para que al mismo tiempo desafiase á sus enemigos. Puesto este soldado en presencia del Rey, le habló de este modo: (*a*) Rey ínclito, y siempre digno de todo respeto, mi señor Rodrigo, vuestro fidelísimo vasallo, me envia-

á suplicaros, besando vuestras manos, que recibais su defensa y escusa de la acusacion que en vuestra presencia hicieron contra él sus enemigos, tratándole de traidor y alevoso. Mi señor peleará por sí mismo en vuestra córte contra otro igual suyo ó semejante: un soldado suyo peleará por él con otro su igual ó semejante: todos los que os dijeron que Rodrigo usó con vos de fraude ó engaño y doblez en el camino por donde ibais á socorrer á Halahet, para que los sarracenos matasen á vos y á vuestro ejército, mintieron como falsos y malos, y no tienen buena fe. Quiere tambien que se controvierta en esta pelea que ningun conde, ó príncipe, ningun soldado de todos los que iban con fidelidad en vuestra ayuda para socorrer el sobredicho castillo, fue con mas fidelidad en vuestra ayuda contra aquellos sarracenos y contra todos vuestros enemigos, que él segun sus facultades. El Rey mui irritado contra Rodrigo y su soldado, no solo no admitió la defensa, pero ni tampoco lo oyó con agrado, aunque dió libertad á su muger é hijos, dándoles para que se fuesen con él.

No contento el Cid con esto, ni tranquilo mientras no justificase su inocen-

cia y lealtad, determinó defenderse por sí mismo, para lo cual remitió al Rey un escrito jurando su inocencia de varios modos, y desafiando á cualquiera que quisiese disputársela: contenia el papel cuatro formas distintas de juramento; pero como en sustancia vienen á ser uno mismo, solo pondremos aqui el primero, que dice de este modo (*a*):

Este es el juicio, que juzgo yo Rodrigo acerca del reto, con que fuí acusado ante el Rey Alonso. A la verdad, mi señor el Rey me tenia en la estimacion en que me solia tener antes de mi destierro. Yo en su córte pelearé con otro mi igual y semejante; ó un soldado mio peleará con otro su igual y semejante, diciendo asi: Yo Rodrigo juro á tí el que quieras pelear conmigo, y que me retas acerca del camino por donde venia el Rey Alonso á Halahet á pelear con los sarracenos, que no por otra causa dejé de ir con el Rey, sino porque no supe cuándo pasó, ni lo pude saber de ninguno. Esta es la verdadera causa de no haberle acompañado en aquella espedicion. En lo cual procedí del modo que él me lo mandó por

(*a*) Id. p. 274.

su mensagero y sus cartas, y en nada traspasé su mandato. Y en esta guerra que el Rey pensó hacer con los sarracenos, que tenian sitiado el sobredicho castillo, ningun fraude, ningun artificio, ninguna traicion, ninguna cosa mala hice por la cual yo deba perder mi estimacion, ó alguno de mis soldados deba ser despreciado. Y ninguno de los condes ó magnates ó soldados de cuantos le acompañaron en aquel ejército, tuvo mas fidelidad con el Rey para ayudarle á combatir á los sobredichos sarracenos que yo, segun mis fuerzas. Asi te juro, que todo lo que te digo es verdad, y si miento entrégueme Dios en tus manos para que hagas de mí lo que quieras; y si no líbreme Dios, justo juez, de reto tan falso. El mismo y semejante juramento haga el soldado que quiera pelear con él sobre el mismo reto.

Tampoco quiso aceptar el Rey ninguna de las cuatro formas del juramento y desafio que el Cid le remitió, aunque se templó en algun modo el enojo que con él habia.

Pasó despues Rodrigo de Molina á Elso, donde tenia sus reales, y pasada la fiesta de Natividad de aquel año (1089), llegó al lugar de Pelop, antes Pelope,

en el distrito de Benidorme, adonde habia un castillo fuerte, tanto por su sitio como por su fábrica. Habia en este lugar una cueva, en la que los pueblos comarcanos tenian recogido su dinero y alhajas: sabido lo cual por el Cid, la puso sitio, y aunque defendida por buenos y valientes soldados, se apoderó de ella enriqueciéndose con el oro, alhajas y ropas que encerraba, al mismo tiempo que el Rey le habia despojado de sus tierras y haberes.

De alli partió al puerto de Tarnan en el lugar de Ondara, cerca de Denia; reparó y fortificó su castillo, y estando en él, hizo paz con Alfagib Rey de Denia, á propuestas y ruegos de este último, hecho lo cual se dirigió el Cid á Valencia, cuyo Rey Alcadir, lleno de temor envió mucho dinero y presentes á Rodrigo, y le rogó le concediese la paz, y admitiendo el Cid aquellos, le dió ésta: de este mismo modo compraron la paz cuantos castillos estaban rebelados al Rey de Valencia.

Temiendo Alfagib Rey de Lérida y Tortosa, la paz que Alcadir habia hecho con el Cid, solicitó atraer á su partido á don Sancho, Rey de Aragon, á Berenguel Conde de Barcelona, y á

Armengol Conde de Urgel, para que juntándose las fuerzas de todos echasen al Cid de todo su Reyno: no quisieron entrar en esta liga el Rey de Arágon, ni el Conde de Urgel, y así se mantuvo el Cid en Burriana, adonde habia pasado sin ser molestado de nadie.

Marchó de aquí á los montes de Morella, y estando en ellos se confederó de nuevo Berenguel Conde de Barcelona, con Alfagih para hacer guerra á Rodrigo: juntó el Conde un poderoso ejército, y dirigiéndose á Daroca hizo paz con Almuztahen Rey de Zaragoza, que se hallaba allí, para incomodar juntos á Rodrigo, pasando despues los dos á pedir auxilio al Rey Alfonso de Castilla, quien se lo negó, pues aunque indispuesto con el Cid, le estimaba como á valiente y leal vasallo.

No ignorando el Cid las muchas fuerzas que el de Barcelona traia contra él, y sabiendo mui bien cuán poca era su gente, se encerró con ella en un valle, donde se fortificó lo mejor que pudo.

Pero despreciando Almuztahen las paces que habia hecho con el Conde, avisó á Rodrigo de todo, quien le respondió dándole gracias, y haciéndole saber despreciaba al Conde, á quien, y

á todo su ejército, esperaba para pelear con él.

Llegó por último el Conde cerca del lugar adonde estaba Rodrigo, y sabiendo que se hallaba éste defendido de un alto monte; y sus tiendas debajo de la misma montaña; le escribió al dia siguiente una carta convidándole á la batalla en estos términos: Yo (a) Berenguel Conde de Barcelona, junto con mis soldados os aseguro, que vimos la carta que dirigisteis á Almuztahen, Rey de Zaragoza, diciéndole que nos la mostrase, en la cual os burlábais de nosotros, y nos menospreciábais grandemente, escitándonos á ira y furor contra vuestra persona. Ya en otras ocasiones nos habíais hecho grandes injurias, por las cuales debíamos ser vuestros enemigos. ¿Cuánto mas justo será que al presente os miremos con el mayor encono á vista de los desprecios que contiene vuestra carta? Todavia teneis en vuestro poder el dinero que en otro tiempo me robásteis. Por lo cual tengo puesta toda mi confianza en Dios todopoderoso, que me vengará de tantas injurias como de vos he recibido. No es la menor la de

(a) Id. p. 186.

habernos echado en rostro que por nuestra cobardia éramos semejantes á nuestras propias mugeres. No es nuestro ánimo corresponderos con tan graves injurias, y nos contentaremos con pedir á Dios que os ponga en nuestras manos para que asi entendais cuánto mayor es nuestro valor que el de nuestras mugeres. Escribísteis tambien al Rey Almuztahen, que si nosotros viniésemos á pelear con vosotros, nos saldriais al encuentro con mayor prontitud y facilidad que si él quisiese ir á Monzon; y que en el caso de tardar nosotros en venir á la pelea, saldríais al camino para encontrarnos, y dar la batalla. Lo que os rogamos es que no querais tratarnos con vilipendio, tomando ocasion de que en este mismo dia no bajamos adonde estais; porque debeis saber, que dejamos de hacerlo solo por certificarnos de vuestra gente y disposicion. Bien entendemos que confiado en este monte quereis venir á las manos con nosotros. Sabemos tambien que los montes, los cuervos, las cornejas, los gavilanes, los esmerejones, las águilas y las aves de todo género son vuestros dioses, porque mas confiais en vuestros agüeros que en el Dios verdadero. Pero nosotros creemos y adoramos

á un solo Dios, que nos ha de vengar de vos, y os ha de poner en nuestras manos. Os prometemos con toda sinceridad que mañana al amanecer, queriendo Dios, nos vereis cerca de vosotros. Si bajais á lo llano, apartándoos del monte en que teneis puesta vuestra confianza, creemos que vos sois Rodrigo, á quien llaman el guerrero y Campeador. Pero si no tuviéseis ánimo para dejar el monte, os tendremos por alevoso, como dicen vulgarmente los castellanos, y por bauzador ó engañador en el lenguage de los franceses; y vanamente ostentais el valor que os preciais tener. Tened por cierto, que estaremos constantes en este sitio, ni nos retiramos de vosotros hasta tanto que os tengamos en nuestras manos muerto ó cautivo. Finalmente haremos de vosotros lo que llaman *alboroz*, y lo mismo que escribísteis, é hicísteis de nosotros. Rogamos á Dios que tome satisfaccion del atrevimiento con que derribásteis y profanásteis sus Iglesias.

A todo lo cual le contestó el Cid de este modo: (a) Yo Rodrigo, juntamente con todos los de mi compañia, te sa-

(a) Id. p. 18.

ludo, Conde Berenguel, con todos los hombres que andan contigo. Hé oido leer la carta que me enviaste, y entendí mui bien su contenido. Decias en ella que yo escribí una carta á Almuztahen, en la cual me burlaba de tí y de tu gente. No puedo menos de confesar que esto es cierto, y te aseguro, que aun ahora me burlo como ántes. La causa porque te desprecié es la siguiente: Cuando estabas con Almuztahen en tierra de Calatayud, me escarneciste en su presencia, diciéndole que por el temor que tenia de tu persona no me habia atrevido á entrar en estas tierras. Asimismo tus compañeros Raimundo de Varan, y otros soldados que estaban con él dijeron lo mismo, burlándose de mí en Castilla, y en presencia de los castellanos. Tú mismo aseguraste al Rey don Alonso, hallándose presente Almuztahen, que habrias peleado conmigo, y que me habriais echado de los dominios de Alsagib, cargado de prisiones, y que de ningun modo me atreveria yo á esperarte en aquellas tierras; y que si habias dejado de hacerlo, fue solo por respeto al Rey don Alonso, cuyo vasallo era. Estas afrentas é injurias que me hiciste, me han movido y mueven

á burlarme de tí, y á decir que tú y tus compañeros sois por vuestras flacas fuerzas semejantes á vuestras mugeres. Ahora pues no puedes ya escusarte de pelear conmigo, si tienes ánimo para ello. Si lo rehusares, todos me tendrán en la estimacion que merezco; mas si tuvieres ánimo para venir contra mí con tu ejército, cree que estoi mui lejos de temer. Bien sabes lo mucho que tengo hecho contra tí y los tuyos. No ignoro que te concertaste con Alfagib, prometiéndole, que si te daba dinero, me echarias de todos sus dominios: tengo por cierto que no te atreverás á cumplir lo prometido, y á pelear contra mí. Sin embargo, yo te convido á ello, y te aseguro que te esperaré en este lugar en que estoi, que es el mas llano de toda la tierra. Ofrezco con todas mis veras, que si tú y los tuyos viniéseis á mí, os daré la soldada que acostumbro daros. Pero si no viniéseis, ni os atreviéseis á pelear conmigo, escribiré al Rey don Alonso, y participaré á Almuztahen que no has tenido ánimo para cumplir lo que con tanta jactancia prometiste, y esto por miedo que me teneis. No solo á estos dos Reyes comunicaré la noticia, sino tambien á todos

los nobles, así cristianos como sarracenos, los cuales bien saben que te hice prisionero, y que tengo en mi poder el dinero tuyo y de tu gente. Ahora pues te espero con ánimo fuerte y constante en este lugar, que es el mas llano, como te he dicho. Si viniesen, te mostraré parte de tu dinero, no para tu provecho, sino para tu daño. Tienes asegurado con gran vanidad, que me llevarás vencido, cautivo ó muerto; pero has de saber que esto no está en tu mano, sino en la de Dios. Tambien dijiste que me he portado como alevoso en lenguage de Castilla, ó como bauzador en estilo de Francia, lo que es falsedad manifiesta. Porque yo nunca hice tal, y quien hizo esto, y como se sabe por buenas pruebas, ha cometido semejantes traiciones, es el que tú, y muchos cristianos y paganos conoceis. Pero dejemos ya tales disputas, y vengamos á las armas y fuerzas. Ven, y no tardes, seguro de que recibirás de mí la soldada que suelo darte.

Irritado el Conde con esta carta, acometió al rayar el dia al Campeador, quien viéndose tan repentinamente en riesgo de perderse, hizo armar con gran prontitud á los suyos, y saliendo á la po-

lea lo ejecutó con tal ímpetu que desordenó el egército enemigo: tuvo en este primer choque la fatalidad de caer del caballo, quedando con el golpe inhabilitado para continuar la pelea; pero, lo hicieron sus soldados con tal destreza y valor, que aprisionaron al mismo conde, á otros varios caballeros principales y á cinco mil soldados enemigos, apoderándose al mismo tiempo de gran número de preciosas alhajas, vestidos, caballos y mulos que entregaron fielmente al Cid.

El conde hasta entonces enemigo irreconciliable del Cid se humilló tanto, quando le presentaron, que rogó humildemente le perdonase, pero mostró el Cid tanta gravedad en este caso, que no le recibió con beniguidad, ni permitió que á su lado se sentase, mandando custodiarle fuera de su tienda, y darle allí de comer abundantemente. Hablándose despues, dándole libertad, concertándola en precio de ochenta mil marcos de oro de Valencia, haciendo lo mismo con los demas cautivos, á quienes impuso por su libertad el precio que mejor le pareció; fuéronse todos con esto contentos á su patria, de donde pasado el tiempo concertado volvieron muchos á presen-

tarse á Rodrigo con un riquísimo tesoro, que le ofrecieron por la libertad concedida, llevando algunos en rehenes á sus padres y madres, y aun á familias enteras por no poder pagar, prometiendo hacerlo despues enteramente; mas fue tanto lo que pudo con Rodrigo la fidelidad de aquellas gentes, que no solo les dió libertad, sino que tambien les perdonó cuanto le debian.

Háse negado esta victoria por algunos, pero no solo se halla confirmada por el original de donde sacó el P. Risco esta noticia, sino que como él mismo nota se halla, aunque brevemente, mencionada en los anales compostelanos por estas palabras: *E pues se combatió en Tébar con el conde de Barcelona, que habié grandes poderes, é venciólo Rodriz Diaz, é prisol con gran compaina de caballeros, é de ricos omes, é por gran bondat que habia mio Cid, soltóles todos.*

Despues de haber alcanzado tan señalada victoria pasó á Daroca, desde donde escribió al Rey de Zaragoza Almuztabien en ocasion que se hallaba con este el conde Berenguel, quien sabiendo que los portadores de la carta eran soldados de Rodrigo, los hizo llamar á

su presencia y les dijo: Saludad de mi parte á Rodrigo con las mas afectuosas espresiones, y decidle que deseo ser su amigo, y ayudarle en todas sus necesidades. Vueltos los soldados á donde estaba Rodrigo, le dieron parte de lo que el conde decia, pero no solo no hizo aprecio de ello, sino que respondió, que de ningun modo queria ser amigo del conde, ni tener paz con él: mas tales razones le supieron decir los suyos y tales consejos le dieron sobre este particular, que prometió seguir el consejo que le daban y hacer paz con el conde Berenguel: volvieron los mensageros á dar tan alegre noticia á éste, el cual inmediatamente que lo supo partió á ver á Rodrigo, hizo paz con él, puso algunos de sus estados en manos de Rodrigo, y y bajando juntos hasta Burriana se despidieron partiendo el conde para Barcelona.

Pasada la pascua de Señor del año de 1092, partió Rodrigo á poner sitio al castillo de Liria, al mismo tiempo que el Rey, don Alfonso, salia contra los sarracenos, que habian llegado á apoderarse de Granada, y de todas las tierras á ella pertenecientes: con este motivo le escribió la Reyna doña Cons-

tanza una carta á Rodrigo, avisándole de la espedicion que el Rey intentaba hacer, y proponiéndole se uniese á él con su ejército para ayudarle, con lo cual recobraria la amistad y gracia del Rey. Hízolo asi Rodrigo, y desamparando el sitio de Liria, marchó con sus fuerzas á encontrar á el Rey, que le recibió mui honradamente en Martos.

No salió la Reyna con su buena intencion en esta jornada, pues como al dirigirse juntos á Granada el Rey y el Cid parasen en la sierra de Elvira, mandó el Rey poner en ella sus tiendas, mas adelantándose el Cid á colocar las de su ejército en el llano con el fin de servir de centinela al Rey y á su ejército, dió lugar á que Alfonso sospechase que esto consistia en la vanidad del Cid, y en tenerse por mas que el mismo Rey: y asi quejándose á los suyos les dijo: Advertid qué injuria y qué ignominia nos hace Rodrigo. Hoi ha caminado detras de nosotros como si viniese cansado y fatigado del camino: y ahora se ha colocado delante de nosotros, arrogándose la precedencia que no le corresponde. Convinieron con el Rey los caballeros que le acompanaban, y censuraron ágriamente á Rodrigo estimulados

en todo por la envidia que le tenian.

No hubo menester el Rey hacer uso de las armas para ahuyentar á los sarracenos y moávitas, pues no hallandose con ánimo suficiente para esperar el ejército cristiano, huyeron con su Rey Juceph, retirándose de todo el teritorio de Granada: permaneció Alfonso seis dias acampado en la sierra de Elvira, pasados los cuales se resolvió volver á Toledo, en cuyo viage le empezó á acompañar nuestro Rodrigo, siguiéndole hasta el castillo de Ubeda situado sobre el Guadalquivir, á donde le manifestó claramente el Rey, el enojo que contra el tenia, dándole en cara con muchos hechos, todos falsos é inventados por la envidia; quiso satisfacerle Rodrigo, mas no consiguió con esto mas que irritar doblemente la cólera del Rey, quien pensó en aprisionarle. Oyó el Cid con gran paciencia y sufrimiento los malos tratamientos que le hacian, pero conociendo la intencion del Rey, huyó, de su presencia por la noche, á cuyo sentimiento se agregó el desamparar le entonces muchos de los suyos agregándose al servicio del Rey.

Lleno pues con este motivo de tristeza se dirigió á tierras de Valencia

á donde reedificó y fortaleció el castillo de Peñacatel, cerca de la ciudad de Valencia, proveyéndole abundantemente de todo lo necesario á su defensa: pasando despues á Morella se le presentó un hombre que ofreció con malicia entregarle el castillo de Borja, y yendo á ejecutarlo recibió aviso de que el Rey Almuztahen se hallaba puesto en gran aprieto por el Rey don Sancho de Aragon, motivo por el cual dejando felizmente Rodrigo el camino que llevaba se dirigió ocultamente á Zaragoza, en cuya ciudad todos le rogaron continuase en la amistad que mucho tiempo antes habia tenido con Almuztahen, quien visitándole despues renovó sus paces, prometiéndose mútuamente el no pelear el uno contra el otro. Puso despues sus tiendas Rodrigo cerca de Fraga, sabido lo cual por el Rey de Aragon, y su hijo don Pedro, cuyo ejército estaba en Gorreya, enviaron á pedir paces al Campeador: concedióselas éste y unióse á él, y su hijo haciendo despues que el mismo don Sancho se pacificase con el Rey moro Almuztahen, á quien antes oprimia.

Era por este tiempo (año de 1094) el conde de Nágera don Garcia Ordo-

ñez, Gobernador de las tierras de Calahorra y de Nágera en nombre del Rey don Alfonso, y uno de los enemigos declarados de nuestro Rodrigo: luego que éste hubo firmado las paces con el Rey de Aragon, don Sancho y su hijo don Pedro, pacificando tambien estos príncipes con Almuztahen partió de Zaragoza con un ejército numeroso, y entró con él en tierras de Calahorra y Nágera; se apoderó primeramente de Alberite y Logroño, talando despues y abrasando todo el pais con grave daño de sus habitantes, y pasando despues al castillo de Alfaro, le tomó á fuerza de armas. Hallándose en este castillo le envió sus mensageros el conde don Garcia Ordoñez, los ouales le dijeron suspendiese por siete dias las hostilidades, pues al cabo de ellos vendrian el conde y sus parientes á pelear con él y su gente, en lo que consintió Rodrigo con mucho gusto aceptando animosamente la batalla. Durante este plazo juntó el conde ayudado de sus parientes y de los grandes señores de la tierra un poderosísimo ejército, el cual marchando contra el Cid, no paso de Alberite, pues fué tanto el miedo que aqui cobró el conde al pensar que iba á hacer batalla con su

enemigo el de Vibar, que se retiró desde allí con todo su ejército, lo cual sabido por el Cid salió de Alfaro despues de haber esperado pacíficamente los siete dias que habia prometido, dirigiéndose á Zaragoza, en cuya ciudad permaneció algun tiempo mui obsequiado de su Rey Almuztahen: mas no pudiendo permanecer mucho en la ociosidad dejó á Zaragoza, y se dirigio ácia Valencia con ánimo de continuar sus empresas: supo despues que habian entrado innumerables sarracenos por las partes Orientales de España, los cuales talando y abrasándolo todo llegaron hasta Valencia: esta noticia y la que tuvo de que Alcadith Rey de Valencia habia entregado alevosamente esta ciudad á los Almoravides, le obligó á redoblar sus marchas para llevar el socorro á quellas tierras, en las cuales ocupó primeramente el castillo de Cebolla á dos leguas de la ciudad, el cual fortificó y proveyó despues con todo lo necesario para la manutencion de su ejército: fué tan grande el beneficio que resultó de esta espedicion del Cid, que á no haber sido tan pronta los Almoravides se hubieran apoderado de toda España hasta Zaragoza y Lérida.

Puso Rodrigo por el mes de julio sus reales cerca de Valencia, destruyendo al mismo tiempo todas las casas que los árabes de aquella ciudad tenian fuera de ella, con lo cual atemorizados los vecinos y conociendo que toda la ira del Cid era contra los Almoravides, le rogaron se pacificase con ellos y los permitiese vivir dentro de la ciudad: negóse á esto el Campeador, propuso nuevas condiciones, las cuales desecharon enteramente los de la ciudad.

Irritado con esto nuestro Cid, comenzó á combatir los contrarios, apoderándose primeramente de la parte de la ciudad, llamada Villanueva, con cuyos despojos se enriqueció mucho, dirigiendo despues sus fuerzas á otra parte de la ciudad, que se dice Alcudia, concedió á sus vecinos la libertad y bienes, por haberse sujetado humildemente á su dominio.

Atemorizados los vecinos de Valencia del valor con que Rodrigo se habia apoderado de Villanueva y Alcudia, tuvieron por bien el complacerle, arrojando de la ciudad á los Almoravides; los cuales quedaron sujetos á Rodrigo, quien les dió libertad para vivir en los pueblos que habia hasta Dénia, bajo

condicion de no tomar las armas.

Algun tiempo antes de emprender el Cid la conquista de Valencia recibió cartas de Juceph, Rey de los Sarracenos, en que le mandaba que de ningun modo se moviese contra las tierras de Valencia (a), á lo que mui enfurecido contestó el Cid con una carta llena de burla y desprecios, escribiendo al mismo tiempo otras varias á los principales señores de España en que les participaba que no se atrevia el Rey Juceph á pasar el mar ni venir á Valencia para pelear con él, y su gente por el temor que le tenia, sabido lo cual por Juceph se irritó tanto que ardiendo en deseos de venganza juntó un inmenso é innumerable ejército.

Con haber echado los valencianos de la ciudad á los Almoravides dejó de apretarlos el Cid, dándoles treguas hasta el mes de agosto, y proponiéndoles que si en tanto viniese el Rey Juceph á socorrerlos, y fuese vencido de él, le sirviesen y obedeciesen, pero que de lo contrario habian de venir en servir al Cid y ser sus vasallos; pareció bien esta propuesta á los valencianos, los cuales

(a) P. 216.

la aceptaron y prometieron cumplir por su parte sin dejar por eso de escribir al Rey Juceph y sus amigos, dándoles prisa para que á socorrerlos viniesen.

Mientras llegaba el mes de agosto se entretuvo Rodrigo en hacer una espedicion á Pinacatel y Villena, cuya provincia arrolló y destruyó, haciendo muchos prisioneros y gran copia de despojos y vituallas que encerró en Pinacatel para continuar la guerra de Valencia: hecho esto pasó á sujetar al moro Albarracin, del que se llamó asi la ciudad del mismo nombre; que se negó á pagar el tributo del Campeador, quien entrando en tierras de este su vasallo, le redujo prontamente á la obediencia.

Pasado el mes de agosto pidió el Cid á los valencianos le cumpliesen el trato que con ellos habia hecho, pero como estos tuviesen ya noticia cierta de la llegada de un ejército de almoravides que venia en su socorro, no quisieron cumplir lo prometido: mui irritado con lo cual el Cid estrechó tanto el sitio que los redujo á la mayor necesidad: llegaron los almoravides á las cercanias de Valencia; mas atemorizados con el valor y victorias del Cid, huyeron por la noche retirándose á sus paises sin medir.

las armas con el ejército del Campeador: apretó entonces este mas el sitio, y viéndose ya los valencianos sin el socorro que tanto habian esperado, y fuertemente aquejados por el hambre se rindieron á nuestro Rodrigo, entregándole la ciudad con las inmensas riquezas que en ella habia (*a*).

Es digno de copiarse aqui lo que sobre esta célebre conquista dice Zurita en los anales de Aragon lib. 1. cap. 33 que tambien copia la historia del P. Risco (*b*): Fue, dice, la mas hazañosa obra, &c.

Sintió mucho el Rey de los Almoravides Juceph, la conquista de Valencia, y para remediarlo envió á recobrarla á su sobrino Mahumath con un numeroso ejército compuesto de una infinita multitud de bárbaros y mohabitas é ismaelitas, los cuales acamparon cerca de Valencia en número de ciento cincuenta mil soldados de caballeria, y treinta mil de infanteria, quienes á pesar del gran ánimo de que estaba dotado nuestro castellano no dejaron de sorprenderle.

Arrimóse luego este poderoso ejército á la ciudad de Valencia haciendo

(*a*) P. 223. (*b*) P. 224. v.

mucho ruido y algazara; mantúvose así diez dias, los mismos que ocupó Rodrigo en fortalecer, animar y preparar á sus soldados, y saliendo al undécimo con ellos acometió á los enemigos con tal acierto, bizarria y denuedo que alcanzó de ellos una victoria que apenas se podia esperar, haciendo muchos prisioneros, y enriqueciéndose considerablemente con los despojos que halló en el campo del enemigo.

Para desembarazar de enemigos las cercanias de Valencia, acometió y se apoderó del castillo de Olacan á cuatro léguas de la ciudad, en el que encontró un gran tesoro depositado allí por Alcadir, Rey de Valencia, el cual repartió generosamente con sus soldados: concluida esta empresa pasó á tomar otro castillo llamado Serra junto á Najuera cerca de Murviedro, del que tambien se apoderó.

Por este tiempo (1094) murió el Rey don Sancho de Aragon, á quien sucedió su hijo don Pedro, al cual aconsejaron sus vasallos se hiciese amigo del Cid; tan temido de los Sarracenos: convino en ello el Rey, y envió sus mensageros á Valencia para pedir al Cid amistad y alianza: convino en todo

nuestro Campeador, y juntándose los dos aliados en Burriana hicieron una paz firme prometiendo ayudarse mútuamente contra sus enemigos.

Algun tiempo despues de concluida esta paz pasó el Rey don Pedro á socorrer á su amigo el Cid, contra los almoravides que en número de treinta mil, y mandados por Mahumeth, sobrino de Juceph, se hallaban cerca de Xátiba, á donde salieron al encuentro al Cid y al Rey de Aragon: al dia siguiente de haberse encontrado los ejércitos, se dispuso el de los bárbaros á dar la batalla, el cual colocado sobre un monte que tenia el mar al otro lado, y protegido por muchas naves, molestaba con sus saetas á los cristianos acometidos á un tiempo por los que ocupaban el monte, y por los que estaban embarcados: empezaban á desfallecer los cristianos, mas animados con una cortísima pero enérgica arenga del Campeador (*a*), acometieron ácia el mediodia con tal ímpetu y valor que hicieron un gran destrozo en los enemigos, desbaratándolos de tal modo que los que huian de las espadas cristianas caian en el mar y aumentaban la con-

(*a*) P. 241.

fusion, todo lo cual dió lugar á que los dos aliados alcanzasen una completa victoria acompañada de un riquísimo botin.

Conseguido tan memorable triunfo se volvieron nuestro Cid y su amigo el Rey don Pedro á Valencia, desde cuya ciudad pasaron despues al castillo de Monte-ornes, rebelado al Rey de Aragon á quien pertenecia: llegaron, pusiéronle sitio, y le rindieron mui pronto, volviéndole al dominio de su legítimo Rey, quien se restituyó despues á sus estados, y nuestro Cid á su ciudad de Valencia.

No dejaba Rodrigo, como buen guerrero, de averiguar contínuamente el estado de los sarracenos inmediatos á Valencia, y sabiendo que uno llamado Alcayth Abulphatab habia entrado en el distrito de Murviedro, salió á perseguirlo y logró encerrarle en Almenara, cuya fortaleza combatió y la rindió despues de tres meses, dejando libertad á sus vecinos de marchar á los lugares que quisiesen; pobló despues la villa de cristianos, dedicando y consagrando una iglesia con el título de santa Maria.

Quiso despues Rodrigo apoderarse tambien de Murviedro, poblacion mui fuerte y celebrada por hallarse en el mis-

mó sitio que la antigua y valerosa Sagunto: por ser esta empresa de nueva importancia, se previno Rodrigo para ella haciendo oracion á Dios, y ofreciendo votos al Señor de los ejércitos (*a*): cercó despues la ciudad lo mas estrechamente que pudo, molestando á los sitiados que la defendian con armas y todo género de máquinas: viéndose los vecinos cercados por todas partes, y tomadas todas las salidas comenzaron á lamentarse diciendo (*b*): ¿Qué hacemos miserables de nosotros? Éste tirano no consentirá de algun modo que vivamos ó habitemos en este castillo, y hará con nosotros lo que poco há hizo con los vecinos de Valencia y Almenara, que no tuvieron fuerzas para resistir. Veamos, pues, que deberemos hacer en estas angustias, porque sin duda nosotros con nuestras mugeres, hijos é hijas moriremos de hambre, ni habrá quien pueda librarnos de sus manos.

Conoció con esto nuestro Cid la flaqueza que ya mostraban los sitiados, por lo cual estrechó mas el sitio. aumentóse con esto mas la tristeza, llegando estos á tanto grado que hubieron de dirigir sus clamores al sitiador para ablan-

(*a*) P. 245. (*b*) P. 246.

darle de algun modo: pidiéronle, pues, les concediese algunos dias de treguas, y que permitiese salir á sus legados de la ciudad para pedir socorro á su Rey y demas señores sus confederados, bajo la condicion que no llegando el socorro al plazo señalado, desde luego se le rendirian por sus vasallos: envanecidos los vecinos de Murviedro con la fama de sus antepasados los saguntinos quisieron dar muestra de ella aun en esta ocasion, añadiendo al mismo tiempo que hacian esta propuesta las siguientes palabras (a). No te parezca que hacemos esta pretension sin algun fundamento, porque debes tener por cierto que esta ciudad de Murviedro es tan célebre y famosa en todas las naciones, que seria para nosotros la mayor bajeza é infamia si nos entregáramos sin hacer mas larga resistencia. Si no atiendes nuestras súplicas concediéndonos las treguas que pedimos te aseguramos *que antes nos mataremos á nosotros mismos, que rendirnos y ponernos en tus manos, en cuyo caso podrás apoderarte facilmente de la ciudad:* concedióseles una tregua de treinta dias, durante los cuales pidieron

(a) p. 247.

socorro al Rey Juceph y demas Sarracenos, al Rey don Alonso de Castilla, á Almuztahen, Rey de Zaragoza, á Albarracin, Rey de la ciudad de este nombre, y al conde de Barcelona.

Ninguno de estos príncipes dió oidos á las súplicas de los de Murviedro, pues á pesar de hallarse el Rey de Castilla resentido con el Campeador, respondió: que mas queria que Rodrigo fuese señor de Murviedro, que alguno de los Reyes sarracenos: por lo que toca á Almuztahen, ya el Cid le habia enviado antes sus legados amenazándole fuertemente, por lo cual respondió á los enviados: Id enhorabuena, y resistid cuanto podais: Rodrigo es de dura cerviz y guerrero valerosísimo é invencible, y por tanto no me atrevo á entrar en batalla con él, lo mismo vino á responder Albarracin, y los Almoravides se ofrecieron á socorrerlos si su Rey los acompañaba.

Deseaba el conde de Barcelona hacer alguna diversion á favor de Murviedro, de cuyos vecinos habia recibido gran suma de dinero, y para poner en egecucion su designio, pasó prontamente á sitiar á Oropesa, que era del Cid, creyendo que este le iria á socorrer des-

amparando por algun tiempo el sitio de Murviedro; pero conociendo Rodrigo la estratagema no se movió; por lo que toca al conde marchó precipitadamente.

Pasaron los treinta dias señalados sin llegar socorros algunos: pidió Rodrigo el cumplimiento de lo pactado, pero respondieron los sitiados que aun no habian vuelto los legados con la respuesta, y aunque el Cid conoció su engaño dirigido á gastar tiempo, todavia les dió doce dies mas de treguas para que conociesen que no temia á ninguno de cuantos en su socorro podian venir; pero les hizo saber al mismo tiempo que si cumplido este plazo no se entregaban, los pasaria irremisiblemente á cuchillo.

Cumplióse este plazo y no se rendian aun los vecinos de Murviedro, pero repitiendo sus quejas el Campeador le hicieron saber que le entregarian el castillo el dia de pascua de Pentecostés, que estaba próxima, cuyo rendimiento movió en tanto grado al Cid, que les dijo no ocuparia el castillo en dia tan festivo, y asi que les concedia tiempo para retirarse, sacar sus mugeres, hijos y bienes, hasta el dia de san Juan Baptista, en el cual se habian de dejar libre la fortaleza para entrar en ella, retirándose ellos

adonde quisiesen : alegráronse mucho los sarracenos con esta clemencia que no esperaban, ni á la que tampoco se habian hecho acreedores.

Llegó finalmente el dia de san Juan Baptista, en el cual mandó Rodrigo á sus soldados entrasen en el castillo y subiesen hasta lo mas alto (a): hiciéronlo asi, y habiendo llegado felizmente á las almenas, dieron gracias á Dios por haber ganado para gloria del pueblo cristiano aquella tan celebrada plaza. Entró despues el Campeador, y cumpliendo lo que habia prometido, hizo se celebrase luego el santo sacrificio de la misa, y para perpetuar el dia de la conquista de esta plaza, hizo edificar en ella una suntuosa iglesia con la advocacion de san Juan Baptista.

Concluida tan felizmente la conquista de Murviedro, se volvió Rodrigo á Valencia, en cuya ciudad, libre ya y desembarazado de las guerras de los moros, se dedicó enteramente al gobierno espiritual de la ciudad y demas pueblos que le pertenecian : fundó segun dice su crónica nueve parroquias, dando á una que estaba cerca del alcázar el nombre

(a) R. p. 252.

de santa Maria de las virtudes, la cual se hizo iglesia catedral despues; pero la historia latina de donde tegió la suya el padre Risco, solo habla de la de santa Maria, para lo cual se aprovechó de la mezquita que tuvieron los Sarracenos.

Entre las varias alhajas con que enriqueció esta iglesia se hace mencion de un caliz de oro, y de dos citáras tegidas de oro y seda, tales, que nunca mejores se habian visto, las cuales parece sirvieron en la primera misa celebrada en aquella iglesia.

Aunque hai alguna variedad acerca del año en que falleció nuestro célebre castellano, ya parece no debe dudarse fue el de 1099, por el mes de julio en la misma ciudad de Valencia que tan gloriosamente conquistó.

Ocultóse la muerte de nuestro héroe á los Sarracenos por espacio de dos años, al cabo de los cuales como hubiesen llegado á ser sabedores de ella, juntaron un poderoso ejército de infanteria y caballeria, con el cual cercaron la ciudad por espacio de siete meses; gobernaba esta famosa conquista del Cid su viuda doña Ximena Diaz, la cual conociendo la imposibilidad de sustentarla, envió durante este tiempo al obispo don Ge-

rónimo á pedir socorro al Rey de Castilla don Alfonso, el cual vino en concederle, y juntando un ejército marchó á Valencia, sabido lo cual por los Sarracenos, no tuvieron ánimo para esperarle y se retiraron, y asi pudo mui bien el Rey sacar de ella, y poner en salvo á doña Ximena y al cadáver de su marido. Conoció ademas el Rey que muerto ya Rodrigo, y que hallándose la ciudad tan distante de su reyno seria dificil conservarla, por la cual la abrasó enteramente (a) para que no se aprovechasen de ella los Sarracenos.

Volvió el Rey don Alonso de Toledo acompañado de doña Ximena y de los vecinos de Valencia, llevando consigo el cadáver del Campeador: descansó su viuda algunos dias en Toledo, pasados los cuales marchó á Castilla para depositar el cuerpo de su marido en el monasterio de san Pedro de Cardeña, como el Cid lo habia mandado; en él mismo se celebraron las exequias con gran solemnidad.

En el año 1272 mandó don Alonso el Sábio labrar un sepulcro compuesto de dos piedras mui grandes en que fue

(a) R. p. 266.

depositado al lado de la epístola (a), en la piedra de abajo se grabaron los siguientes versos:

Belliger invictus, famosus Marte triumphis
Clauditur hoc tumulo magnus Diaci Rodericus

Y sobre la cubierta del sepulcro los cuatro siguientes:

Quantum Roma potens bellicis exollitur actis.
Vivax Arthurus, fit gloria quanta Britannis.
Nobilis è Carolo quantum gaudet Francia Magno
Tantum Iberia duris Cid invictus laret

Y como en aquel tiempo se creía un la famosa batalla ganada por el Cid despues de muerto sobre su caballo Babieca á los moros del modo que la cuentan las historias, y se refiere en el romance XCVIII. parece se hizo mencion de

(a) R p. 269.

ella en la pared que está junto al sepulcro del modo siguiente (c).

Cid Ruiz Diez Só, que yagó aqu enterrado, è vencí al Rey Bucar co: treinta y seis Reyes de Paganos. Estc treinta y seis Reyes, los veinte y dc murieron en el campo, vencilos sobı Valencia, desque yo muerto encima ć mi caballo, con esto son setenta y dc batallas qu yo vencí en el campo, gané á colada é a tizona, por ende Di sea loado. A nen.

(a) V. lo que dice sobre esto Risco en la historia del Cid. p. 270.

00100681

Digitized with financial assistance from the Government of Maharashtra on 21 October, 2015